

Max Heindel

RECOLECCIONES DE UN MÍSTICO

Gleanings of a Mystic

(1922)

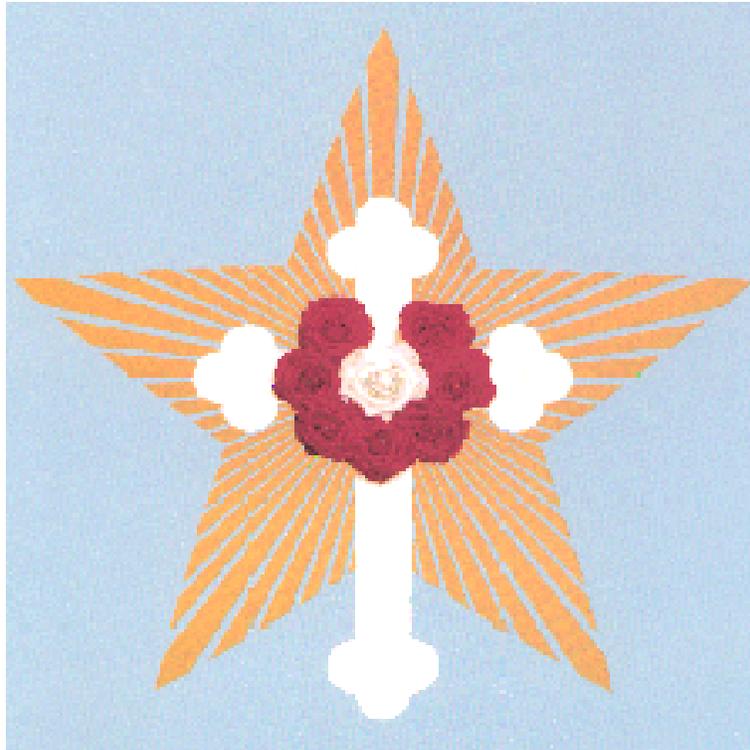


BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Rosae Crucis” N° 10

RECOLECCIONES DE UN MÍSTICO



MAX HEINDEL

**UNA SERIE DE ENSAYOS SOBRE
MISTICISMO PRÁCTICO**

THE ROSICRUCIAN FELLOWSHIP

P.O. Box 713

Oceanside, CA. 92049-0713 USA

<http://www.rosicrucian.com/foreign/spanish.htm>

Spanish@rosicrucianfellowship.org

ÍNDICE DE MATERIAS

Prefacio, *página 5.*

Capítulo I

Iniciación: Qué Es y Qué No Es. Primera Parte, *página 6.*

Capítulo II

Iniciación: Qué Es y Qué No Es. Segunda Parte, *página 10.*

Capítulo III

El Sacramento de la Comunión. Primera Parte, *página 14.*

Capítulo IV

El Sacramento de la Comunión. “En Memoria Mía”. Segunda Parte, *página 17.*

Capítulo V

El Sacramento del Bautismo, *página 21.*

Capítulo VI

El Sacramento del Matrimonio, *página 25.*

Capítulo VII

El Pecado Imperdonable y las Almas Perdidas, *página 29.*

Capítulo VIII

La Inmaculada Concepción, *página 32.*

Capítulo IX

El Cristo Futuro, *página 36.*

Capítulo X

La Edad Futura, *página 40.*

Capítulo XI

La Carne y el Alcohol como factores de la Evolución, *página 44.*

Capítulo XII

Un Sacrificio Viviente, *página 48.*

Capítulo XIII

Magia Blanca y Negra, *página 51.*

Capítulo XIV

Nuestro Gobierno Invisible, *página 54.*

Capítulo XV

Preceptos Prácticos para Gente Práctica, *página 57.*

Capítulo XVI

El Sonido, el Silencio y el Desarrollo del Alma, página 61.

Capítulo XVII

El Magno Misterio de la Rosacruz, página 65.

Capítulo XVIII

Obstáculos en la Marcha, página 69.

Capítulo XIX

La Esclusa de la Elevación, página 74.

Capítulo XX

El Significado Cósmico de la Pascua. Primera Parte, página 77.

Capítulo XXI

El Significado Cósmico de la Pascua. Segunda Parte, página 81.

Capítulo XXII

El Cristo Recién Nacido, página 84.

Capítulo XXIII

Porqué Soy Rosacruz, página 87.

Capítulo XXIV

El Objeto de la Fraternidad Rosacruz, página 90.

PREFACIO

Las materias de este libro recopilan los últimos escritos de Max Heindel, el místico. Contienen algunos de sus más profundos pensamientos y son el resultado de años de busca y de oculta investigación. Él, también, podría decir como Parsifal: “a través del error y del sufrimiento vine, en medio de muchos fracasos y entre incontables pesares”. Finalmente obtuvo el agua de vida con la cual pudo apagar la sed espiritual de muchas almas. Desarrolló hasta sus profundidades la piedad y el amor y pudo sentir las palpitations de la humanidad doliente.

Las almas fuertes están usualmente dotadas de gran energía e impulso y como consecuencia de estas extraordinarias fuerzas se colocan en las primeras filas, no sin sufrir mucho a menudo. De ahí que estén llenos de compasión para los otros. El escritor de estas lecciones sacrificó su cuerpo físico en el altar del servicio.

Al escribir los libros y lecciones mensuales de la Fraternidad, en sus lecturas y trabajos de enseñanza y en su arduo trabajo de precursor para establecer el Cuartel General en el corto espacio de Diez años, Max Heindel rindió mucho más que otros que gozan de una perfecta salud podrían haber conseguido en el curso de toda una vida. Su primer libro, su obra maestra, el “*Concepto Rosacruz del Cosmos*” fue escrita bajo la pauta directa de los Hermanos Mayores de la Rosacruz. Lleva consigo un vital mensaje para el mundo. No solamente satisface al intelecto, sino que también al corazón. Su “*Masonería y Catolicismo*” ha encontrado su puesto en muchas librerías masónicas. El ocultista ha recibido mucho del libro titulado “*El Velo del Destino*”, el cual es una mina de conocimientos místicos y de verdades ocultas alentadoras. Es también una guía para el investigador, estableciendo señales de precaución para los osados que quieren conquistar el cielo por la violencia. En la ciencia astrológica ha contribuido más en unos cuantos años, de lo previamente descubierto en siglos. Sus dos valiosos trabajos, “*Astrología Científica Simplificada*” y “*El Mensaje de las Estrellas*” tratan ampliamente de los aspectos espirituales y médico de la astrología. El último ofrece métodos de diagnóstico y curación que constituyen una valiosa adición a los trabajos de otros autores, antiguos y modernos. Estos libros pueden ser encontrados en la biblioteca de muchos doctores de la escuela antigua.

En “*Recolecciones de un Místico*” se encuentran veinticuatro lecciones que fueron anteriormente remitidas a los estudiantes. Es deseo de la autora de este prólogo que estas lecciones puedan llevar un mensaje de amor y afecto al lector hambriento de espiritualidad y reconfortar al desconsolado.

AUGUSTA FOSS DE HEINDEL

CAPÍTULO I

INICIACIÓN: QUÉ ES Y QUÉ NO ES

Primera Parte

No es un suceso raro ser preguntado respecto a la Iniciación y hemos sido frecuentemente también requeridos a asegurar si esta orden o aquella sociedad es genuina y si las iniciaciones que ofrecen a todos sus aspirantes que pagan su por qué, son “bona fide”. He aquí porque se siente la necesidad de escribir un tratado sobre la materia a fin de que los estudiantes de La Fraternidad Rosacruz puedan tener una afirmación oficial para guía y referencia en lo futuro.

En primer lugar debe quedar claramente entendido que nosotros consideramos reprehensible o censurable formular críticas de una u otra sociedad u orden, sean las que sean sus prácticas. Puede ser perfectamente sincera y honesta de acuerdo con sus ideas. No creemos que podamos crecer en la opinión de las personas sensatas por el hecho de hablar de otros en términos disparatados, ni tampoco trabajamos bajo la ilusión de que nosotros conocemos toda la verdad y las otras sociedades están sumidas en las tinieblas de Egipto. Nos reiteramos en lo dicho a menudo anteriormente de que todas las religiones han sido dadas a la raza humana por los “Ángeles Guardianes” quienes conocen las conveniencias espirituales de cada clase, nación y raza y tienen la inteligencia de dar a cada uno una forma de adoración perfectamente aplicada a su necesidad particular; así es que el Hinduismo es apropiado para el Indio, el Islamismo para el árabe y la Religión Cristiana, para los nacidos en el hemisferio occidental.

Las Escuelas de Misterios de cada religión proporcionan a los miembros más avanzados de la raza o nación que la practica, una más alta enseñanza que, si es vivida, les lleva a una más alta esfera de espiritualidad que sus hermanos en religión. Pero al igual que la religión de las razas atrasadas es de un orden inferior a la religión de las avanzadas, las naciones cristianas, así también la enseñanza de los Misterios del Este es más elemental que la del Oeste, y el iniciado indio o chino está en un correspondiente peldaño inferior en la escalera del Progreso, que el de los místicos occidentales. Hay que ponderar mucho y bien esta afirmación a fin de no caer en el error de la gente extraviada que trata de persuadir a los demás de que la religión cristiana es cruda y grosera comparada con los cultos orientales.

Siempre hacia el Oeste, en el despertar del brillo del sol, la luz del mundo, ha sido la estrella del imperio y ¿no es razonable suponer que la luz espiritual ha seguido los pasos de la civilización, y que incluso la haya precedido, como el pensamiento precede a la acción....? Nosotros sostenemos que éste es el caso, que la Religión Cristiana es la más suave que haya sido dada al hombre y repudiar la Religión Cristiana ya sea esotérica o exotérica, por cualquier sistema antiguo, es análogo a preferir los libros de texto antiguos, en ciencia, a los más modernos que abrazan todos los descubrimientos hasta el día.

Tampoco deben ser las prácticas de los aspirantes del Este a la más alta vida, imitadas por los occidentales; nos referimos particularmente a los ejercicios de respiración. Ellos son tan beneficiosos como necesarios para el desarrollo del indio, pero no ocurre así con el aspirante del Oeste. Para éste es peligroso practicar ejercicios de respiración para el desenvolvimiento del alma y aún serían hasta subversivos para tal desarrollo y son, además, absolutamente innecesarios. La razón es ésta:

Durante la involución, el espíritu triple se ha incrustado gradualmente en el triple cuerpo. En la época Atlántica el hombre estaba en el nadir de la materialidad. Ahora estamos nada más que en el punto más bajo del arco de la involución, e iniciamos la salida al arco de la evolución. En este punto, la raza humana queda emparedada en esta prisión terrena hasta el punto de que las vibraciones espirituales quedan casi muertas. Esto es, naturalmente, muy cierto para las razas atrasadas y las clases bajas del mundo occidental. Los átomos en los cuerpos de tales razas atrasadas vibran con intensidad excesivamente baja y cuando, en el transcurso del tiempo, uno de estos pueblos se desarrolla hasta el punto donde es posible adelantarlos por el camino del progreso, es necesario elevar la nota vibratoria de ese átomo, a fin de que el cuerpo vital, que no es más que el agente para el desarrollo oculto, pueda hasta cierta extensión, ser libertado de la fuerza aniquiladora del átomo físico. Este resultado se obtiene por medio de los ejercicios de respiración, los cuales, oportunamente, aceleran las vibraciones de los átomos y permiten llevar a cabo el desarrollo espiritual necesario a cada individuo. Estos ejercicios pueden ser usados igualmente por un buen número de seres del mundo occidental, especialmente aquellos que no están dirigidos deliberadamente hacia un sendero espiritual. Pero aún entre aquellos que anhelan el desarrollo de su alma, hay muchos que no han llegado al punto en que los átomos de sus cuerpos han evolucionado hasta tal fuerza de vibración que la aceleración fuera de medida les perjudicaría. En estos casos los ejercicios respiratorios no causarían daño; pero ordenados a personas que están realmente en el punto en que pueden penetrar en el camino del progreso, ordinariamente fuera del alcance de los indios, es decir, para sus precoces hermanos de acá del Oeste, en otras palabras, cuando está casi terminada su preparación para la iniciación, en cuyo momento debe hacer uso de los ejercicios espirituales, entonces el caso es bien distinto. Durante las épocas incontables que hemos empleado en nuestra evolución desde los tiempos en que estábamos en cuerpos de indios, nuestros átomos han acelerado su grado de vibración enormemente y como queda dicho en el caso de uno que está realmente cercano a su Iniciación, el grado vibratorio es más alto que el del término medio de hombres y mujeres. En consecuencia, no necesita ejercicios de respiración para acelerar este grado, sino ciertos ejercicios espirituales que le sean individualmente apropiados para adelantarle en el buen camino. Si un individuo en este crítico período se encuentra con alguien que ignorantemente o, sin escrúpulos, le recomienda ejercicios de respiración y sigue sus consejos deliberadamente con la esperanza de “obtener rápidos resultados”, los obtendrá, sí, rápidamente, pero de una manera que no esperaba, puesto que el tipo vibratorio de los átomos en su cuerpo llegarán a ser acelerados hasta un grado que le parecerá que camina por los aires; entonces, también tendrá lugar en su cuerpo vital alguna división impropia, lo que le acarreará o bien la consunción, o bien alguna enfermedad. Por lo tanto, grabado profundamente en vuestra conciencia, con caracteres de fuego, lo siguiente: “La Iniciación es un proceso espiritual y los procesos

espirituales no se pueden realizar por medios físicos, sino únicamente por medio de ejercicios espirituales”.

Hay muchas órdenes en el Occidente que proclaman iniciar a cualquiera que pague por ello. Algunas de estas órdenes tienen nombres muy parecidos al de la nuestra y se nos pregunta constantemente por nuestros estudiantes afiliados a nosotros. A fin de dejar esto bien sentado de una vez y para siempre, debemos decir que La Fraternidad Rosacruz ha enseñado constantemente que ningún beneficio espiritual puede ser ajustado por dinero. Si se recuerda esto se comprenderá que no podemos tener concomitancia alguna con cualquier orden que pida dinero para la transmisión de poderes espirituales. El que posea algo de naturaleza espiritual y lo pueda dar a los otros, no lo mercantilizará. A este efecto recibí un mandato especial de los Hermanos Mayores en el Templo Rosacruz al encargarme que fuera al mundo de habla inglesa como su mensajero, indicación ésta que yo no pretendo que se me crea salvo en el caso de que se vea justificada por sus frutos.

Una vez dicho esto volvamos a la Iniciación: ¿Qué es? ¿Es una ceremonia como la anuncian estas otras órdenes? Si es así, cualquier orden puede ciertamente inventar ceremonias de clase más o menos fastuosa. Pueden apelar a la emoción por medio de vestidos vaporosos o por el fragor de espadas; pueden apelar al sentido de la admiración o del miedo arrastrando cadenas o haciendo sonar gongos de profundas voces, produciendo así en sus miembros una “sensación oculta”. Muchos se divierten con las aventuras y experiencias del héroe del “Hermano de tercer grado”, creyendo que esto es la Iniciación, pero yo aseguro que dista mucho de ser así. Ninguna ceremonia puede ofrecer a ningún individuo aquella experiencia interna, que constituye la Iniciación, a pesar de lo que por ella se haga pagar o la solemnidad de los juramentos, importando poco también cuán hermosa o terrible sea la ceremonia, ni lo sugestivo de las vestiduras, de la misma manera que pasar por una ceremonia no puede convertir a un pecador y hacer de él un santo, pues la conversión es para los religiosos exotéricos exactamente lo que la Iniciación es para el misticismo elevado. Considérese este punto profundamente y se tendrá la clave del problema.

¿Puede creerse que alguien podría ir a un sujeto de carácter depravado y comprometerse a convertirle por una suma cualquiera y cumplir su compromiso? Seguramente es de suponer que ninguna cantidad de dinero podría lograr aquel cambio en el carácter de un hombre. Pregúntese a un converso donde encontró su religión y cómo la obtuvo. Uno diría que la recibió en plena calle y deambulando; otro que la luz y el cambio le vinieron en la soledad de su cuarto; otro que la “luz penetró” en él como le penetró a Pablo en el camino de Damasco, forzándole a cambiar. Cada uno tiene una experiencia diferente, pero es siempre y en cada caso una experiencia interna y la sola manifestación exterior de aquella sensación interna es la de que cambia toda la vida del hombre desde el más insignificante al más importante de los aspectos.

Lo mismo ocurre con la Iniciación: es una experiencia interna, del todo ajena y aparte de cualquier ceremonia, sea la que fuere y como consecuencia es totalmente imposible que alguien pueda venderla a cualquier otro. “La iniciación cambia toda la vida de un hombre”. Le da una confianza que nunca había poseído. Le cubre con un manto de autoridad que nunca le podrá ser arrebatado. Sean las que fueren las circunstancias de la vida, derrama una luz sobre todo su ser, que es simplemente encantadora. Pero ninguna ceremonia puede efectuar este cambio. Por lo tanto tenemos como bueno que aquel que

ofrece la iniciación en cualquier orden ocultista por medio de ceremonias y a todo aquel que pueda pagarla, se califica a sí mismo de impostor, pues al verdadero maestro, si se le aproximara un aspirante con ofertas de dinero para el alcance espiritual, le contestaría indignado con las palabras que Pedro dijo a Simón el Mago, al ofrecerle dinero para obtener poderes espirituales: “Tu dinero perecerá contigo”.

CAPÍTULO II

INICIACIÓN: QUÉ ES Y QUÉ NO ES

Segunda Parte

Para la mejor comprensión de lo que constituye la Iniciación y cuáles son sus requisitos preliminares, fije el lector primeramente y con toda firmeza en su mente el hecho de que la humanidad, en su totalidad, progresa lentamente por el camino de la evolución, logrando lenta y casi imperceptiblemente, más altos estados de conciencia. El camino de la evolución es una espiral, mirado solamente bajo su aspecto físico, pero es de forma enroscada doble si se observan sus fases físicas y espirituales. (Véase el diagrama del caduceo químico en el “*Concepto Rosacruz del Cosmos*”). En el caduceo, o figura 8, hay dos círculos que convergen en un punto central, los cuales pueden ser tomados para simbolizar al espíritu inmortal, el ego evolucionante; uno de los círculos significa su vida en el mundo físico desde el nacimiento hasta la muerte. Durante este lapso de tiempo cada uno de sus actos es una semilla sembrada de la cual cosechará, en cambio, cierta cantidad de experiencia. Pero de la misma manera que se pueden sembrar semillas en pleno campo sin cosecha alguna de las que hayan sido arrojadas en terrenos pedregosos o entre espinas, etcétera, así también la semilla de la oportunidad puede ser perdida por negligencia en el cultivo del terreno y la vida entonces sería estéril y sin fruto. Recíprocamente, así como la diligencia y el cuidado en el cultivo aumentan enormemente el poder productivo de las semillas, una aplicación cuidadosa en el negocio de la vida (mejora de oportunidades para aprender las lecciones de la vida y extraer de nuestro alrededor la experiencia que contiene) nos aporta más oportunidades; y al término de una vida el ego se encuentra a las puertas de la muerte cargado con los más ricos frutos de la vida.

Una vez que el trabajo, objetivo de la existencia física, se ha cumplido y la carrera de la vida se ha terminado, el ego emprende el trabajo subjetivo de asimilación, realizado durante su permanencia en los mundos invisibles, que atraviesa durante el período de la muerte al nacimiento, simbolizado por el otro arco del caduceo o enroscado. Como el método de llevar a cabo esta asimilación ha sido más minuciosamente descrito en nuestra literatura, no es necesario repetirlo aquí. Baste con decir que al tiempo de llegar un ego al punto central del caduceo, que divide los trabajos físicos de los psíquicos y que llamamos la puerta del nacimiento o de la muerte, según que el ego entre o abandone el reino en que nosotros mismos estemos en aquellos momentos, posee una agregación de facultades o talentos adquiridos en sus vidas precedentes y los cuales puede entonces poner a usura o enterrar durante su existencia venidera, según crea conveniente; pero del uso que haga de lo que tiene depende la importancia del desarrollo de su alma. Si durante muchas vidas satisface principalmente la baja naturaleza, que vive para comer, beber y divertirse, o si las deja que se esfumen en sueños y especulaciones metafísicas acerca de la naturaleza de Dios, absteniéndose negligentemente de toda acción necesaria, se verá gradualmente dejado

atrás por los más activos y progresivos. Grandes agrupaciones de estos perezosos forman lo que nosotros llamamos “razas atrasadas”, mientras que los activos, despejados y despiertos que se preocupan de adquirir un mayor porcentaje de oportunidades, son los precursores. Contrariamente a la idea generalmente aceptada, esto se aplica igualmente a aquellos que están empeñados en trabajos industriales. Su manera de procurarse el dinero, es solamente un incidente, un incentivo y enteramente aparte de esta fase, su trabajo es tan espiritual o quizá más que el de aquellos que se pasan el tiempo en plegarias en perjuicio de un trabajo útil.

De lo que dejamos dicho se infiere que el método de desarrollo del alma, tal como se cumple por el proceso de la evolución, requiere “acción” en la vida física seguida en el estado “post-mortem” por un “proceso de reflexión”, durante el cual las lecciones de la vida son extraídas y completamente incorporadas a la conciencia del ego, aunque las sensaciones o experiencias en sí mismas sean olvidadas, de la misma manera que nuestro trabajo al aprender las tablas de multiplicar ha sido olvidado aunque la facultad de utilizarlas permanece en nosotros.

Este proceso excesivamente lento y tedioso se acomoda perfectamente a las necesidades de las masas; pero hay algunos que habitualmente agotan las experiencias comúnmente dadas y así requieren un campo más extenso para sus energías. La diferencia de temperamento es la causa de su división en dos clases.

Una de ellas, conducida por su devoción por Cristo, sigue simplemente los dictados del corazón en su tarea de amor por sus compañeros; bellos caracteres, faros de amor en el mundo sufriente, siempre prontos a olvidar su propia conveniencia para ayudar a los demás. Estos fueron los santos; trabajaban sin dejar de rogar; nunca titubearon ni a diestra ni a siniestra. Tampoco están muertos hoy. La tierra sería un erial agreste a pesar de toda su civilización si ellos no vagaran por el mundo y la existencia de los desventurados que sufren no sería alumbrada por la luz de la esperanza que irradia de sus semblantes. Si ellos hubiesen poseído solamente el entendimiento de la otra clase, hubieran dejado muy atrás a los demás en su carrera hacia la divinidad.

La mente es la cualidad predominante en la otra clase. Con el fin de ayudarla en sus esfuerzos hacia el alcance, las Escuelas de Misterios fueron establecidas prematuramente, en las que el drama del mundo fue representado, para dar a las almas aspirantes, mientras se hallaban en trance, contestación a las preguntas acerca del origen y el destino de la humanidad. Al despertar, eran instruidas en la ciencia sagrada de remontarse más alto por medio del método de la naturaleza - que es Dios manifestado - sembrando la semilla de la acción, meditando acerca de la experiencia, incorporándose, finalmente, la moral esencial para desarrollar mesuradamente el alma desde entonces; produce también este rasgo especial e importante, que mientras que en el curso ordinario de las cosas una vida entera dedicada a la siembra y toda una existencia “post-mortem” a la reflexión y a incorporarse la sustancia anímica, este ciclo de mil años, más o menos, puede ser reducido a un día, como lo proclama la máxima mística: “Un día es igual a mil años y mil años son iguales a un día”. Para ser explícito, sea el que sea el trabajo llevado a cabo durante un simple día, si sobre él se reflexiona por la noche antes de cruzar el punto neutro entre el estado de vigilia y el sueño, puede ser incorporado de esta manera a la conciencia del espíritu como poder anímico útil. Cuando este ejercicio se ejecuta devotamente, los pecados del día, al ser así revisados, quedan inmediatamente tachados y el hombre comienza cada día una nueva vida,

con la adición del poder anímico obtenido en todos los anteriores días de su período probacionista.

¡Pero... ! Sí, existe un gran pero; “la naturaleza no puede ser burlada”; Dios no puede ser engañado. “Sea lo que sea lo que un hombre siembre, así será lo que él coseche”. Que nadie crea que una revisión superficial de los acontecimientos del día, quizá con la ligera declaración de “quisiera no haberlo hecho” al revivir una escena en que se condujo palpablemente mal, le preservará del mal que pueda acontecerle. Al abandonar el cuerpo al morir e ir al purgatorio, la visión de nuestro pasado se desarrolla en orden inverso para mostrarnos antes los efectos y después las causas que los produjeron y así sentimos de manera intensa el dolor que ocasionamos a los demás; y a menos que nosotros ejecutemos nuestros ejercicios de manera similar y, en consecuencia, suframos cada noche el infierno que hayamos merecido durante el día, sintiendo agudamente todos los pesares que hayamos infligido, no nos servirá de nada. Hemos de esforzarnos también en sentir con la misma intensidad, la gratitud por las atenciones recibidas de los otros y aprobación del bien que hayamos proporcionado.

Solamente así vivimos realmente la existencia “post-mortem” y avanzamos científicamente hacia la meta de la Iniciación. El más grande peligro del aspirante en este punto es el caer víctima del lazo que tiende el egotismo, y su única salvaguardia es cultivar las facultades de la fe, de la devoción y una simpatía universal. Es difícil, pero puede ser logrado y cuando así se hace, el hombre o mujer se transforman en un maravilloso poder para el bien en el mundo.

Ahora, si el discípulo ha pesado bien el argumento precedente, habrá asido la analogía existente entre el largo ciclo de la evolución y los cortos ciclos, o escalones utilizados en el sendero de la preparación. Quedará del todo claro que nadie puede llevar a cabo este trabajo de “post-mortem” y transmitir a otro el desarrollo del alma resultante, de la misma manera que nadie puede comer el alimento físico de otro y transmitirle su subsistencia y su desarrollo. Nosotros pensamos que es absurdo que un sacerdocio ofrezca acortar la permanencia de nuestra alma en el purgatorio. ¿Cómo, pues, podremos creer que cualquier otro -no importa desde el punto que se considere- pueda hacernos prescindir de la necesidad de un número de existencias purgatoriales en provecho nuestro, transmitiéndonos el poder anímico útil que habríamos adquirido al seguir el curso ordinario de la vida hasta el día en que estuviésemos preparados para la Iniciación? Esto es, pues, lo que significa la oferta de iniciar a una persona antes de estar en el umbral. Débese tener el poder del alma requerido para la Iniciación, o nadie podrá iniciarnos. Si lo poseemos estamos en el umbral por nuestros propios esfuerzos y a nadie se lo debemos y podemos pedir la Iniciación como un derecho que nadie puede disputarnos ni retenernos. Si no lo tuviésemos y lo pudiésemos comprar, ciento veinticinco millones de pesetas serían insignificantes para pagarlo y el hombre que nos ofreciese vendérselo por veinticinco dólares, sería tan ridículo como su víctima. Recuérdese que si alguien ofrece iniciarnos en alguna orden ocultista, no importa que se llame Rosacruz o de cualquier otra manera, al pedir honorarios para la Iniciación se acredita de impostor y sus explicaciones para justificarlos, ya sea para aplicarlos a limosnas, etcétera, serán pruebas evidentes de la naturaleza fraudulenta de aquella orden, pues se ha dicho: “La Iniciación no es una ceremonia exterior sino una experiencia interna”. Yo puedo añadir además que los Hermanos Mayores de la Rosacruz, en el Templo Místico donde yo recibí la Luz, me impusieron la condición de que su ciencia sagrada

nunca debía ser puesta en la balanza contra una moneda. Librementemente la recibí, librementemente fui requerido para darla. Esta cláusula la he cumplido, en espíritu y en la letra, como no ignoran los que han tenido tratos con La Fraternidad Rosacruz.

CAPÍTULO III

EL SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN

Primera Parte

Para alcanzar una completa comprensión del profundo y aventajado alcance y significado de la forma en que el Sacramento de la Comunión fue instituido, es necesario considerar la evolución de nuestro planeta y del hombre compuesto, así como la química de los alimentos y su influencia sobre la humanidad.

En gracia de la claridad recapitularemos brevemente las enseñanzas Rosacruz relativas a los puntos a discurrir. Se pueden encontrar, tratadas extensamente, en el *“Concepto Rosacruz del Cosmos”* y en otros trabajos nuestros.

Los espíritus virginales, que componen ahora la raza humana, comenzaron su peregrinación a través de la materia en los albores del tiempo y por el roce de la existencia concreta, sus fuerzas latentes pueden ser transformadas en energía motriz, como poder anímico utilizable. Tras velos sucesivos de materia más densa cada día, fueron adquiridos por los espíritus en su involución durante los períodos de Saturno, Solar y Lunar. Así fue separado cada espíritu de los demás y la conciencia que no podía penetrar en la materia a través de su muralla y comunicarse con los otros, se vio obligada a entrar de nuevo en sí misma y al hacerlo así “se descubrió a sí mismo”. Así adquirió la propia conciencia.

Una posterior cristalización de los mencionados velos tuvo lugar en el período de la Tierra durante las épocas Polar, Hiperbórea y Lemúrica. En la época Atlántica la mente fue añadida como un punto focal entre el espíritu y el cuerpo completando la constitución del hombre mixto o compuesto; quien, entonces, fue equipado para conquistar el mundo y producir poder anímico por medio del esfuerzo y de la experiencia, teniendo cada uno libre albedrío y libertad, excepto en lo que le limitan las leyes de la naturaleza y sus propios actos anteriores.

Durante esta evolución del hombre en formación, grandes Jerarquías creadoras guiaron cada uno de sus pasos. Nada fue dejado al azar. Incluso el alimento que comía fue escogido para él a fin de poder obtener el material necesario y apropiado con el cual edificar los diferentes vehículos de conciencia, imprescindibles para cumplir el proceso del desarrollo del alma. La Biblia menciona los diferentes pasos, aunque coloca mal a Nimrod, al simbolizar con él a los Reyes Atlantes que vivieron antes del Diluvio. En la época Polar, el hombre estaba constituido de materia mineral únicamente; así Adán fue hecho de tierra, esto es, en lo referente a su cuerpo. En la época Hiperbórea el cuerpo vital fue añadido y así su constitución llegó a ser como la de las plantas y Caín, el hombre de aquel tiempo, vivió de los frutos de la tierra.

La época Lemúrica vio la evolución de un cuerpo de deseos el cual hizo al hombre como los animales actuales. Entonces la leche, el producto de animales vivientes, fue

añadida a la dieta humana. Abel fue pastor, pero en ningún sitio consta que matara animal alguno.

Por aquellos tiempos la raza humana vivía inocentemente y en paz, en medio de la atmósfera nebulosa que envolvía la tierra durante la última parte de la época Lemúrica, como se describe en el capítulo sobre el “Bautismo”. Los hombres eran criaturas bajo el cuidado de un padre común, hasta que el entendimiento les fue dado en los comienzos de la época Atlántica. La actividad del pensamiento desgasta el tejido, que ha de ser reemplazado; cuanto más bajo y más material el pensamiento, más grande la ruina y más urgente la necesidad de albúmina con la cual hacer rápidas reparaciones. De aquí que la necesidad, la madre de la invención, inaugure la repugnante práctica de comer carne y a medida que continuemos pensando en negocios puramente o en líneas materiales, deberemos seguir usando nuestros estómagos como receptáculos de los restos de las víctimas animales asesinadas. Todavía veremos más adelante cómo el alimento carnal nos ha permitido el asombroso progreso material realizado en el mundo occidental, mientras que los indios y chinos, vegetarianos, han quedado en un estado casi salvaje. ¡Qué triste es darse cuenta de que ellos se verán forzados a seguimos los pasos y derramar la sangre de criaturas que son compañeras nuestras cuando nosotros hayamos desterrado la bárbara práctica señalada, igual como cesó el canibalismo!.

Cuanto más espiritualmente nos desarrollemos, más se armonizarán nuestros pensamientos con el ritmo de nuestro cuerpo y menos albúmina será necesaria para reparar los tejidos. En consecuencia, una dieta vegetal será suficiente para nuestras necesidades, Pitágoras prescribió la abstinencia de legumbres para los escolares avanzados, a causa de ser muy ricas en albúmina y aptas para despertar los bajos apetitos. Que ningún estudiante que lea esto acuerde imprudentemente, sin embargo, eliminar las legumbres de su dieta. Muchos de nosotros no estamos preparados todavía para tales extremos; tampoco podemos aconsejar a todos los estudiantes abstenerse enteramente de comer carne. El cambio deberá venir por sí mismo y desde dentro. Lo que puede ser dicho con toda certeza; no obstante, es que mucha gente come demasiada carne para que les haga bien. Pero esto es, en cierto sentido, una disgresión y, por lo tanto, volvamos a la evolución de la humanidad en todo lo que se relaciona con el Sacramento de la Comunión. A su debido tiempo la densa niebla que envolvía la tierra se enfrió, se condensó y llenó de agua los diferentes mares. La atmósfera se esclareció y al mismo tiempo, una adaptación fisiológica tuvo lugar en el hombre. Las branquias o agallas que le habían permitido respirar en aquel aire cargado de agua densa (y las cuales pueden verse en los fetos humanos de hoy) se atrofiaron gradualmente y su función fue llenada por los pulmones, al pasar el aire puro hasta y desde ellos a través de la laringe. Esto permitió al espíritu, hasta entonces envuelto por el velo de la carne, expresarse con palabras y actuar.

Fue entonces, a mediados de la época atlante, cuando el Sol brilló por primera vez sobre el hombre tal como lo vemos hoy; entonces fue cuando vio el mundo por vez primera. Hasta aquellos días había vivido bajo el absoluto control de las grandes jerarquías espirituales, mudo, sin voz ni voto en los asuntos tocantes a su educación; como un niño está ahora bajo el cuidado de sus padres.

Pero en el día en que finalmente brotó de la densa atmósfera de los atlantes; cuando contempló por primera vez las montañas siluetadas claramente, definidos contornos sobre la azulada bóveda del cielo; al ver de pronto las bellezas de los páramos y de las praderas,

las criaturas vivientes, los pájaros en el aire y los hombres, sus semejantes; cuando su vista se vio ilimitada por la parcial desaparición de la niebla que había estorbado su percepción hasta entonces y, por encima de todo, cuando se percibió a sí mismo separado y aparte de todos los demás, brotó de sus labios el glorioso y triunfal grito: “Yo soy”.

Hasta aquel entonces había venido adquiriendo las facultades que le permitían entrar en la escuela de la experiencia, el mundo fenomenal, como un agente libre para aprender las lecciones de la vida sin trabas, excepto las de las “leyes de la naturaleza”, que es donde radica su salvaguardia y la reacción de sus propios actos anteriores, lo que después se convierte en el “destino”. El alimento conteniendo un exceso de albúmina de la carne, con la cual se había hartado hasta entonces, cargó su hígado más de lo que era capaz y entorpeció su sistema, haciéndole áspero, adusto y brutal. Fue perdiendo la visión espiritual que le habían revelado los ángeles guardianes en quienes había confiado y vio solamente las formas de los animales y de los hombres. Los espíritus con quienes había vivido en amor y fraternidad durante los primeros tiempos atlantes se oscurecieron por el velo de la carne. Todo era muy extraño y él les empezó a temer.

En consecuencia, llegó a ser necesario darle un nuevo alimento que pudiese ayudar a su espíritu a sobreponerse de las moléculas de carne altamente individualizadas (como ha sido explicado en el Concepto Rosacruz del Cosmos, capítulo sobre la Asimilación, página 475) y armarle para la batalla con el mundo y empujarle hasta la propia personificación. Así como nuestros cuerpos visibles compuestos de materias químicas pueden nutrirse solamente con alimentos químicos, así mismo se necesita espíritu para actuar sobre el espíritu ayudándole a eliminar las pesadas sustancias proteicas y estimulando el decaído espíritu humano. La emergencia de los atlantes del Diluvio, la liberación de la humanidad de la reglamentación absoluta de los guardianes sobrehumanos visibles, su colocación bajo la ley de consecuencia y las leyes de la naturaleza, así como la dádiva del vino están descritos en las narraciones de Noé y de Moisés, que no son más que diferentes versiones de los mismos acontecimientos. Tanto Noé como Moisés condujeron a sus prosélitos a través del agua. Moisés apela al cielo y a la tierra para atestiguar que ha colocado delante de ellos la bendición y la maldición y les exhorta a escoger el bien o sufrir las consecuencias de sus actos y entonces les abandonó. El fenómeno del arco iris requiere que el sol esté cercano al horizonte, cuanto más cerca mejor; es necesaria también una atmósfera clara y una nube oscura en la parte opuesta del firmamento. Cuando en tales circunstancias un observador mira, de espaldas al sol, puede ver los rayos del sol refractados a través de las gotas de lluvia como un arco iris. En los tiempos primeros de los atlantes, cuando no existía la lluvia como ahora y la atmósfera no era más que una nebulosa húmeda y caliente a través de la cual el sol parecía una de nuestras lámparas en un día de niebla, el fenómeno del arco iris era un imposible. No pudo hacer su aparición hasta que la niebla se condensó en agua, inundó la tierra y dejó la atmósfera clara como se describe en la narración de Noé, lo que de esta manera apunta la ley de ciclos alternos que trae el día y la noche, verano e invierno, en invariable consecuencia y a la cual el hombre está sujeto en esta edad presente.

Noé cultivó el vino y obtuvo un espíritu para estimular al hombre. Así, provisionado con una constitución mixta y un régimen mixto también apropiado para lo sucesivo y con leyes divinas para guiarle, la raza humana fue dejada a sus propios medios e iniciativas en la batalla de la vida.

CAPÍTULO IV

EL SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN “EN MEMORIA MÍA”

Segunda Parte

“Nuestro Señor Jesucristo, la misma noche en que fue traicionado, tomó pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, este es Mi cuerpo que se parte para vosotros. Haced esto en memoria mía. Después y de la misma manera, tomó la copa cuando había cenado, diciendo: Esta copa es el Nuevo Testamento en Mi sangre. Haced esto tantas veces como la bebáis en memoria mía. Pues tantas veces como comáis este pan y bebáis de esta copa, mostraréis la muerte del Señor, hasta que venga. Por consiguiente, quienquiera que coma de este pan y beba de esta copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor.

Y el que coma y beba indignamente, come y bebe su propia condenación... Por esta causa muchos están débiles y sin fuerzas entre vosotros y muchos duermen”. I Cor. II 23-30.

Existe en los pasajes anteriores un significado esotérico profundamente escondido que queda particularmente difuso en la traducción inglesa, pero en la alemana, latina y griega, el estudiante puede entender una alusión de lo que realmente se intenta con la última orden del Salvador a sus Discípulos. Antes de examinar esta fase del asunto permítasenos considerar las palabras “en memoria mía”. Entonces estaremos en mejores condiciones, quizá, de comprender lo que se quiere significar por la “copa” y el “pan”. Supongamos un hombre procedente de lejanos lugares que penetre en nuestro ambiente y lo visite todo. Dondequiera que vea pequeñas reuniones agrupadas alrededor de la Mesa del Señor para celebrar el más sagrado de todos los ritos cristianos, al preguntar el porque, le será contestado que hacen aquello en recuerdo de Uno que vivió una existencia más noble que hombre alguno había vivido sobre la tierra; Uno que era la Bondad y el Amor personificados; Uno que era el criado de todos los demás, sin preocuparse de ganar o perder para sí mismo. Si aquel extraño comparase la actitud en estas reuniones religiosas del domingo, durante la celebración de su rito, con sus vidas civiles comunes durante el resto de la semana ¿qué es lo que vería? Cada uno de nosotros sale a la calle a librar la dura lucha por la existencia. Bajo el imperio de la necesidad olvidamos el amor que debería ser el principal factor y guía de nuestras vidas cristianas. Nuestra mano va siempre contra nuestros semejantes. Todos luchamos por una posición, por la fortuna, por el poder, por cualquiera de estos atributos. Olvidamos el lunes lo que recordamos reverentemente el domingo y en consecuencia todo el mundo se resiente de ello y es desgraciado. Hacemos también distingos entre el pan y el vino que bebemos en la llamada “Mesa del Señor” y el alimento que repara nuestras fuerzas durante los intervalos de nuestra presencia en la Comunión. Pero no hay mandamiento alguno en las Sagradas Escrituras que ordene tal

distinción, como es fácil de ver, aun en la versión inglesa, distinguiendo las palabras impresas en bastardilla por los traductores, para indicar lo que ellos creyeron que era el sentido del pasaje. Por el contrario, se nos dice que, al beber y al comer, o cualquier otra cosa que hagamos, ha de ser hecha para la mayor gloria de Dios.

Cada uno de nuestros actos debería ser una plegaria. La superficial “acción de gracias en las comidas es en realidad una blasfemia y el pensamiento silencioso de gratitud al que nos da diariamente el pan, es mucho más preferible. Al recordar en cada comida que todo procede de la sustancia de la tierra, que no es más que el cuerpo del Espíritu de Cristo, que mora en ella, comprenderemos propiamente cómo aquel cuerpo se desmenuza diariamente para nosotros y apreciaremos así la bondad amorosa que le empujó a darse a nosotros y debemos recordar también que no hay un momento, de noche, o de día, que Él no sufra a causa de estar sumido o aprisionado en esta tierra. Cuando comemos de este modo y consideramos consecuentemente la verdadera situación, estamos declarándonos a nosotros la muerte del Señor, cuyo espíritu sufre y se queja, esperando el día de la liberación, cuando no haya necesidad de una envoltura tan densa como la que requerimos hoy. Pero hay todavía otro misterio más grande y más hermoso escondido en esas palabras de Cristo. Ricardo Wágner, con su rara intuición de músico maestro, dio sentido a esta idea cuando, sentado en meditación en las riberas del lago de Zurich, un Jueves Santo, cruzó por su espíritu este pensamiento: “¿Qué relación existe entre la muerte del Salvador y los millones de semillas fructificando en la tierra en este momento del año...?” Si meditamos sobre esta vida que anualmente se desprende de la primavera, la veremos como algo gigantesco y digno de veneración; una plétora de vida que transforma el globo, desde un aspecto de muerte y desolación por el frío, al de una vida esplendorosa y rejuvenecida en un cortísimo espacio de tiempo y la vida que de esta manera se difunde en los capullos de millones y millones de plantas, es la vida del Espíritu y de la Tierra.

De ésta vienen el trigo y la uva. Estos frutos son el cuerpo y la sangre del Espíritu de la Tierra prisionero, dado para sustentar a la raza humana durante la fase actual de su evolución. Estamos disconformes y repudiamos la doctrina de la gente que cree que el mundo ha de procurarle su sistema de vida, sin tener en cuenta sus propios esfuerzos y sin responsabilidad “material” de su parte, y antes bien insistimos en creer que existe una responsabilidad “espiritual” relacionada con el pan y el vino dados en la cena del Señor: “Debe ser comido dignamente, de otra manera, se convertirá en enfermedad y en muerte incluso”. Bajo la forma ordinaria de leer, esto parecerá quizá que se va a parar demasiado lejos, pero llevados de la luz esotérica para examinar otras traducciones de la Biblia y mirando las condiciones en que encontramos hoy el mundo, veremos que no se ha ido tan lejos después de todo. Para empezar, debemos remontarnos a los tiempos en que el hombre vivía bajo la guardia de los ángeles, construyendo inconscientemente el cuerpo que usufructúa en la actualidad. Esto ocurría en el antiguo período de la Lemuria. Un cerebro hacía falta para la evolución del pensamiento y una laringe para su expresión verbal. En consecuencia, la mitad de la fuerza creadora se dirigió hacia arriba y fue utilizada por el hombre para formar estos órganos. Así fue como la raza humana llegó a ser unisexual y se vio empujada a buscarse un complemento cuando fue necesario crear un nuevo cuerpo, para servir de instrumento en una más alta fase de la evolución. Mientras el acto del amor fue consumado bajo la prudente vigilancia de los ángeles, la existencia del hombre estuvo libre de pesares, dolores y de la muerte. Pero cuando, bajo el tutelaje de los Espíritus de Lucifer,

comió del fruto del Árbol del conocimiento y perpetuó la raza sin cuidarse de las líneas de fuerza interplanetarias, transgredió la ley, y los cuerpos así formados se cristalizaron rápidamente, quedando sujetos a la muerte de una manera mucho más perceptible de lo que hasta entonces habían estado. Así se vieron forzados a crear nuevos cuerpos más frecuentemente a medida que la duración de su vida se acortaba. Los guardianes celestiales de la fuerza creadora le arrojaron del jardín del amor, hacia los desiertos del mundo, haciéndole responsable de sus acciones bajo la ley cósmica que gobierna el universo. Así trabajó por años y años, buscando la obtención de su propia salvación y cristalizando de esta manera más y más la tierra.

Las jerarquías divinas, incluyendo el Espíritu de Cristo, trabajan sobre la tierra desde fuera al igual que los espíritus grupos guían a los animales bajo su protección; pero como Pablo dice con certeza, ninguno puede ser justificado bajo la ley, pues contra la ley todos pecaron y todos deben morir. No hay en el Antiguo Testamento esperanza alguna fuera de ésta, salvo la simbolización de uno que ha de venir para restaurar el buen camino. Así nos habla Juan diciendo que la ley fue dada a Moisés y que la gracia vino con Nuestro Señor Jesucristo. Pero, ¿qué es la gracia...?

¿Puede la gracia ir contra la ley y abrogársela enteramente...? Ciertamente que no. Las leyes de Dios son constantes e inmutables o el universo se convertiría en un caos. La ley de la gravedad conserva nuestras casas en una posición relativa a las demás casas, de modo que al dejarlas podemos tener la seguridad de que cuando volvamos las encontraremos en el mismo sitio. Por este estilo todos los asuntos en el universo están sujetos a leyes invariables. Así como la ley separada del amor, dio nacimiento al pecado, así también la sucesión de la ley, temperada con amor, es la gracia. Tomemos un ejemplo de nuestras condiciones sociales concretas: Tenemos leyes que prescriben una penalidad determinada por determinada ofensa y cuando la ley se ha cumplido, decimos que se ha hecho justicia. Pero la larga experiencia comienza a enseñarnos que la justicia, pura y simple, es como los dientes del dragón de la Cólquide y engendra disputas y peleas siempre en aumento. Los criminales, así llamados, siguen siéndolo y se vuelven hasta peores y más endurecidos bajo las penalidades de la ley; mas cuando los regímenes más humanos de los tiempos presentes permiten que el que ha delinquido sea puesto en libertad, o se suspenda su sentencia, queda entonces bajo la gracia y no bajo la ley. Así también, el cristiano que procura seguir los pasos del Maestro, es emancipado de la ley del pecado por la gracia, siempre que olvide el camino del pecado. Este fue el pecado de nuestros progenitores en los tiempos de la Lemuria; ellos desperdiciaron su semilla sin cuidarse de la ley y sin amor. Pero es privilegio del cristiano redimirse por la pureza de su vida en memoria del Señor. San Juan dice: “Su semilla queda en sí mismo” y esto es el significado oculto del pan y del vino. En la versión inglesa leemos simplemente: “Esta es la copa del Nuevo Testamento”, pero en la alemana la palabra copa se sustituye por “*kelch*” y en la latina, por “*calix*”, significando ambas palabras la cubierta exterior o vaina de la semilla de la flor. En la griega tenemos una significación todavía más sutil, difícil de adaptar en otros idiomas, en la palabra “*poterion*”, cuyo significado se nos hará evidente si consideramos la etimología de la palabra “*pote*”. Esto nos dará al momento la misma idea que el “cáliz” o “calix”, un receptáculo; y el latín “*potare*” (beber) muestra igualmente que la copa es un receptáculo capaz de contener líquido. Las palabras “potente” e “impotente” que significan posesión o carencia de fuerza viril, muestran más ampliamente el significado de esta palabra griega,

que indica la evolución del hombre en superhombre. Hemos pasado por existencias semejantes a la del mineral, de la planta y del animal, antes de ser como somos hoy y delante de nosotros todavía quedan muchas evoluciones, hasta que nos acerquemos a la Divinidad más y más. Fácilmente se comprenderá que lo que nos restringe y contiene en el camino de este alcance son nuestras pasiones animales; la baja naturaleza está constantemente guerreando contra la naturaleza o yo superior.

Al menos en aquellos que han experimentado un despertar espiritual, en su interior se está desarrollando silenciosamente una guerra que se vuelve más y más amarga para ser suprimida. Goethe exteriorizó con maestría aquel sentimiento en las palabras de Fausto, el alma aspirante, hablando a su más materializado amigo, Wágner:

“Tú estás poseído por un sólo impulso,
e inconsciente del otro todavía permaneces.
Dos almas, ¡ay!, habitan dentro de mi pecho
y allí pelean por un reino dividido.
Una, a la tierra con deseo apasionado
y con tentáculos tenazmente se adhiere todavía;
sobre las brumas, la otra de las dos, aspira,
con sagrado ardor, a más puras esferas.”

Fue el conocimiento de esta absoluta necesidad de castidad (salvo cuando su objeto es la procreación) respecto de aquellos que han tenido un despertar espiritual, lo que dictó las palabras de Cristo y, el apóstol San Pablo, sentó una verdad esotérica cuando dijo que: Aquellos que participasen de la Comunión sin vivir la vida, estaban en peligro de enfermedad y de muerte. Pues exactamente igual que bajo una tutela espiritual, la pureza de la vida eleva al discípulo maravillosamente, así también la incontinenencia produce mucho mayor efecto sobre los cuerpos más sensitivos que sobre los que están todavía bajo la ley y no han conseguido ser partícipes de la gracia por la copa del Nuevo Testamento.

CAPÍTULO V

EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

Habiendo estudiado el significado de nuestras festividades cristianas, tales como la Navidad y la Pascua y habiendo hecho lo mismo con la doctrina de la inmaculada Concepción, bueno será que dediquemos nuestra atención al significado interno de los sacramentos de la Iglesia, que se administran individualmente en todas las tierras cristianas, desde la cuna a la tumba y que le acompañan en todos los momentos interesantes de su viaje terrestre. Tan pronto como comienza la jornada de su vida, la Iglesia le admite en su rebaño por medio del rito del Bautismo que le es conferido cuando es todavía irresponsable por sí mismo; más tarde, cuando su mentalidad se ha desarrollado algún tanto, ratifica aquel contrato y es admitido a la Comunión, donde el pan es partido y el vino escanciado en memoria del Fundador de nuestra fe. Todavía más adelante en su existencia llega el sacramento del Matrimonio y finalmente, al terminar su carrera y volver el espíritu a Dios que se lo dio, el cuerpo es consignado al polvo, su origen, acompañado de las bendiciones de la Iglesia.

En nuestros tiempos Protestantes, el espíritu de protesta es excesivo en extremo y los disidentes en todas partes levantan sus voces en rebelión contra la fantástica arrogancia del clero y califican a los sacramentos como de mera mojiganga. A causa de esta actitud del espíritu, estas funciones han llegado a ser de poco o ningún efecto en la vida de la comunidad; las disensiones han aparecido aún entre los mismos eclesiásticos y secta tras secta se han divorciado de la original congregación apostólica. A pesar de todas estas protestas las varias doctrinas y sacramentos de la Iglesia son, no obstante, las piedras angulares del arco de la evolución, pues inculcan una moral de la más elevada naturaleza; e incluso materialistas científicos, tales como Huxley, han admitido que mientras que la propia protección trae la “supervivencia de los más aptos” en el reino animal y es, en consecuencia, la base de la evolución animal, el “sacrificio de sí mismo” es el principio en que se nutre el progreso humano. Si éste es el caso entre mortales, podemos creer muy bien que será así, en mucha mayor extensión, en el Autor Divino de nuestro ser.

Entre animales la fuerza es un derecho, pero nosotros reconocemos que los débiles tienen derecho a la protección de los fuertes. La mariposa pone sus huevos en el lado inferior de una hoja verde y desaparece sin otro cuidado por su bienestar. En los mamíferos el sentimiento de la madre se desarrolla fuertemente y así vemos a la leona cuidando de sus cachorros, pronta a defenderlos con su propia vida; pero hasta que no se alcanza el reino humano no vemos que el padre comience a compartir enteramente la responsabilidad como padre. Entre los salvajes el cuidado de los jóvenes termina de hecho al alcanzar éstos la capacidad física necesaria para cuidar de sí mismos. Pero cuanto más ascendemos en la civilización, más y más reciben los jóvenes los cuidados de sus padres y más y más diligencia se pone en su educación mental para que, al alcanzar la madurez, puedan ganar la batalla de la vida con la mente más bien que con un punto físico de ventaja; pues a medida

que avanzamos en nuestro camino del desarrollo, experimentamos y experimentaremos mayormente el poder de la mente sobre la materia. Por el sacrificio de los padres, más y más prolongado, la raza alcanza mayor delicadeza y lo que perdemos en rudeza material lo ganamos en percepción espiritual.

A medida que esta facultad crece fuerte y se desarrolla más, el anhelo del espíritu aprisionado en su envoltorio terreno, grita más fuertemente en demanda de comprensión del lado espiritual de su desarrollo. Wallace y Darwin, Huxley y Spencer dejaron señalado como se cumplimenta y lleva a cabo la evolución de la forma en la naturaleza; Hernesto Haeckel pretendió aclarar el enigma del universo, pero ninguno de ellos pudo explicar satisfactoriamente al Autor Divino de lo que vemos. La gran diosa, la selección natural, es olvidada y abandonada por uno y otro de sus devotos a medida que los años pasan y hasta Haeckel, el eminente materialista, mostró en sus últimos días una ansiedad del todo histérica para hacerle un sitio a Dios en su sistema y no está lejano el día en que la ciencia llegará a ser tan completamente religiosa como la religión misma. La iglesia, por otra parte, aunque todavía extremadamente conservadora, abandona poco a poco su dogmatismo autocrático y consigue ser más científica en sus explicaciones. Así veremos con el tiempo la unión de la ciencia y la religión como existió en los antiguos templos de misterios y cuando este punto sea alcanzado, las doctrinas y sacramentos de la Iglesia mostrarán que descansan sobre leyes cósmicas inmutables, de no menor importancia que la ley de la gravedad, que mantiene las órbitas en su marcha en su respectivo sitio alrededor del Sol, y así como los puntos de los equinoccios y solsticios son puntos turnantes en el camino cíclico de un planeta, marcados por festividades tales como Navidad y Pascua, así también el nacimiento en el mundo físico, la admisión en la iglesia, el estado del matrimonio y finalmente la salida de la vida física, son puntos en el camino cíclico del espíritu humano alrededor de su origen central, Dios, los cuales quedan marcados por los sacramentos del Bautismo, Comunión, Matrimonio y Extremaunción.

Pasemos ahora a considerar el rito del bautismo. Mucho se ha dicho por los disidentes contra la práctica de llevar un niño a la iglesia y prometer en su nombre una vida religiosa. Calurosos argumentos concernientes a la rociada contra la zambullida han traído grandes divisiones en las iglesias. Si queremos obtener una verdadera idea del Bautismo, debemos retroceder a la primitiva historia de la raza humana, según está señalado en la Memoria de la Naturaleza. Todo lo que ha ocurrido está indeleblemente escrito en el éter, como una escena cinematográfica queda impresa sobre una película sensitiva y cuya fotografía puede ser reproducida sobre una pantalla en cualquier momento. Las imágenes de la Memoria de la Naturaleza pueden ser vistas y estudiadas por los seres vivientes especializados, aunque millones de años hayan transcurrido desde que las escenas allí estampadas tuvieron lugar en la vida.

Cuando consultamos este imperecedero recuerdo, encontramos que hubo un tiempo en que, lo que ahora es nuestra Tierra, salió del caos, oscura y disforme, como lo relata la Biblia. Las corrientes desarrolladas por agentes espirituales en esta nebulosa masa, generaron calor y la masa fue puesta en ignición en el tiempo en que se nos dice que Dios pronunció su: “Hágase la luz”. El calor de la ígnea masa y el espacio frío que la rodeaba generaron la humedad; el fuego nebuloso quedó rodeado de agua hirviente y el vapor fue proyectado a la atmósfera y, de este modo, “Dios dividió el agua....de las aguas...” el agua densa que estaba cerca del fuego nebuloso separada del vapor (que es agua en suspensión),

como lo explica la Biblia. Cuando el agua que contiene sedimentos hierve, deposita más cantidad de posos y, similarmente, el agua que rodeaba nuestro planeta formó por último una corteza alrededor de su centro en ignición. La Biblia, además, nos informa de que una nebulosa se levantó del suelo y es fácil concebir como la humedad se evaporó gradualmente de nuestro planeta en aquellos lejanos días. Los viejos mitos son mirados generalmente como supersticiones en nuestros días, pero en realidad cada uno de ellos contiene una gran verdad espiritual en imágenes simbólicas. Estas historias fantásticas fueron proporcionadas a la humanidad en su infancia para enseñarle lecciones de moral que sus intelectos recién nacidos no estaban en sazón de recibir.

Se les enseñó por mitos (de forma muy parecida a como enseñamos a nuestros niños por medio de libros con grabados y con fábulas) lecciones que estaban más allá de su comprensión espiritual.

Una de las más grandes de estas historias mitológicas es “El anillo del nibelungo” que nos habla de un maravilloso tesoro escondido bajo las aguas del Rhin. Era una masa de oro en su estado natural. Colocada sobre una alta roca iluminaba enteramente todo el paisaje submarino, en donde las ninfas correteaban inocentemente en alegres juegos. Pero uno de los nibelungos, llevado de la codicia, robó el tesoro, lo extrajo de las aguas y huyó. Le fue imposible, sin embargo, darle forma hasta que hubo adjurado al amor. Entonces le dio la forma de un anillo que le daba poder sobre todos los tesoros de la tierra, pero al mismo tiempo inauguró la era de las disensiones y de las batallas. Por su posesión, el amigo traicionó al amigo, el hermano mató al hermano y por todas partes causó opresiones, pesares, pecados y muertes hasta que fue, por fin, restituido al líquido elemento y la tierra se consumió en llamas. Pero más tarde se levantó, como el nuevo fénix de las cenizas del viejo pájaro, un nuevo paraíso y una nueva tierra donde la rectitud fue restablecida. Esta vieja historia popular contiene una maravillosa descripción de la evolución humana. El nombre nibelungo deriva de las palabras alemanas “nebel” (que significa niebla) y “ungen” (que significa hijos). Así es que la palabra nibelungo significa hijo de la niebla y se refiere a la edad en que la humanidad vivía en la atmósfera brumosa que rodeaba nuestra tierra en el punto de su desarrollo previamente mencionado. Allí la humanidad infantil vivía en una vasta fraternidad, inocente de todo pecado, como los niños de hoy, iluminada por el Espíritu Universal simbolizado por el Oro del Rhin que proyectaba su luz sobre las ninfas marinas de nuestra historia. Pero en su día la tierra se enfrió más y más, la niebla se condensó y causó depresiones sobre la superficie de la tierra con sus aguas, la atmósfera se esclareció, los ojos del hombre se abrieron y percibióse a sí mismo como un “ego” separado. Entonces el Espíritu universal de amor y solidaridad fue reemplazado por el egoísmo y el cuidado del propio interés.

Este fue el robo del Oro del Rhin y el pesar, el pecado, la disputa, la traición y el asesinato, tomaron el sitio de aquél amor infantil que existía entre la humanidad durante aquel primitivo estado, cuando residía en la atmósfera acuosa desde hacía tanto tiempo.

Gradualmente esta tendencia se hace más y más marcada y el curso del egoísmo más y más aparente. “La inhumanidad del hombre para con el hombre” pesa como un paño funerario sobre la tierra y ha de traer inevitablemente la destrucción de las condiciones existentes. Toda la creación gime y se afana en espera del día de la redención y la Religión occidental da la nota tónica del camino para obtenerla, al exhortarnos a querer a nuestros

semejantes como a nosotros mismos; pues entonces el egoísmo será abrogado por la fraternidad universal y por el amor.

Consecuentemente, cuando una persona es admitida en el seno de la Iglesia, que no es más que una institución espiritual, donde el amor y la fraternidad son los resortes principales de la acción, es muy apropiado llevarle a recibir las aguas del bautismo, simbolizando la hermosa condición de inocencia infantil y amor que prevalecía en los tiempos en que la raza humana habitaba bajo la niebla de aquel lejano período. En aquellos días los ojos del hombre infantil no se habían abierto aún a las ventajas materiales de este mundo. El niño que se lleva a la iglesia no se ha percatado todavía de los espejismos de la vida tampoco y los demás se obligan ellos mismos a guiarle hacia una santa vida, poniendo sus mayores esfuerzos para lograrlo, pues la experiencia adquirida desde el Diluvio nos ha demostrado que el camino ancho de la vida está sembrado de dolores, pesares y desengaños, y que solamente siguiendo el camino recto y estrecho podemos escapar de la muerte y entrar a la vida eterna.

Así es como vemos que existe una significación mística, maravillosamente profunda, detrás del sacramento del bautismo; que esto es, para recordarnos de las bendiciones que caen sobre los miembros de una fraternidad en la que el propio interés es dejado a un lado y en la que el servicio a los demás es la nota fundamental y el resorte único de la acción. Mientras permanecemos en el mundo, el que con éxito domina a los demás, es el más grande. En la Iglesia tenemos la definición de Cristo: “El que sea el más grande entre vosotros, dejad que sea el sirviente de todos los demás”.

CAPÍTULO VI

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Si se despoja de superfluidades, el argumento de la religión cristiana ortodoxa, puede ser resumido así:

Primero: que tentados por el demonio, nuestros primeros padres pecaron y fueron arrojados de su primer estado de bendición celestial, colocados bajo la ley y sujetos a la muerte; llegando a verse incapaces de salvarse por sus propios esfuerzos.

Segundo: que Dios amaba tanto al mundo que dio a Cristo, Su Hijo Unigénito, para su redención y para establecer el reinado de los cielos. Así la muerte será finalmente absorbida por la inmortalidad.

Este simple credo ha provocado las sonrisas de los ateos, incluso de los puramente intelectuales que han estudiado las filosofías trascendentales con sus sutilezas de lógica y de argumentación y hasta de algunos entre aquellos que estudian las enseñanzas de Misterios Occidentales. Tal actitud mental es enteramente gratuita. Deberíamos saber que los conductores divinos de la raza humana no permitirían que tantos y tantos millones continuaran en el error por milenios y milenios. Cuando las Enseñanzas de Misterios Occidentales se despojan de sus excesivas explicaciones iluminativas y descripciones detalladas y se descubren sus enseñanzas básicas, se encuentran entonces de exacto acuerdo con las enseñanzas cristianas ortodoxas.

Existió un tiempo en que la raza humana vivía en un estado libre de pecado, cuando el pesar, el dolor y la muerte eran desconocidos. Tampoco el tentador personal de la Cristiandad es un mito, pues los espíritus de Lucifer, puede muy bien decirse que son ángeles caídos y su tentación contra el hombre resultó ser una concentración de su conciencia sobre la fase material de la existencia, por lo que cae bajo la ley de la decrepitud y de la muerte. Igualmente es cierta y verdadera la misión de Cristo de ayudar al hombre, elevándole a un estado más etéreo, donde la disolución de los cuerpos ya no será necesaria para libertarse de los vehículos que se han hecho demasiado pesados y disponerse para ulteriores usos. Pues éste es verdaderamente un “cuerpo de muerte” en el que solamente la más pequeña cantidad de materia es realmente provista de vida, pues parte de su estructura es materia nutritiva que no ha sido todavía asimilada; otra porción mucho mayor está ya en camino de la eliminación y únicamente entre estos dos polos puede ser hallada la materia que está avivada completamente por el espíritu.

En otros capítulos hemos estudiado los sacramentos del Bautismo y de la Comunión, sacramentos que tienen que ver particularmente con el espíritu. Procuraremos ahora comprender el lado más profundo del sacramento del matrimonio que tiene que ver esencialmente con el cuerpo. Como los demás sacramentos, el del Matrimonio tuvo sus principios y tendrá igualmente su fin. Su comienzo fue descrito por Cristo cuando dijo: “No habéis leído que Aquel que les hizo en el principio les hizo macho y hembra?” y añadió: “Por esta causa dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa y

ambos serán una sola carne... Por lo tanto, ya no serán dos, sino una carne”. Mateo, 19:4-6. Él también dejó indicado el fin del matrimonio cuando dijo: “Al resucitar ellos no se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como los ángeles de Dios en el paraíso”. Mateo, 22:30. Bajo esta luz la lógica de la enseñanza es evidente, pues el matrimonio llegó a ser necesario a fin de que el nacimiento pudiese proveer de nuevos instrumentos para reemplazar a aquellos que la muerte hubiese destruido; y cuando la muerte haya sido absorbida por la inmortalidad y no haya necesidad de nuevos instrumentos, el matrimonio será también innecesario. La ciencia, con admirable audacia, ha procurado resolver el misterio de la fecundación y nos ha explicado como la imaginación tiene lugar en las paredes del ovario; como el óvulo diminuto se forma en la reclusión de su oscura cavidad; como emerge de allá y penetra en el tubo del Falopio; es atravesado por el espermatozoide del macho y el núcleo de un cuerpo humano está completo. Así es como suponemos estar “en la fuente y origen de la vida..” Pero la vida no tiene principio ni tendrá fin y lo que la ciencia considera erróneamente la fuente de la vida, es realmente el origen de la muerte, puesto que todo lo que procede de la matriz está destinado más tarde o más temprano a alcanzar la tumba. Las fiestas del matrimonio que preparan el nacimiento aprovisionan al propio tiempo de alimento a las fauces insaciables de la muerte y mientras sea necesario el matrimonio para la generación y el nacimiento; la desintegración y la muerte serán el resultado inevitable de ello. Es por lo tanto de suma importancia conocer la historia del matrimonio; las leyes y acciones que envuelve; la duración de su institución y como puede ser trascendido o superado.

Al obtener nuestros cuerpos vitales en los tiempos hiperbóreos, el Sol, la Luna y la Tierra formaban todavía un solo cuerpo y las fuerzas solares-lunares penetraban a cada ser en igual medida, así que todos podían perpetuar por sí mismos su raza por medio de capullos y gérmenes como las plantas de nuestros días. Los esfuerzos del cuerpo vital para suavizar el denso vehículo y conservarse vivo no eran interferidos por nadie ni por nada y esos cuerpos primitivos, semejantes a las plantas, vivían años y más años. Pero el hombre era entonces inconsciente y estacionario como una planta; no hacía esfuerzo alguno ni tenía tentativa. La adición de un cuerpo de deseos le procuró el incentivo y el propio deseo, resultando la conciencia como consecuencia de la guerra entre el cuerpo vital, que construye y el cuerpo de deseos que destruye el cuerpo denso.

Así la disolución llegó a ser solamente una cuestión de tiempo, particularmente a causa de que la energía constructiva del cuerpo vital se vio necesariamente dividida, usando una parte o polo para las funciones vitales del cuerpo y la otra para reemplazar un vehículo destruido por la muerte. Pero así como los dos polos de un magneto o dínamo son imprescindibles para manifestarse, así también dos seres unisexuales fueron necesarios para la generación; así el matrimonio y el nacimiento fueron necesariamente instituidos para compensar los efectos de la muerte. La muerte es, pues, el precio que pagamos para obtener la conciencia en el mundo actual y el matrimonio y los nacimientos repetidos son nuestras armas contra el rey de los terrores, hasta que cambie nuestra constitución y seamos como los ángeles. Es necesario puntualizar que no se dice que debemos ser ángeles, sino que llegaremos a ser como ángeles. Pues los ángeles son la humanidad del Período Lunar y pertenecen a una corriente de evolución tan diferente a la nuestra como lo son los espíritus humanos comparados con los de los animales actuales. San Pablo hace constar en su carta a los hebreos que el hombre fue hecho por un poco de tiempo inferior a los ángeles; que

descendió más bajo en la escala del materialismo durante el Período Terrestre, mientras que los ángeles no han habitado nunca globo alguno más denso que el éter. Así como nosotros construimos nuestros cuerpos con partículas químicas de la tierra, así los ángeles construyen los suyos con éter. Esta sustancia es la aportación directa de todas las fuerzas vitales y cuando el hombre haya llegado a ser como los ángeles y haya aprendido a construir su cuerpo con éter, no existirá, naturalmente, la muerte ni la necesidad del matrimonio para producir nacimientos.

Pero cuando nos podemos dar cuenta del maravilloso misterio del amor, es cuando miramos al matrimonio desde otro punto de vista, considerándolo como una unión de almas más bien que como una unión de los sexos. Esta puede servir para perpetuar la raza, naturalmente, pero el verdadero matrimonio es una camaradería de almas también, que consigue anular el sexo. No obstante, aquellos realmente dispuestos a ponerse en este plano más elevado de la intimidad espiritual, ofrecen alegremente sus cuerpos como sacrificios vivientes en el altar del amor al no nacido, para cortejar a un espíritu que espera y lograr un cuerpo inmaculadamente concebido. De este modo puede la humanidad ser salvada del reinado de la muerte. Esto es fácilmente comprensible si consideramos la acción noble y gentil del cuerpo vital y la contrastamos con la del cuerpo de deseos en un acceso de mal humor; cuando se dice vulgarmente que el hombre ha “perdido el control de sí mismo”. Bajo tales condiciones los músculos se tienden y la energía nerviosa se gasta en una medida suicida, de forma que tras una de estas tempestades, el cuerpo queda a veces postrado por varias semanas. La más pesada labor que exista no causa tanta fatiga como un acceso de mal humor; en consecuencia, un niño concebido pasionalmente bajo las tendencias cristalizadoras de la naturaleza del deseo es naturalmente un niño de vida corta y es deplorable que la duración de la vida sea hoy día casi un mote, pues en vista de la aterradora mortalidad infantil debería llamarse brevedad de la existencia. Las tendencias constructivas del cuerpo vital, que son el vehículo del amor, no pueden ser vigiladas fácilmente, pero las observaciones hechas comprueban que la satisfacción alarga la vida de todo aquel que practica esta cualidad y así podemos razonar con certeza que un niño concebido bajo condiciones de armonía y amor tiene muchas más probabilidades de vida que otro concebido bajo los impulsos del enojo, la embriaguez y la pasión. Según el Génesis, se dijo a la mujer: “Parirás con dolor a tus hijos”, y ha sido siempre un enigma inexplicable para los comentaristas de la Biblia la lógica relación que exista o pueda existir entre el comer una fruta y los dolores del parto. Pero si comprendemos la casta relación que da la Biblia al acto de la generación, se percibirá fácilmente aquélla. Mientras que las madres indias o las insensibles negras pueden parir a sus hijos y muy pronto después reanudar sus labores en el campo, la mujer occidental, más agudamente sensitiva y de temperamento nervioso más fuerte y delicado, encuentra, año tras año, más difícil sortear el escollo de la maternidad y eso que se ve ayudada por los mejores y más estudiosos científicos.

Las razones que contribuyen a ello son varias: En primer lugar, mientras que nos mostramos excesivamente cuidadosos al seleccionar nuestros caballos y ganados para su procreación, mientras insistimos en averiguar la genealogía de los animales, a fin de conseguir la mejor calidad de ganado en nuestras granjas, no ejercitamos tal cuidado respecto a la selección de un padre o de una madre para nuestros hijos. Nos apareamos por impulso y después lo deploramos amargamente y pedimos ayuda a unas leyes que hacen

demasiado fácil obtener o abandonar los sagrados lazos del matrimonio. Las palabras pronunciadas por un sacerdote o un juez se toman como un permiso de indulgencia ilimitada, como si la ley hecha por los hombres pudiese autorizar licencias contra la ley de Dios. Mientras que los animales se aparean solamente en ciertas épocas del año y la madre no es molestada en nada durante el período de su preñez, la raza humana no obra de esta manera. En vista de estos hechos, ¿es maravilla que veamos semejante horror a la maternidad y no es hora de que busquemos el remedio a este mal por una más sana compenetración entre los dos actores del matrimonio...? La astrología revelará el temperamento y las tendencias de cada ser humano; ella permitirá a dos personas fundir sus caracteres de modo y manera que una vida de amor pueda ser vivida entre ellos y nos indicará los períodos en que las líneas interplanetarias de fuerza predisponen mejor a un parto sin dolor. Así es como podremos arrancar del pecho de la naturaleza hijos del amor, capaces de vivir largas existencias de excelente salud, y así llegará el día en que estos cuerpos estarán hechos tan perfectos, en su etérea pureza, que perdurarán a través de la Edad futura, haciendo así superfluo el matrimonio. Pero si ahora podemos amarnos cuando nos vemos los unos a los otros “a través de un cristal deslustrado”, ocultos por la máscara de la personalidad y el velo del malentendido, estemos seguros que el amor del alma por el alma, purgado de la pasión en el crisol del sufrimiento, será nuestra piedra más preciosa y más brillante en el cielo, como la intensidad de su sombra lo es ahora en la tierra.

CAPÍTULO VII

EL PECADO IMPERDONABLE Y LAS ALMAS PERDIDAS

Algunos de nuestros estudiantes han sido ilustrados acerca del pecado imperdonable y como quiera que este punto tiene cierta relación con el del matrimonio, ya que uno es un sacrilegio y el otro un sacramento, bueno será que dilucidemos el asunto desde un punto de vista diferente al que anteriormente ha sido tratado en nuestros escritos. Primeramente permítasenos ver qué se quiere significar por “sacramento” y porque los ritos del bautismo, comunión, matrimonio y extremaunción son propiamente llamados así; entonces estaremos en situación de comprender que es el sacrilegio y porque es imperdonable.

Los rosacruces enseñan, si bien más detalladamente, la misma doctrina que San Pablo predicó en el capítulo 15: de la 1ª epístola a los Corintios, partiendo del versículo 35: de que además del cuerpo de carne y sangre, tenemos un cuerpo de alma, “soma psuchicon” (mal traducido “cuerpo natural”) y un cuerpo espiritual; que cada uno de estos cuerpos crece de un átomo o simiente diferente y que existen tres períodos de desenvolvimiento para Adán o el hombre.

El primer Adán fue extraído de la tierra y carecía de vida sensible. El alma le fue añadida al segundo Adán, y así tuvo vida dentro de él, una levadura o fermento que laboraba para elevar la tierra de Dios. Cuando la potencia del alma extraída del cuerpo físico haya sido elevada a lo espiritual, el último Adán será un espíritu dador de vida, capaz de transmitir el impulso de la vida directamente a los otros, como la llama de una vela puede ser comunicada a otras muchas sin disminuir la magnitud de su llama original. Mientras, el germen para nuestro cuerpo vital tuvo que ser convenientemente colocado en tierra propicia para desarrollar un vehículo apropiado y los órganos generativos fueron provistos así, desde el principio, para llevar a cabo este propósito. Ya se afirma así en el Génesis, I: 27, que Elohim lo creó macho y hembra. Las palabras hebreas son “sacre va n´cabah”. Estos son los nombres de los órganos del sexo. Traducido literalmente, sacre significa “portador de semen”. Así es que el matrimonio es un sacramento, pues abre la vía para la transmisión de un átomo simiente físico del padre a la madre y tiende a preservar la raza de los embates de la muerte. El Bautismo como sacramento, significa la urgencia germinadora del alma para una más alta vida. La Santa Comunión, en la cual partimos el pan (hecho de la semilla de plantas castas) y el vino (simbolizando la copa, la cáscara de la semilla desprovista de pasión), tienden a la edad que ha de venir, edad en que será innecesario transmitir la semilla de padre a madre y en la que podremos alimentarnos directamente de la vida cósmica y conquistar así la muerte. Finalmente, la extremaunción es el sacramento que marca la pérdida del cordón plateado y la extracción del germen sagrado libertándolo hasta volver a ser plantado en otro “n´cabah”, o madre.

Así como la semilla y el óvulo son la raíz y base del desarrollo racial, es fácil de ver que ningún pecado puede ser más serio que aquel que abusa de la función creadora, pues

por este sacr-ilegio impedimos el desarrollo de futuras generaciones y transgredimos al Espíritu Santo, Jehová, que es el guardián de las fuerzas creadoras lunares. Sus ángeles anunciaron los nacimientos, como en los casos de Isaac, Juan el Bautista y Jesús. Cuando quiso recompensar a sus más devotos servidores, les prometió hacer su semilla tan numerosa como las arenas de la playa. También Él distribuyó uno de los más terribles castigos a los sodomitas por cometer el sacr-ilegio de desperdiciar su semilla. Incluso hace reaparecer los pecados de los padres sobre sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, pues bajo su régimen la ley reina suprema. El hombre no ha evolucionado todavía hasta el punto de que pueda responder al amor. El requiere de sus enemigos ojo por ojo y de la misma manera que él se porta, se portan con él.

Aunque esto nos parezca muy cruel, a nosotros que estamos cultivando cada día más y más las facultades del amor y de la misericordia, debemos tener presente que su justicia retributiva, se aplica puramente al cuerpo físico, que está bajo las leyes de la naturaleza absolutamente igual que cualquier otro compuesto químico del universo. Cuando los abusos lo han debilitado, es incapaz de cumplir su misión y satisfacer nuestras demandas en ningún respecto, como ocurre con cualquier otra maquinaria que hemos construido con los materiales que nos rodean. No existen los milagros que serían necesarios para generar un perfecto y saludable cuerpo, de padres que han transgredido las leyes de la naturaleza por sus abusos; por lo tanto, este pecado no puede ser perdonado, sino que ha de ser expiado, pero cuando el tiempo y los cuidados hayan restaurado la necesaria fuerza y el debido vigor, el cuerpo llenará de nuevo sus funciones de una manera normal y saludable. De este modo podemos comprender que bajo la ley no existe la gracia, puesto que ésta es dictada por el amor. Por lo tanto estuvo en perfecta consonancia con las órdenes cósmicas al decir Cristo, el señor del amor, que serían perdonadas todas las cosas que los hombres hicieran contra Él, pues el amor era la estrella dominante de su reinado; pero cualquier cosa que se hiciera contraria a la ley de Jehová debería encontrar toda su retribución. Nunca agradeceremos bastante la admirable religión que Él nos dio, particularmente si la comparamos con otras contra las cuales, pueblos menos evolucionados, están en la actualidad peleando. Tomemos el budismo, por ejemplo, a pesar de lo grande y hermoso que su fundador fue; él no veía más que dolor, una lucha constante contra las leyes de la naturaleza. El aspiraba a enseñar a sus discípulos la superación de aquella condición por medio de la perfecta y absoluta obediencia, tal como nosotros hemos conquistado las leyes de la electricidad y otras fuerzas en la naturaleza. Los budistas no ven otra cosa más que la fría ley despiadada; por otra parte, nosotros, los occidentales, tenemos siempre ante nuestros ojos, desde la cuna a la tumba, una descripción de uno que ha dicho: “Venid a mí todos los que trabajáis y vais muy cargados y yo os daré el descanso”.

Pero ahora ha llegado la hora de preguntar: “¿Qué hay de las almas perdidas? ¿Son una ficción de nuestra imaginación también...? A esta pregunta podemos contestar “sí”, aunque es necesario dar una explicación. Mejor lo comprenderemos si retrocedemos en la historia de la raza humana y confrontamos las experiencias de algunos que han pecado, pues ellos nos darán un ejemplo de lo que puede ocurrir.

A fin de partir de un punto apropiado reiteraremos unas pocas de las enseñanzas Rosacruces respecto a la génesis de la Tierra y del hombre que la puebla. Tres grandes pasos de desenvolvimiento han precedido al presente Período Terrestre. El padre es el más alto iniciado del período de Saturno, encarnando particularmente el Sol Espiritual. El hijo,

el Cristo cósmico, es el más alto Iniciado del Período Solar, encarnado en el Sol Central y guiando los planetas, en sus órbitas, por un rayo salido de Sí mismo, que acaba por ser el espíritu interno de cada planeta, cuando ha madurado lo suficiente como para contener y albergar una tan grande Inteligencia. Jehová, el Espíritu Santo, es el más alto Iniciado del Período Lunar y mora en el Sol físico, en el Sol visible. Él rige las varias lunas arrojadas por los diferentes planetas con el propósito de ofrecer a los seres que han caído muy bajo en la marcha de la evolución y que con la disciplina más rígida de una más firme ley, puedan ser despertados y espoleados para mantenerse en la mejor condición posible. Cuando miramos al espacio vemos que algunos planetas tienen un cierto número de lunas y otros no tienen ninguna; pero así como existen perezosos en toda agrupación considerable y como las lunas son necesarias para ayudar a estos rezagados a alcanzar de nuevo su perdido estado, podemos estar seguros de que los planetas que carecen de luna en el presente, la han tenido en el pasado. Aquellos grandes seres de quienes el Concepto Rosacruz del Cosmos habla como los “Señores de Venus” y los “Señores de Mercurio” eran, en efecto, rezagados de estos dos planetas.

En antiquísimos tiempos habitaron lunas que circundaban sus respectivos planetas y fueron suficientemente afortunados al hallar de nuevo el camino perdido, en gran parte bajo la disciplina a que allí se les sometió. Después recibieron la oportunidad de servir a la humanidad de nuestra Tierra y por este servicio se aseguraron el retorno al planeta de donde habían sido desterrados. Se perdieron por la ley, pero los redimió el amor. Así podemos inferir que las ocasiones de prestar servicios darán también a los otros seres, que se hayan “perdido”, la ocasión de rehabilitar su pasado.

Como es posible que el lector se encuentre embrollado al examinar lo que ocurre con las lunas en las cuales se han sucedido estos hechos, debemos decir que el sistema solar debe ser mirado como el cuerpo del Gran Espíritu, a quien llamamos Dios y como quiera que cualquier desarrollo causado por un proceso anormal nos lastima cuando ocurre en nuestro cuerpo, así también tales cristalizaciones como las de las lunas son motivo de sufrimiento para el Gran Ser. Además, así como nuestro propio sistema orgánico se esfuerza en eliminar tales anomalías de desarrollo, el universo se esfuerza también en expeler las lunas que han servido a sus propósitos. Mientras los seres que han sido desterrados a una luna están en su sitio en ella, el Espíritu Planetario del planeta primitivo, impulsado por su preocupación por estos seres, conserva la luna en su órbita y a su amor por ellos le damos el nombre de Ley de Atracción; pero así que han vuelto a su planeta padre, el Espíritu Planetario pierde todo interés en lo que era su desventajosa habitación. Cuando esto ocurre, la órbita de la tal luna vacía se ensancha lentamente, comienza a desintegrarse y es finalmente expelida en los espacios interestelares. Los asteroides son restos de lunas que en un tiempo circundaron a Venus y Mercurio. También hay otras lunas en apariencia fragmentos lunares en nuestro sistema solar, pero el *Concepto Rosacruz del Cosmos* no se ocupa de ellos por estar fuera del límite de la evolución.

CAPÍTULO VIII

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

El flujo y reflujo periódico que experimentan las fuerzas materiales y espirituales que circundan la tierra, son las causas invisibles de la actividad física, moral y mental de nuestro globo.

De acuerdo con el hermético axioma: “Como es abajo así es arriba”, una actividad semejante debe concurrir en el hombre, que no es más que una edición reducida de la Madre Naturaleza.

Los animales tienen veintiocho pares de nervios espinales y están ahora en su período lunar, perfectamente a tono con los veinticinco días en que la luna rodea al zodíaco. En su estado salvaje el espíritu-grupo regula su apareamiento. Como consecuencia no existe el exceso de flujo en ellos. El hombre, por otra parte, está en un período de transición; ha progresado demasiado para que le influyeran las vibraciones lunares, pues tiene treinta y un pares de nervios espinales. Pero no está todavía sincronizado con el mes solar de treinta y un días y se aparean en todas las épocas del año; de aquí el flujo periódico en las mujeres, el cual bajo las debidas condiciones es utilizado para formar parte del cuerpo de un niño más perfecto que el de su progenitor. De un modo similar, el flujo periódico en la raza humana viene a ser el nervio y esqueleto del avance racial, y el flujo periódico de las fuerzas espirituales de la Tierra que ocurre por Navidad, da como resultado el nacimiento de Salvadores, quienes de vez en cuando dan ímpetu renovado al progreso espiritual de la raza humana.

Nuestra Biblia tiene dos partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Después de explicar brevemente como vio la luz el mundo, aquél nos cuenta la historia de la “Caída”. En vista de todo lo que ha sido escrito en nuestra literatura rosacruz, se entiende que la Caída ha sido ocasionada por el uso impulsivo e ignorante que el hombre dio a las fuerzas sexuales en los tiempos en que los rayos interplanetarios eran hostiles a la concepción de vehículos más puros y mejores. Así el hombre fue aprisionado gradualmente en un cuerpo denso, cristalizado por la pasión pecadora y consecuentemente un vehículo imperfecto, sujeto al dolor y a la muerte.

Entonces comenzó el peregrinaje a través de la materia y por milenios hemos vivido en este duro y cruel envoltorio del cuerpo, que oscurece la luz del paraíso al espíritu que encierra.

El espíritu es como un diamante en su primitivo estado y los lapidarios celestiales, los Ángeles del Destino, se esfuerzan constantemente en limpiarlo a fin de que el espíritu brille a través del vehículo que lo aprisiona. Cuando el lapidario mantiene el diamante contra la muela, éste emite un chillido parecido a un grito de dolor a medida que la cubierta opaca que lo envuelve va desapareciendo; pero gradualmente y por sucesivas aplicaciones contra la muela, el diamante tosco puede llegar a ser una piedra preciosa de trascendental hermosura y pureza. De igual modo, los seres celestiales a cuyo cargo está nuestra

evolución, nos mantienen fuertemente contra la muela de la experiencia. De ello resultan el dolor y el sufrimiento que despiertan el espíritu que dormita dentro de nosotros. El hombre que se contentaba hasta entonces con propósitos materiales, indulgente con sus sentidos y el sexo, queda imbuido de un divino descontento que le impulsa a buscar una vida más elevada.

La consecución de esta aspiración, sin embargo, no llega usualmente sin una dura batalla contra la parte baja de la naturaleza. Fue mientras así luchaba que Pablo exclamó con toda la angustia de un devoto y aspirante corazón: “¡Oh, qué infeliz soy...! El bien que quisiera hacer, no lo hago y el mal que no quisiera hacer, es lo que hago... Me deleito en la ley de Dios si sigo mi interior; pero veo otra ley en mis miembros luchando contra la ley de mi imaginación y veo también que consigue reducirla a cautividad bajo la ley del pecado que está en mis miembros...” (Rom. 7:19-24.) Si se prensa una flor, su fragancia queda en libertad y llena todo su alrededor con su grato perfume, deleitando a los que son lo bastante afortunados para encontrarse cerca. Los golpes aplastantes del destino pueden vencer a un hombre o a una mujer que haya alcanzado el punto de la eflorescencia, pero sirven únicamente para hacer sentir la dulzura de la naturaleza y elevar la hermosura del alma hasta brillar con un efluvio que señala a su poseedor como con un halo. Entonces es cuando está en el sendero de la Iniciación. Se le enseña cómo el uso desenfrenado del sexo, sin respeto por los rayos estelares, le ha aprisionado en el cuerpo, y como éste le encadena y como, por medio de un uso apropiado de aquella misma fuerza en armonía con las estrellas, puede gradualmente mejorar y espiritualizar su cuerpo y obtener finalmente la liberación de la existencia concreta. Un constructor de buques no puede construir uno de sólido roble empleando tablones de abeto, por ejemplo. El “hombre no recoge uvas de espinos”. Lo igual produce siempre algo semejante y un expectante “ego” de naturaleza apasionada es atraído hacia padres de naturaleza semejante, donde su cuerpo es concebido bajo el impulso del momento en una ráfaga de pasión. El alma que ha gustado la copa del dolor producido por el abuso de la fuerza creadora y ha bebido hasta las heces de la amargura allí acumulada, buscará gradualmente padres de menos y menos apasionada naturaleza hasta que obtenga al fin la Iniciación.

Habiendo sido mostrado en el proceso de la Iniciación la influencia de los rayos estelares sobre el parto, el cuerpo próximo que se le facilite será generado por padres Iniciados, sin pasión, bajo la constelación más favorable al trabajo que el “ego” contempla. Consecuentemente los Evangelios (que son fórmulas de Iniciación) comienzan por el relato de la Inmaculada Concepción y terminan con la Crucifixión, ideas ambas maravillosas y a las que llegaremos algún día, pues cada uno de nosotros es un Cristo en formación y pasará algún día por el nacimiento místico y la mística muerte insinuados en los Evangelios. Por medio del conocimiento podemos adelantar el día, cooperando inteligentemente, en vez de frustrar estúpidamente, como ahora por ignorancia, los fines del desarrollo espiritual. En relación con la Inmaculada Concepción, erróneas interpretaciones prevalecen todavía en cada punto; la virginidad perpetua de la madre aún después de dar a luz a otros hijos; la baja posición de José, el supuesto padre adoptivo, etcétera. Mirémoslos brevemente a la luz de los hechos que se hallan registrados en la Memoria de la Naturaleza.

En algunos sitios de Europa las altas clases son llamadas, “bien nacidas” e incluso “altamente bien nacidas”, significando que son los retoños de padres de elevada posición social. Tales personas, usualmente, miran despectivamente a aquellos situados en más

modestas posiciones. Nada podemos decir en contra de la expresión “bien nacidos”; nosotros quisiéramos que todos los hijos fuesen bien nacidos, de padres de alta condición moral, sin importarnos su posición social. Hay una virginidad del alma que es independiente del estado del cuerpo; una pureza de imaginación que hará pasar a su poseedor a través del acto de la generación, sin mancharse con la pasión y permitirá a la madre llevar a su hijo, en gestación, bajo su corazón con amor independiente del sexo.

Antes de los tiempos de Cristo esto hubiese sido imposible. En los primitivos tiempos de la carrera del hombre sobre la tierra, la cantidad era preferida sobre la calidad y de aquí el mandamiento que le fue dado: “Caminad, sed fructíferos y multiplicaos”. Además, era necesario que el hombre olvidara temporalmente su naturaleza espiritual y concentrase sus energías sobre asuntos materiales. La indulgencia por la pasión del sexo estimula aquel objeto y a la naturaleza del deseo se le dieron muchas alas. Floreció la poligamia, y cuando mayor fue el número de los hijos, más se honró al hombre y a la mujer, mientras que la esterilidad fue considerada como la mayor aflicción posible.

En otras direcciones, la naturaleza del deseo iba siendo reprimida por leyes dadas por Dios y la obediencia a las disposiciones divinas fue impuesta con castigos fulminantes caídos sobre el trasgresor, tales como guerras, pestes y hambres. Una recompensa para los observadores cuidadosos de los mandatos de la ley no era necesaria; los hijos de los justos y sus ganados y cosechas eran numerosos; vencían también a sus enemigos y la copa de su felicidad rebosaba.

Más tarde, cuando la tierra, después del Diluvio atlante, quedó suficientemente poblada, la poligamia fue considerándose cada día más anticuada, resultando de ello que la calidad de los cuerpos mejoró y en la época de Cristo la naturaleza del deseo había llegado a ser tan dispuesta al control y al dominio, por los individuos más adelantados de la humanidad, que el acto de la generación podía ser llevado a cabo sin pasión, impreso con amor puro, de manera que el hijo podía ser concebido inmaculadamente. Tal fue el caso con los padres de Jesús. Se ha dicho de José que era carpintero; pero no era un trabajador en madera. Era un “constructor” en el más alto sentido. Dios es el Gran Arquitecto del Universo. Por debajo de Él hay muchos constructores de variados grados de esplendor espiritual, más bajos incluso que aquellos que conocemos con el nombre de francmasones. Todos se esfuerzan en construir un templo sin “ruidos de martillo” y José no era ninguna excepción.

Se pregunta algunas veces por qué los Iniciados son siempre hombres. No es así; en los grados más bajos hay muchas mujeres, pero cuando un iniciado es capaz de escoger el sexo, toma usualmente el cuerpo positivo masculino, puesto que la vida que le llevó a la Iniciación ha espiritualizado su cuerpo vital y le ha lecho positivo en todas las condiciones y tiene así entonces un instrumento de la más alta eficacia.

Existen casos, sin embargo, en que las exigencias de un caso particular requiere un cuerpo femenino tales, por ejemplo, para generar un cuerpo de excelente tipo para recibir un “ego” de alto grado superlativo. Entonces un alto Iniciado puede tomar un cuerpo femenino y atravesar de nuevo las sensaciones de la maternidad, después acaso de haberla desconocido durante varias vidas, tal como fue el caso con el hermoso carácter que conocemos por María de Belén.

En conclusión, recapitulemos los puntos estudiados, o sea que todos somos Cristos en formación; que alguna vez debemos cultivar caracteres tan sin mancha alguna que nos

hagan dignos de residir en cuerpos que sean inmaculadamente concebidos y que cuanto más pronto comencemos a purificar nuestras mentes de los pensamientos apasionados, más pronto llegaremos a ello. En un análisis final solamente depende de la sinceridad de nuestro propósito y de la fuerza de nuestra voluntad. Son tales las condiciones actuales que podemos vivir puras existencias tanto si estamos casados como si somos solteros, pero no son necesarias de ningún modo las frías relaciones de hermanos, en cuanto al punto de vista de la castidad y pureza. ¿Está la vida de pureza absoluta, fuera del alcance de alguno de nosotros...?. No nos descorazonemos por ello. No se construyó Roma en un día, ni se ganó Zamora en una hora. Conservémonos en esta aspiración aunque fracasemos una y otra vez, pues el único y definitivo fracaso consiste en cesar de aspirar o de dejar de intentarlo.

Que pueda Dios robustecer nuestras aspiraciones a la pureza.

CAPÍTULO IX

EL CRISTO FUTURO

Hemos visto previamente como la humanidad en su infancia, en los tiempos de los atlantes, vivía unida bajo la guía directa de divinos caudillos y como fue eventualmente extraída del agua y colocada un una atmósfera clara y límpida donde la separación de cada individuo, de todos los demás, fue de súbito visible.

“Dios es Luz”, la luz que se transformó en vida en el hombre. Era todo oscuro y difuso acromáticamente en la densa atmósfera de los primeros atlantes, incolora como en el aire en un día de niebla espesa de esta época y de ahí la unión de todos los seres que vivían en aquella luz. Pero cuando el hombre se levantó de las aguas; cuando emergió en el aire donde la manifestación de Dios, la Luz, era refractada en multitud de matices, esta luz de coloración variada, fue de modo diferente absorbida por cada individuo. Así se inauguró la diversidad al contemplar la raza humana el grandioso arco iris con sus hermosos y variadísimos colores. Aquel arco puede ser considerado, por lo tanto, como el umbral de la puerta de entrada a “la tierra de promisión” o sea el mundo como está actualmente constituido. Aquí la luz de Dios no es ya más el insípido tinte de los primitivos atlantes. El actual despliegue asombroso de colores nos dice que la consigna de la edad presente es la segregación y, como consecuencia, mientras permanezcamos en la condición actual bajo la ley de ciclos alternos, de donde provienen el verano y el invierno, el flujo y reflujo, unos a otros sucediéndose con inquebrantable secuencia, mientras el arco de Dios se vea en el cielo, emblema de la diversidad, estaremos todavía en los tiempos del reinado del hombre y el reinado de Dios estará en suspenso. Sin embargo, tan seguro como que las condiciones edénicas sobre las cuales las islas de fuego en movimiento de la antigua Lemuria, terminaron en la separación de los sexos, expresando cada uno un elemento del fuego creador y haciendo la unión del hombre y la mujer tan necesario a la generación del cuerpo, como la unión del hidrógeno y del oxígeno lo es para la producción del agua y tan seguro como que la emergencia de la atmósfera acuosa de los atlantes al ambiente aireado de Ariana, el mundo de hoy, promovió más y más la segregación en naciones separadas y en individuos que pelean unos contra los otros (porque las formas agudamente diferentes que comportan les impulsan, cegándoles, a la inalienable unidad de cada alma con respecto a las demás) tan ciertamente también, la condición de este mundo dará lugar a un “nuevo cielo y a una nueva tierra, donde morará la justicia”. En los primeros tiempos de la Atlántida vivíamos en los valles más profundos de la tierra, donde la niebla era más densa; respirábamos por medio de agallas y nos hubiese sido imposible vivir en una atmósfera parecida a la que actualmente habitamos. En el transcurso del tiempo, el deseo de exploración causó el invento de buques aéreos, que fueron accionados por las fuerzas expansivas de los granos en brotación. La historia del “arca” es una rememoración corrompida de aquel hecho. Aquellos buques realmente funcionaron sobre las crestas de las montañas en las que la atmósfera más enrarecida les permitía sustentarse. Hoy flotan

nuestros buques sobre el elemento en que los buques atlánticos estuvieron en inmersión. Hemos practicado varios medios de propulsión que nos permiten remontarnos sobre las partes más elevadas de la tierra que actualmente ocupamos, comenzando a alcanzar la atmósfera para conquistar este elemento como subyugamos a las aguas y, tan seguramente como nuestros antecesores atlánticos hicieron un bello camino del líquido elemento en que respiraban y se elevaron sobre las aguas para vivir en otro elemento, del mismo modo nosotros conquistaremos el aire y nos elevaremos por encima de él hacia el elemento recién descubierto que llamamos éter.

En efecto, cada edad tiene sus condiciones peculiares y sus leyes; los seres evolutivos tienen una constitución física apropiada al ambiente de su edad, pero se ven dominados por las fuerzas de la naturaleza que prevalecen entonces, hasta aprender a conformarlas a sus deseos. Entonces estas fuerzas llegan a ser servidores del más alto valor, como por ejemplo, el vapor y la electricidad, que, parcialmente, hemos conquistado. La ley de la gravedad nos sujeta todavía con su poderosa garra, aunque por medios mecánicos probamos de escaparnos hacia un nuevo elemento. En tiempos no lejanos alcanzaremos el dominio del aire, pero así como en los tiempos de los atlantes flotamos sobre las montañas de la tierra a causa de la flotación insuficiente de los buques que no permitían levantarse más alto sobre la niebla de aquellas alturas y a causa de que la respiración era defectuosa, así también la creciente rarificación de nuestra atmósfera actual nos impedirá el entrar en “el nuevo cielo y en la nueva tierra” que están llamados a ser el escenario de la Nueva Dispensación.

Antes de alcanzar aquel estado, han de tener lugar cambios físicos, igual que morales y espirituales. El texto griego del Nuevo Testamento no deja duda alguna respecto a este punto, aunque la falta de conocimientos de las enseñanzas de los misterios, impedía a los traductores de apuntarlo así en la versión inglesa. Si solamente hubiéramos creído la Biblia como actualmente está, nos hubiéramos ahorrado muchas desilusiones y mucho malestar concernientes a esta época.

No pocas sectas han dispuesto de sus bienes por anticipado al advenimiento de Cristo en cierto día y han sufrido después grandes privaciones. Algunos intrigantes se han hecho pasar por Cristo y aún por Dios, se han casado, fundado familias y han muerto, dejando a sus hijos, que eran supuestos Cristos, para que pelearan por su reinado; un gobierno temporal se vio obligado a ocultar a uno de estos Cristos militantes en un islote del Mediterráneo y otro en una ciudad asiática donde está bajo una vigilancia militar. No hay indicios de que en el provenir falten semejantes farsantes, mejor dicho, la sacrílega impostura tiende a extenderse. “Podemos estar seguros de que los divinos guías de la evolución no se equivocaron al dar la Religión Cristiana al mundo occidental, la más avanzada enseñanza, a los más precoces de la raza humana”. Puede ser, pues, considerado como lamentable el que una organización se proponga injertar una religión india (que es excelente para el pueblo a quien fue divinamente dada) en nuestro pueblo. Los ejercicios indios de respiración, importados entre nosotros, han mandado ciertamente a mucha gente a los manicomios. Si creemos las palabras de Cristo: “Mi reino no es de este mundo” (Kosmos, la palabra griega empleada que significa “orden de cosas”, antes bien que nuestro planeta, la Tierra, que se llama “gea”), sabremos mejor cómo buscar a Cristo hoy.

“La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” como tampoco pudieron los seres que respiraban por medio de agallas, de los tiempos primeros Atlánticos, vivir

bajo las condiciones naturales que prevalecen en la edad presente en que el “reino del hombre” existe. Pablo, hablando de la resurrección, no dice, como en la traducción inglesa: “Hay un cuerpo natural y hay un cuerpo espiritual”. 1ª Cor. 15:44; Él afirma y dice en los versículos precedentes como es generado de una “semilla”, de la misma forma que lo explican las enseñanzas rosacruces. La Biblia afirma que nuestros cuerpos son corruptibles. (También enseña que un órgano, que es el corazón, es una excepción. Esto hace referencia al Átomo simiente del corazón. Ps. 22:26.) Por consiguiente nuestros cuerpos han de cambiar antes de que Cristo pueda venir.

Si estas cosas fuesen creídas, pocos serían los que correrían tras impostores, los cuales tendrían sus trabajos por penitencia. Pero los periódicos occidentales, desgraciadamente, prestan crédito a tales intrigantes aunque mirándoles siempre como cosa de broma hasta donde pueden, pues sería ridículo creer que el Ser, grande y sabio que guía la evolución pudiese alcanzar tan poco en su previsión, hasta no saber que el mundo occidental nunca aceptará el vástago de lo que él considera como una semibárbara carrera por su Salvador.

Cuando se llevaban a cabo los preparativos, hace 2.000 años, para la encarnación del Salvador del mundo, Galilea era la Meca de los espíritus errantes. Hacia allá se congregaban gentes de Asia, África, Grecia, Italia y de todas las demás partes del mundo de aquellos tiempos. Las condiciones de aquellos lugares eran excepcionalmente congénitas y atractivas de manera que, como lo han declarado varios eruditos que han investigado el asunto, Galilea era tan cosmopolita como la misma Roma. Fue, de hecho, el “crisol de fusión” de aquellos días. Entre otros, José y María, los padres de Jesús, habían emigrado de Judea a Nazareth de Galilea, antes del advenimiento de su primogénito y el cuerpo generado en aquel ambiente fue diferente al del tipo de la raza judía.

Es un hecho incontrovertible que el medio ambiente juega una gran parte en la evolución. Tenemos hoy sobre la tierra tres grandes razas. Una, la negra, tiene el cabello que es liso en su sección y la cabeza es larga, estrecha y alisada por sus lados. La órbita del ojo es también larga y estrecha. Los negros descienden de la raza Lemúrica.

Los mongoles y pueblos parecidos tienen la cabeza redonda. Su cabello es redondo en su sección y las órbitas de sus ojos son redondas igualmente. Son los remanentes de la raza atlántica.

La raza aria posee cabello ovalado, cráneo ovalado también y las órbitas de sus ojos son ovaladas igualmente; siendo estos los rasgos especialmente pronunciados en los anglosajones, que son la flor de la raza actualmente. En América, la Meca de las naciones de hoy día, estas varias razas están naturalmente representadas. Esta es el “crisol” en el que se están amalgamando. Ha sido constatado que aquí existe una notoria diferencia en los hijos pertenecientes a la misma familia. Los cráneos de los hijos más jóvenes nacidos en América son más cercanos al óvalo que los de sus hermanos y hermanas nacidas en el territorio de su procedencia emigratoria. De estos hechos y de otros que no es necesario mencionar aquí parece evidente que una nueva raza está naciendo en el continente americano; y razonando por el hecho conocido de que Cristo vino del sitio más cosmopolita del mundo civilizado de hace 2.000 años, no es sino lógico esperar que si una nueva encarnación fuese buscada para este exaltado Ser, su cuerpo sería más que probablemente formado de la raza nueva más bien que de la antigua. En otras palabras, si fuese conveniente y virtuoso el obtener un Salvador de una raza de las más viejas, ¿por qué no

buscar un negro o un hotentote?... Pero podemos estar seguros de que aunque los impostores defrauden por más o menos tiempo, siempre son desenmascarados tarde o temprano y sus planes quedan reducidos a la nada. Mientras tanto, el progreso continúa llevándonos más cerca de la Edad Acuarria y un Maestro está viniendo para dar a la Religión Cristiana nuevo ímpetu en una nueva dirección.

CAPÍTULO X

LA EDAD FUTURA

Cuando hablamos de la “Edad Futura”, del “Nuevo Cielo” y de la “Nueva tierra”, mencionados en la Biblia y también de la Edad de Acuario, la diferencia no aparecerá clara en las mentes de nuestros estudiantes. La confusión de los términos es uno de los terrenos más fértiles para la falacia y las enseñanzas Rosacruces procuran y se esfuerzan en evitarlo por medio de una nomenclatura determinada. Algunas veces un esfuerzo extraordinario se hace necesario para disipar la niebla engendrada por las corrientes de concepciones nebulosas de autores tan sinceros como el que esto escribe, pero no tan afortunados en ganar acceso a las incomparables Enseñanzas de la Sabiduría del Occidente.

En nuestros escritos se ha dicho que cuatro grandes épocas de desarrollo han precedido al presente estado de cosas; que la densidad de la tierra, sus condiciones atmosféricas y las leyes de la naturaleza que prevalecieron en una época determinada, fueron tan diferentes a las de las otras épocas, así como la correspondiente constitución física de la raza humana en cualquier época difería de la de las otras.

Los cuerpos de Adam (este nombre significa tierra roja), la humanidad de la incandescente Lemuria, fueron formados “del polvo de la tierra”, de aquel barro caliente, rojo, volcánico y estaban adaptados justamente a aquel ambiente. La carne y la sangre se hubieran sublimado con el terrible calor de aquellos días y aunque estén ahora adaptadas a las condiciones actuales, Pablo nos dice que ellas no pueden heredar el reino de Dios. Es, por consiguiente natural, suponer que, antes de que un nuevo orden de cosas pueda ser inaugurado, la constitución física de la raza humana debe ser radicalmente cambiada, sin decir nada de las condiciones espirituales. Millones de años serán necesarios para regenerar la totalidad de la raza humana y adaptarla para vivir en cuerpos etéreos. Por otra parte, tampoco un nuevo ambiente entra de golpe a la existencia, sino que la tierra y la humanidad evolucionan al compás desde el principio y los más primitivos comienzos. Cuando las nieblas de la Atlántida comenzaron a densificarse, algunos de nuestros antepasados ya habían desarrollado pulmones embrionarios y se vieron empujados a las tierras altas años y años antes que sus contemporáneos. Estuvieron errando en “el desierto” mientras la “tierra prometida” emergía desde las más ligeras brumas y, al mismo tiempo, sus pulmones en crecimiento se iban habituando a la existencia bajo las condiciones atmosféricas de entonces.

Otras dos razas nacieron en los valles de la tierra antes de que una sucesión de diluvios les empujase hacia las tierras altas; el último diluvio tuvo lugar durante el tiempo en que el Sol entró en el signo acuático de Cáncer, hará aproximadamente unos diez mil años, como le dijeron a Platón los sacerdotes egipcios. Así vemos que no hay un cambio súbito de constitución o medio ambiente para la raza humana entera cuando una nueva época se introduce, sino una gradual mejora de las condiciones que hacen posible que la mayor parte de la raza, por progresivo ajustamiento, pueda entrar en la nueva situación,

aunque el cambio pueda parecer súbito al individuo, cuando en realidad, el cambio preparatorio ha sido inconscientemente llevado a cabo. La metamorfosis de un renacuajo, de un habitante del líquido elemento, transformado en uno del aire, nos da una analogía del pasado y la transformación del gusano en mariposa elevándose por el aire, es un símil apropiado de la edad futura. Cuando el celeste marcador del tiempo entró en Aries por precesión, comenzó un nuevo ciclo y Cristo predicó la “Buena Nueva”. Afirmó que el nuevo cielo y la nueva tierra no estaban todavía preparados para nosotros al decir a sus discípulos: Cuando yo me vaya ahora, no podréis seguirme, pero me seguiréis después. Voy a preparar un sitio para vosotros y vendré otra vez y os recibiré.

Más tarde, Juan vio en éxtasis la nueva Jerusalén descender del cielo y Pablo enseñó a los de Tesalia, por la palabra de Dios, que aquellos que a su venida fuesen Cristos serían citados en el aire para encontrarse con Él y estar con Él para siempre.

Pero durante este cambio hay precursores que entran en el reino de Dios antes que sus contemporáneos. Cristo, en Mateo, 11:12, dijo que: “El reino del cielo es factible de ser asaltado y que los audaces lo toman a la fuerza”. Esto no está correctamente traducido. Debería ser: “El reino de los cielos ha sido invadido (biaxetai) y los invasores se apoderan de él” Hay hombres y mujeres que han aprendido ya, por medio de santas y misericordiosas existencias, a dejar a un lado el cuerpo de carne y sangre, - ya intermitente, ya permanentemente - y recorrer los cielos con alados pies, atentos a los asuntos de su Señor, provistos de los etéreos “vestidos de boda” de la nueva dispensación. Este cambio puede ser obtenido por una vida de simple misericordia y oración, tal y como lo practican los cristianos, sea cual sea la iglesia a la que estén afiliados, e igualmente por la práctica de unos ejercicios específicos dados por La Fraternidad Rosacruz. Éstos serán, sin embargo, estériles de todo fruto si no van acompañados de constantes actos de amor, pues el amor será la tónica y el fundamento de la Edad Futura, como la ley lo es de la presente. La manifestación intensa del amor aumenta la fosforescente luminosidad de los éteres del cuerpo vital, las corrientes ígneas cortan la trabazón con la espiral de la mortalidad y el hombre, una vez nacido del agua, en el tiempo de su emergencia de la Atlántida, nace ahora del espíritu para el reino de Dios. La fuerza dinámica de su amor le ha abierto un camino para la tierra del amor y es indescriptible el regocijo entre los que ya han llegado cuando se presentan nuevos invasores, puesto que cada nueva llegada apresura la venida de Dios y el establecimiento definitivo de su reino.

Entre los inclinados a la religión se escucha un grito definido e incesante:

“¡Cuán largo, Señor, cuán largo...!” Y a pesar de la afirmación enfática de Cristo de que el día y la hora son desconocidos hasta para Él mismo, hay profetas y videntes que siguen ganando crédito, cuando anuncian Su venida para una fecha determinada, aunque cada uno de ellos queda desconcertado al ver que el día señalado pasa sin resultado. Esta cuestión ha sido también debatida entre nuestros aspirantes y este capítulo no es más que un intento de demostrar la falacia que existe en esperar el Segundo Advenimiento para dentro de un año, de cincuenta o de quinientos. Los Hermanos Mayores rehúsan ir más lejos y se atienen a señalar lo que se ha de llevar a cabo primeramente.

En los días de Cristo, el Sol estaba en los siete grados de Aries. Fueron necesarios quinientos años para llevar la precesión al trigésimo grado de Piscis. Durante aquel tiempo la nueva iglesia vivió en medio de violencias ofensivas y defensivas que justificaron plenamente las palabras de Cristo: “Yo no vine a traer paz sino una espada”. Mil

cuatrocientos años más han transcurrido bajo la influencia negativa de Piscis , lo cual ha fomentado el poder de la Iglesia y ha maniatado al pueblo por medio de credos y dogmas. Sobre la mitad del siglo pasado el Sol entró en la órbita de influencia del signo científico de Acuario y aunque serán necesarios casi seiscientos años más, antes de que comience la Edad Acuaria, es muy significativo y de alta instrucción, notar los cambios que aquella mera entrada ha traído al mundo. El limitado espacio de que disponemos nos impide enumerar los maravillosos adelantos que se han obtenido desde entonces, pero no está de más afirmar que la ciencia, la inventiva y la industria resultante de ellas, han variado completamente el mundo, su vida social y sus condiciones económicas. Los grandes pasos dados por los medios de comunicación han hecho mucho para derribar las barreras del prejuicio de raza y nos están preparando para acondicionarnos a una Fraternidad Universal. Los medios de destrucción se han hecho tan pavorosamente eficaces que las naciones militantes se verán forzadas en adelante “a fundir sus espadas para hacer de ellas rejas de arado y sus lanzas en podaderas”. La espada ha tenido su reino durante la Edad de Piscis pero la ciencia regulará la Edad Acuaria.

En la tierra de la puesta del Sol podemos esperar ver primeramente las ideales condiciones de la Edad Acuaria: Una amalgama de religión y de ciencia, que forme una ciencia religiosa y una científica religión, será la promotora de la salud, la felicidad y el goce de la vida en abundante medida.

EL AZÚCAR POR ALCOHOL

En el capítulo que dilucida la ley de la Asimilación en el *Concepto Rosacruz del Cosmos*, afirmamos que los minerales no pueden ser asimilados a causa de carecer de cuerpo vital, carencia que hace imposible al hombre elevar su tono vibratorio a su propio grado. Las plantas tienen un cuerpo vital, pero no conciencia propia, de aquí que sean más fácilmente asimiladas y permanezcan dentro del hombre más que las células de carne animal, que están impregnadas por un cuerpo de deseos. La proporción o tono vibratorio de esta última es alta y se requiere mucha energía para su asimilación; sus células escapan también rápidamente y hacen necesario para el comedor de carne, el alimentarse a menudo.

Sabemos que el alcohol es un “espíritu extraño” y un “espíritu de decaimiento” porque es generado por fermentación ajena al sistema del consumidor. Siendo “espíritu” vibra con tal intensidad que el espíritu humano es incapaz de regularlo y de controlarlo como hace con los alimentos y de ahí que el metabolismo sea nulo.

Pero hay más, desgraciadamente, así como nosotros no podemos reducir su grado de vibración al de nuestro cuerpo, este espíritu hace acelerar los nuestros y controlarnos, como ocurre en el caso del estado de embriaguez. Así, pues, el alcohol es un gran peligro para la raza humana y uno de los que debemos apartar de nosotros antes de que podamos concebir nuestra naturaleza divina.

Un espíritu estimulante es necesario mientras vivimos bajo una dieta de carne o el progreso se estacionaría y un alimento ha sido facilitado a los precursores del Oeste que llena todos los requisitos: su nombre es “azúcar”. Del azúcar el “ego” genera alcohol “dentro” de su sistema por el mismo proceso del metabolismo. Este producto es, por consiguiente, tan alimenticio como estimulante, acoplado perfectamente al grado vibratorio del cuerpo. Tiene todas las buenas cualidades del alcohol en grado superlativo pero ninguno

de sus inconvenientes. Para juzgar propiamente el efecto de este alimento basta observar los pueblos de la Europa Oriental donde se consume muy poco azúcar. Están esclavizados; hablan de ellos mismos en términos despreciativos; el pronombre “yo” se escribe siempre con minúscula y en cambio con mayúscula el “Usted”. Inglaterra consume cinco veces más azúcar por habitante que Rusia. En aquélla encontramos un espíritu diferente, el mayúsculo “Yo” y el minúsculo “usted”.

En América las pastelerías son cada día rivales más peligrosos de los cafés y tabernas, pues el hombre que come dulces, no bebe y no hay cura mejor para el alcoholismo que inducir al que lo sufre a consumir la mayor cantidad posible de dulces. El borracho aborrece el azúcar, sin embargo, mientras su sistema permanece bajo la tutela del “espíritu extraño”. El movimiento de continencia fue comenzado en la tierra donde más azúcar se consume y ha generado el espíritu del propio respeto.

CAPÍTULO XI

LA COMIDA Y LA BEBIDA COMO FACTORES EN LA EVOLUCIÓN

En anteriores capítulos hemos visto como la humanidad infantil era cuidada por guardianes sobrehumanos, provista del alimento apropiado, conducida por el buen camino y escoltada en todos los aspectos hasta crecer y alcanzar la estatura humana, pronta a entrar en la escuela de la experiencia para aprender las lecciones de la vida en el mundo fenomenal. Hemos visto asimismo como el arco iris señala las leyes naturales peculiares a la edad presente y como fue dado al hombre el libre albedrío bajo estas leyes para enardecer y estimular su tímido y asustadizo espíritu, animándole para la guerra del mundo. De manera análoga ocurre con el niño irresponsable que ha sido conducido a las aguas bautismales por sus guardianes naturales y que es vigilado durante los años de su infancia mientras sus diferentes vehículos se están organizando. Al agotarse la sangre paterna almacenada en la glándula “thymus” y emanciparse así el niño de sus padres, despierta a la individualidad, al sentimiento del “yo soy”. Ha sido preparado con un conocimiento del bien y del mal con que soportar la batalla de la vida, y en este tiempo se lleva a la juventud a la iglesia y se le da el pan y el vino que le vigorizan y alimentan espiritualmente y también como un símbolo de que, en adelante, es un agente libre, responsable solamente ante las leyes de Dios. Una maldición o una bendición será esta libertad, según el uso que de ella se haga. En los primeros atlantes la humanidad no era más que una fraternidad universal de criaturas obedientes, sin incentivo alguno de guerra ni disputa. Más tarde fueron segregándose las naciones y las guerras inculcaron la lealtad a la familia y a los países. Cada soberano fue un autócrata absoluto con poder sobre las vidas y haciendas de sus súbditos, que se contaban por centenares de millones y que rendían sumisión de esclavos y sin murmuración alguna, actitud conservada hasta estos tiempos entre los millones de asiáticos, que son vegetarianos y que no necesitan por consiguiente alcohol. A medida que el comer carne se puso en boga, el vino llegó a ser una bebida más y más común. Como consecuencia de comer carne, un excelente e importante progreso material se llevó a cabo inmediatamente antes del advenimiento de Cristo, y a causa de la práctica de beber vino, un número cada vez mayor de hombres se revelaban como directores, resultando que, en vez de pocas grandes naciones como pueblan el Asia, se formaron muchas pequeñas nacionalidades, en la porción Sudoeste de Europa y Asia Menor. Pero aunque la gran masa de gente que formó estas varias naciones, iban a la cabeza de sus hermanos asiáticos como artífices, continuaron obedientes a sus gobernantes y vivieron en sus tradiciones tanto como aquéllos. Cristo les vituperó porque se jactaban de ser de la semilla de Abraham. Él les dijo que “antes que Abraham fuera, yo soy”, esto es, El “ego” ha existido siempre. Es su misión emancipar a la humanidad de la ley y conducirla al amor, destruir “los reinos de los hombres” y sus antagonismos mutuos, construyendo sobre sus ruinas “el reinado de Dios”. Una pequeña explicación pondrá esto más en claro.

Si tenemos varias construcciones de ladrillo y queremos convertirlas en un edificio mayor, es necesario derribarlas previamente y limpiar cada ladrillo del mortero que los une entre sí. De idéntica manera, cada ser humano ha de ser libertado de los grilletes de la familia y por esto enseñó Jesucristo que: “A menos que el hombre deje su padre y su madre no puede ser mi discípulo”. Debe sobreponerse al partidismo religioso y al patriotismo y aprender a decir con el calumniado y mal comprendido Tomás Paine: “El mundo es mi patria y hacer el bien es mi religión”.

Cristo no quiso significar que debamos abandonar a aquellos que pueden pedirnos apoyo o socorro, sino que no debemos permitir la supresión de nuestra individualidad más allá de la deferencia por las tradiciones familiares y creencias.

Por consiguiente Él vino no a traer paz, sino una espada, y a la par que las religiones orientales rechazan el uso del vino, el primer milagro de Cristo consistió en cambiar el agua en vino. La espada y la copa de vino son atributos de la religión Cristiana, pues con su ayuda las naciones se han despedazado y los individuos se han emancipado. El gobierno por el pueblo y para el pueblo es un hecho en la Europa Occidental y sus conductores lo son más de nombre que de hecho.

Pero la nutrición de un espíritu marcial, tal como el que prevalece en Europa, fue solamente un medio para conseguir un fin. La segregación que ha causado debe dar lugar a un régimen de fraternidad como el que profesó Paine. Un nuevo paso era necesario para hacer esto más cercano; hubo necesidad de hallar un nuevo alimento que actuara sobre el espíritu de tal guisa, que alimentara la individualidad por medio de una afirmación de sí mismo sin opresión de otros y sin pérdida del propio respeto. Hemos enunciado como ley que solamente el espíritu puede obrar sobre el espíritu y por consiguiente este alimento debe ser un espíritu, pero difiriendo en otros aspectos de los embriagantes.

Antes de describirlo permítasenos ver lo que ha hecho la carne por la evolución del mundo.

Hemos observado previamente que durante la Época Polar el hombre poseía únicamente un cuerpo denso; era como los actuales minerales en este aspecto y, por temperamento, era inerte y pasivo como ellos. Absorbiendo los cristaloides preparados por las plantas desarrolló un cuerpo vital durante la Época Hiperbórea y llegó a ser como el vegetal, tanto en constitución como en naturaleza, pues vivió sin afirmación propia y tan inconscientemente como las plantas.

Más tarde extrajo la leche de los entonces estacionarios animales. El deseo de este alimento más fácilmente digestible espoleó su esfuerzo y gradualmente su naturaleza de deseos evolucionó durante la Época Lemúrica. Así vino a ser constituido como el reino herbívoro actual. Aunque poseyendo una naturaleza pasional, era dócil y no podía ser inducido a la pelea más que para defenderse a sí mismo, a su compañera y a su familia. Tan sólo el hambre tenía el poder de hacerlo agresivo.

Posteriormente, cuando los animales comenzaron a moverse y procuraron eludir un parásito tan cruel para ellos, la dificultad creciente de obtener el codiciado alimento, aumentó su anhelo a tal extremo, que cuando hubo cazado y apoderado de un animal, ya no se contentó con sorber sus ubres hasta la última gota, sino que comenzó a alimentarse con su sangre y con su carne. Así llegó a ser tan feroz como lo es el carnívoro de hoy en día. La digestión del alimento carnal requiere una acción química mucho más poderosa y una eliminación más veloz del residuo que aquella producida por una dieta vegetal, como lo

prueba el análisis químico de los jugos gástricos de los animales y el hecho de que los intestinos de los herbívoros son muchas veces más largos que los de los animales carnívoros de igual tamaño. Los carnívoros se quedan prontamente adormecidos y aborrecen el esfuerzo. Aguijoneado por la espuela del hambre el lobo feroz persigue, sin duda, a su presa con firme perseverancia y el brinco del rey de los animales supera en mucho a la velocidad del gamo de pies alados. Por medio de la emboscada la familia de los felinos anula a los más veloces, en sus esfuerzos para escaparse. La astucia de la zorra es proverbial y las costumbres de la hiena de escurrirse en la noche, al igual que toda su parentela de devoradores de carroña, dan muestras de la profundidad de la depravación resultante de una dieta de carne putrefacta.

Los vicios generados por la ingestión de la carne, pueden resumirse en laxitud, ferocidad, baja astucia y depravación. Nos es posible domesticar a los herbívoros bueyes y elefantes. Su dieta los vuelve dóciles y almacenan en sus cuerpos un poder enorme que utilizan obedientemente a nuestro servicio, llevando a cabo arduos y prolongados trabajos. El alimento carnívoro requerido por las peculiaridades constitucionales de la especie de animales de presa, los hace peligrosos e incapaces de una domesticación completa. Un gato puede arañar en cualquier momento y las ordenanzas municipales en las ciudades son una prueba evidente del peligro de los perros. Además, la energía contenida en la dieta de los carnívoros se expande tan ampliamente en la digestión, que son somnolientos y poco apropiados para trabajos intensivos como lo son los caballos o elefantes.

La pesadez que sigue a una fuerte comida de carne es demasiado conocida para justificarla con argumentaciones, y la costumbre de tomar estimulantes con el alimento es sólo una consecuencia del deseo de contrarrestar los mortales efectos de la carne muerta. El efecto intensificado de celebrar fiestas a base de carne en avanzado estado de descomposición es suficientemente ilustrado en la alta sociedad en que los banquetes de caza “descompuesta” se acompañan de orgías de la más salvaje naturaleza y son seguidas de la satisfacción de los más viles instintos.

El occidental que puede vivir de una dieta limpia, dulce y nutritiva, de vegetales, cereales y frutas, no se vuelve somnoliento a causa de su alimentación; no necesita estimulante alguno. Ningún vegetariano es borracho. Los sedantes efectos del alimento vegetal se manifiestan en sentimientos más finos que reemplazan la ferocidad alimentada por la carne. Hay muchos que necesitan todavía una dieta mixta, pero la práctica de comer carne ha adelantado el progreso humano más que cualquier otra cosa, excepto, acaso, su vicio hermano... la embriaguez; y aunque no podamos decir que sean bendiciones disfrazadas, no han sido tampoco horribles maldiciones, ya que en el reino del Padre todo lo que parece malo trabaja para el bien, de una manera o de otra, a pesar de que no sea aparentemente así en la superficie. A continuación veremos cómo.

Una corporación privada, la Compañía de la India del Este, comenzó y prácticamente terminó, la subyugación de la India con sus trescientos millones de habitantes, pues los ingleses son voraces comedores de carne mientras que la dieta india procura la docilidad. Pero cuando Inglaterra se batió con los carnívoros boers, Grecia se encontró con Grecia y el valor desplegado por ambas partes es una brillante demostración. El valor, tanto físico como moral, es una virtud y la cobardía un vicio. La carne ha alimentado la propia estimación y nos ha ayudado a desarrollar nuestra voluntad, aunque desgraciadamente a expensas de otros seres que conservan todavía una gran dosis de abulia.

Ha hecho aún algo más, como a continuación ilustramos. Como se ha dicho previamente, el gato se ve forzado a emplear la estrategia para ahorrarse fuerza al procurarse una presa, de manera que pueda conservar energía suficiente para digerir la víctima. Así el cerebro viene a ser el aliado de la fuerza muscular. En los antiguos atlantes el deseo de la carne desarrolló la ingenuidad del hombre primitivo y le condujo a preparar trampas para los fugitivos habitantes del campo y del bosque. El cepo del cazador está entre los primeros inventos para ahorrar trabajo, que marcan el principio de la evolución del entendimiento y la batalla sin cuartel y sin flaqueza del entendimiento alimentado de carne por la supremacía sobre la materia. Decimos “el entendimiento alimentado de carne” y lo repetimos, porque queremos proclamar con énfasis que las naciones que han adoptado el alimento carnívoro son las que más notorios progresos han llevado a cabo. Los vegetarianos habitantes del Asia quedan en los últimos rangos de la civilización. Cuanto más al Oeste viajamos más el consumo de carne crece, así como la poca inclinación hacia los ejercicios corporales y consecuentemente la actividad del entendimiento se ve ascendida a un grado más y más elevado en la invención de objetos para ahorrar trabajo. Los agricultores americanos poseen los acres por millares y recogen cosechas mucho mayores con menos esfuerzo que el labrador del Este, que solamente posee una pequeña porción de terreno. La razón está en que el oriental pobre, mísero y alimentado de grano, tiene solamente sus manos y su azadón que mueve todo el año, día tras día, mientras que el occidental alimentado de carne y progresista, cuida de sus campos con útiles movidos mecánicamente y se sienta tranquilamente mirando como trabajan. Uno utiliza sus músculos y el otro su entendimiento. Así, pues, el valor indomable y la energía que han transformado la faz del mundo Occidental son virtudes directamente atribuibles al alimento carnívoro que procura también el amor a la comodidad y a la invención de útiles para ahorrar trabajo, mientras que el alcohol estimula el espíritu de empresa en la ejecución de planes fraguados para procurar el máximum de confort con el mínimum de trabajo.

Pero el espíritu del alcohol se obtiene por un proceso de fermentación. Es un espíritu de descomposición totalmente diferente del espíritu de vida en el hombre. Este espíritu contrahecho alucina al hombre más y más, manteniendo siempre delante de su vista sueños de grandeza y azuzándole a esfuerzos extenuantes del cerebro y del cuerpo a fin de alcanzarlos y obtenerlos. Pero cuando ha obtenido y alcanzado esto comprende el poco valor de todo lo que constituye su presa. La posición frustra pronto a la ilusión respecto al valor de lo que se haya podido adquirir; nada de lo que puede dar el mundo satisface finalmente. Prontamente el próximo trago ahoga la desilusión y el entendimiento se forja un nuevo sueño. Así prosigue con nuevo celo y más altas esperanzas para encontrar el desengaño de nuevo y otra vez, existencia tras existencia, hasta que consigue aprender que “el vino es un burlón” y que “todo es vanidad excepto servir a Dios y hacer Su voluntad”.

CAPÍTULO XII

UN SACRIFICIO VIVIENTE

Volúmenes y más volúmenes o, mejor aún, muchas librerías se han escrito para explicar la naturaleza de Dios, pero es probablemente una experiencia universal la de que cuando más se leen las explicaciones ajenas, menos se comprende el asunto. Existe una descripción dada por el inspirado apóstol Juan, al escribir: Dios es Luz, la que es tan iluminadora para nuestra mente como las demás oscurecedoras.

Quienquiera que medite sobre este pasaje le espera, oportuna y seguramente, un excelente premio, pues no importa cuantas veces tomemos como objeto de meditación este pensamiento, nuestro propio desarrollo, según pasan los años, nos asegura cada vez una más completa y mejor comprensión. Cada vez que nos absorbemos en estas tres palabras nos bañamos en un manantial espiritual de profundidad inextinguible y cada vez sucesiva sondeamos más completamente las divinas profundidades y nos acercamos más a nuestro Padre Celestial.

Para reanudar nuestro relato, retrocedamos a aquella época de nuestras existencias anteriores, la cual nos dará la dirección de nuestra futura línea de progreso.

La primera vez que nuestra conciencia se dirigió hacia la luz fue poco después de haber sido provistos de la mente y de haber entrado definitivamente en nuestra evolución como seres humanos en la Atlántida, la tierra de la niebla, en los más profundos valles de nuestro planeta, donde la caliente niebla emitida por la tierra, al enfriarse, flotaba como una densa nube sobre la Tierra. Entonces no veíamos las estrelladas alturas del universo, sin que tampoco la luz plateada de la Luna pudiese penetrar en la densa y nebulosa atmósfera, que pendía sobre aquella antigua tierra. Hasta el esplendor ígneo del Sol estaba totalmente extinguido, pues cuando consultamos la Memoria de la Naturaleza perteneciente a aquellos tiempos, nos aparece muy semejante a la luz de un arco voltaico en lo alto de un poste en un día que haya niebla. La oscuridad era muy acentuada y tenía un aura de varios colores muy similar a los que se observan alrededor de un arco voltaico.

Pero esta luz tenía una fascinación. Los antiguos atlantes aprendieron de los divinos Jerarcas que vivían entre ellos, a aspirar a la luz y como la vista espiritual estaba en decadencia ya (hasta los mensajeros, o Elohim, eran percibidos con dificultad por la mayoría) ellos aspiraban más y más ardientemente a la nueva luz, temiendo la oscuridad, que ya habían descubierto, gracias al regalo recibido de la mente. Ocurrió entonces el inevitable diluvio al enfriarse y condensarse la niebla. La atmósfera se esclareció y el “pueblo elegido” fue salvado. Aquellos que habían trabajado interiormente, aprendiendo a construir los órganos necesarios para respirar en una atmósfera tal como la que tenemos hoy, sobrevivieron y vinieron a la luz. No fue una selección arbitraria; el trabajo del pasado consistió en construir un cuerpo. Aquellos que sólo disponían de agallas, semejantes a las de los fetos en su desarrollo pre-natal, estaban tan poco apropiados fisiológicamente para entrar en la nueva era, como el feto lo estaría para nacer, si no se construyese los pulmones.

Moriría como murieron aquellas gentes cuando la atmósfera hizo inútiles las agallas. Desde el día en que salimos de la antigua Atlántida, nuestros cuerpos han estado completos prácticamente, es decir, que no han sido añadidos nuevos vehículos; pero desde aquel entonces y a partir de ahora los que quieran seguir la luz han de batallar por el desarrollo del alma. Los cuerpos que hemos cristalizado alrededor nuestro han de ser disueltos y la quintaesencia de la experiencia extraída de ellos ha de ser añadida y amalgamada, como “alma”, al espíritu, para llevarle de la impotencia a la omnipotencia. Por consiguiente, el Tabernáculo en el Desierto fue dado a los antiguos y la luz de Dios descendió hasta el Altar del Sacrificio. Esto tiene un gran significado: El “ego” había descendido hasta dentro de su tabernáculo, el cuerpo. Todos conocemos la tendencia del instinto primitivo hacia el egoísmo y si hemos estudiado la ética más elevada sabremos cuán subversivo para el bien es la indulgencia de la tendencia egoísta; en consecuencia, Dios colocó inmediatamente delante del género humano la Divina Luz sobre el Altar del Sacrificio. En este altar se veían forzados por la horrenda necesidad a ofrecer sus más preciados bienes por cada trasgresión cometida, puesto que Dios se les aparecía como un vigilante severo cuyo enojo era peligroso provocar. Pero aún así y todo la Luz les guiaba. Aprendieron entonces que era fútil intentar escapar a la mano de Dios. Sin haber escuchado las palabras de Juan “Dios es luz” habían conocido ya de los cielos en cierta medida, el significado de infinitud, calculada por el reino de la luz, pues oímos a David exclamar:

“¿Dónde iré fuera de tu Espíritu...? o ¿dónde volaré lejos de tu presencia..? Si me remonto a los cielos, tú estás allí. Si hiciera mi lecho en el infierno, allí estarías tú. Si en las alas de la mañana partiera a las lejanías más separadas del mar, aún allí tu mano me conduciría y tu diestra me sujetaría. Si me dijera, ciertamente las sombras me cobijarán, hasta en la noche habría luz a mi alrededor. En verdad, las tinieblas no me ocultarían de Ti, porque la noche brilla como el día, pues las tinieblas y la luz son ambas como Tú”. Cada año que transcurre, con la ayuda de mayores telescopios, que la ingenuidad y la habilidad mecánica de los hombres han permitido construir para atravesar las profundidades del espacio, es más evidente que la infinitud de la luz nos enseña la infinitud de Dios. Cuando escuchamos que “el hombre gustaba de las sombras más bien que de la luz a causa de que sus actos eran malos”, vemos que también se amolda, por desdicha, a lo que conocemos como hechos actuales, e ilumina para nosotros la naturaleza de Dios; pues... ¿no es verdad que nos sentimos siempre en peligro en la oscuridad y que en cambio la luz nos da una sensación de seguridad análoga al sentimiento de un niño que nota la mano protectora de su padre...? El siguiente paso dado por Dios en su trabajo por nosotros, fue el volver permanente esta condición de estar en la luz, culminado por el nacimiento de Cristo, quien, como presencia corpórea del Padre, llevaba cerca de sí esta Luz, pues la Luz vino al mundo para que quienquiera que creyese en Cristo no pereciera, sino que tendrá una vida imperecedera. El dijo: “Yo soy la Luz del Mundo”. El altar en el Tabernáculo ilustró el principio del sacrificio como medio de regeneración y así Cristo dijo a sus discípulos: “No existe un hombre cuyo amor haya sido más grande que el de aquel que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos”. Desde entonces empezó su sacrificio, que, contrariamente a la opinión ortodoxa admitida, no fue consumado en unas cuantas horas de sufrimiento físico en lo alto de una cruz, sino que es tan perpetuo como lo fueron los sacrificios hechos sobre el altar del Tabernáculo en el Desierto, puesto que implica un

descendimiento anual a la tierra y soporta todo lo dolorosas que deben ser las condiciones de la tierra para tan gran espíritu.

Esto ha de continuar hasta que hayan evolucionado un número suficiente para sobrellevar la carga de esta densa masa de tinieblas que llamamos Tierra y que gravita sobre el cuello de la humanidad como una pesada rueda de molino, impidiendo un mayor desarrollo espiritual. Hasta que aprendamos a seguir “en sus pasos”, no podremos elevarnos más hacia la Luz. Se dice que cuando Leonardo de Vinci hubo terminado su famoso cuadro “La última cena” preguntó a un amigo qué le parecía el cuadro.

El amigo miró la pintura con aire crítico unos minutos y dijo:

“Me parece que habéis cometido un error al pintar los cubiletes con que beben los apóstoles tan ornamentales y parecidos al oro. Las gentes de su condición no beberían en vasos tan costosos”.

Leonardo de Vinci, entonces borró los cubiletes que pintara y que habían motivado la crítica de su amigo, pero no fue sin dolor de su corazón, pues había pintado aquel cuadro con su alma más bien que con sus manos y había rogado para que trajese un mensaje al mundo. Había puesto toda la grandeza de su arte y la inmensa devoción de su alma en aquel esfuerzo para pintar un Cristo que hablase, para que condujese al hombre a emular sus hechos. Miradle sentado a la mesa del festín, La incorporación de la Luz, diciendo aquellas maravillosas, místicas palabras: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, dado por vosotros, un sacrificio viviente.

En el período pasado de nuestro camino espiritual hemos estado buscando una luz exterior para nosotros, pero hemos llegado al punto en que hemos de buscar la luz de Cristo dentro de nosotros mismos, y emularle haciendo de nosotros mismos “sacrificios vivientes” como él lo está haciendo. Hay que tener presente que cuando el sacrificio que espera delante de nuestra puerta parece placentero y es de nuestro gusto, cuando creemos en poder escoger el trabajo “en la viña del Señor” y hacer el que mejor nos plazca, no hacemos un verdadero sacrificio cual lo hizo El, así como tampoco lo llevamos a cabo cuando somos vistos de los demás y aplaudidos por nuestra benevolencia. Pero cuando estamos dispuestos a seguirle desde la mesa del festín donde El era el huésped de honor entre amigos, hasta el jardín de Getsemaní donde estuvo solo y en lucha con el gran problema que tenía delante de Sí mientras sus amigos dormían, entonces sí que hacemos un sacrificio viviente. Cuando estamos satisfechos de seguir “en Sus pasos” al punto del sacrificio propio en que podemos decir desde lo más íntimo de nuestros corazones, “Tu voluntad y no la mía”, entonces seguramente tenemos la Luz dentro de nosotros y nunca más existirá desde aquel instante para nosotros lo que entendemos por tinieblas. Caminaremos en la Luz. Este es nuestro glorioso privilegio y la meditación sobre las palabras del apóstol “Dios es Luz” nos ayudará a realizar este ideal, siempre que a nuestra fe añadamos actos, trabajos, y éstos digan por nosotros como dijo el Cristo de Leonardo: “Este es mi cuerpo y esta es mi sangre”, un sacrificio viviente sobre el altar de la humanidad.

CAPÍTULO XIII

MAGIA: BLANCA Y NEGRA

De vez en cuando y a medida que lo requiere la ocasión prevenimos a los estudiantes de La Fraternidad Rosacruz, en nuestras cartas individuales, que no asistan a sesiones espiritistas ni demostraciones hipnóticas o a los lugares en que se queman inciensos por los vampiros del ocultismo. La magia negra se practica consciente e inconscientemente, de ambas formas, en tan gran extensión que es casi increíble. El “perverso magnetismo animal”, que es también otro de los nombres de la Fuerza Negra, es responsable de más fracasos en negocios, pérdidas de salud y desdichas en los hogares de lo que cree la mayoría. Hasta a veces los que perpetran tales ultrajes son, según se dice, inconscientes del mal que hacen. Por consiguiente parece apropiado dedicar un capítulo a la explicación de algunas de las leyes de magia que son las mismas para la blanca que para la negra. solamente hay una fuerza, pero puede ser utilizada para el bien o para el mal, y de acuerdo a la razón que la motiva o al uso que de ella se hace, se convierte en blanca o negra. Es un axioma científico aquel de: “Ex nihil, nihil fit” (de la nada, nada viene). Ha de existir una semilla para que exista la flor, pero de dónde vino la primera semilla es algo que la ciencia no ha conseguido explicarnos todavía. El ocultista sabe que todas las cosas han venido del “arche”, la infinita esencia del caos, utilizado por Dios, el Gran Arquitecto para la construcción de nuestro universo, y con el núcleo de cualquier cosa, el mago competente puede extraer la misma esencia para un propósito posterior. Cristo, por ejemplo, tenía algunos panecillos y algunos peces; por medio de este núcleo extrajo la esencia primordial del caos, del resto que necesitaba para llevar a cabo el milagro de alimentar a una multitud. Un mago humano cuyo poder no es tan alto puede procurarse con más facilidad las cosas que ya se han materializado, salidas del caos. Puede tomar flores o frutos pertenecientes a alguien situado a muchos kilómetros de distancia, desintegrarlos en sus átomos constituyentes, transportarlos a través del aire y hacer que asuman su forma física natural para sorprender a los amigos a quienes entretiene en su salón con objeto de asombrarlos.

Esta magia es, en el mejor de los casos, “gris”, incluso si él envía el dinero suficiente para pagar lo que ha hurtado; si no lo hace así, es magia negra, toda vez que implica robar los bienes de otros. La magia para ser blanca ha de ser siempre utilizada sin egoísmo alguno y con un noble propósito además, como el evitar a un semejante el sufrimiento. Cristo, cuando alimentó a la multitud del caos, dio la razón para ello y era la de que habían estado con El varios días y si debían volver a sus hogares sin alimento físico se desvanecerían por el camino y sufrirían privaciones.

Dios es el Gran Arquitecto del Universo y los iniciados de las Escuelas Blancas son asimismo “*Arche-tektons*”, constructores de la esencia primordial, en su beneficioso trabajo a favor de la humanidad. Estos auxiliares invisibles necesitan un núcleo del cuerpo vital del paciente, que reciben, como ya saben los estudiantes de La Fraternidad Rosacruz, de los efluvios de la mano que impregnan el papel cuando el paciente solicita auxilio o

curación. Con este núcleo del cuerpo vital del paciente ellos pueden extraer materia virginal para cualquier cosa que necesiten para restaurar la salud reconstruyendo y fortaleciendo el organismo.

Los magos negros son saqueadores que actúan bajo el odio y la maldad. Ellos también necesitan un núcleo para sus nefastas operaciones y lo obtienen muy fácilmente del cuerpo vital, en las sesiones espiritistas o hipnóticas, donde los asistentes se relajan, se sitúan en una forma de espíritu negativa, con las mandíbulas caídas y humillan sus individualidades por medio de otras diferentes prácticas mediumnísticas. Aún aquel que no asiste a tales reuniones no está del todo inmune, pues hay ciertas partes del cuerpo vital que esparcimos ignorantemente y que son utilizadas con eficacia por los magos negros. Las principales de estas partes son los cabellos y las uñas de los dedos. Los negros en sus brujerías mágicas usan la placenta para propósitos similares. Un hombre destacadamente malo, cuyas prácticas fueron expuestas hará una década de años, obtenía de los niños el fluido vital que utilizaba para sus actos demoníacos. Hasta un objeto tan inocente como un vaso de agua colocado a la proximidad de ciertas partes del cuerpo de la víctima elegida, mientras conversa con el mago, puede absorber una parte del cuerpo vital de la víctima. Esto procura al mago el núcleo requerido, o puede también obtenerlo de una porción del vestido de la persona en cuestión. La misma emanación invisible contenida en el vestido que guía al sabueso sobre las huellas de determinada persona, guiará igualmente al mago, negro o blanco, hasta la residencia de aquella persona y le procurará la clave del sistema que lleva, con el cual puede ayudarle o dañarle, de acuerdo con su inclinación. Pero existen métodos para protegerse contra tales influencias enemigas, como mencionaremos en la última parte de este capítulo. Hemos debatido largamente si era prudente llamar la atención de los estudiantes hacia este hecho y hemos llegado a la conclusión de que no es provechoso para nadie imitar al avestruz cuando oculta su cabeza, enterrándola en la arena, a la proximidad de un peligro. Es mejor estar iluminado respecto a lo que puede amenazarnos con el objeto de poder tomar todas cuantas precauciones sean necesarias para afrontar la emergencia. La batalla entre el bien y el mal está declarada con una intensidad tal que aquellos que no están empeñados en ella no pueden comprender. Los Hermanos Mayores de la rosacruz y órdenes afines que, se puede decir que en su totalidad representan el Santo Grial, viven en el amor y esencia del servicio desprovisto de egoísmo, recogidos y acoplados, como las abejas para vivir su vida. Esto aumenta el lustre del Santo Grial que, en consecuencia, crece más y más en esplendor irradiando una influencia más fuerte sobre todos los que se hallan espiritualmente inclinados, imbuyéndoles un mayor ardor, un celo y un deleite en el buen trabajo y en luchar la buena y santa batalla. Parecidamente las fuerzas demoníacas del Negro Grial florecen por el odio, la traición, la crueldad y demás actos infernales del calendario del crimen. Ambas fuerzas, el Negro y el Blanco Grial, requieren un pábulo, uno del bien y otro del mal, para la prosecución de su existencia y su poder para la lucha. Si no lo consiguen, se debilitan y perecen. De aquí la batalla sin cuartel que están sosteniendo. Cada medianoche, los Hermanos Mayores en su servicio, abren sus pechos para atraer los dardos del odio, de la envidia, de la malicia y todos los males que han sido arrojados durante las pasadas veinticuatro horas. En primer lugar, para privar a las fuerzas del Negro Grial de su alimento y después, para transmutar el mal en bien. Entonces, a la manera que las plantas reúnen el dióxido de carbono inerte exhalado por el hombre y construyen sus pétalos con su ayuda, así los Hermanos Mayores

del Santo Grial transforman el mal dentro del templo; y así como las plantas restituyen el oxígeno renovado tan necesario a la vida humana, así los Hermanos Mayores devuelven al hombre la esencia del mal transformada en escrúpulos de conciencia, que no es más que el bien, con el fin de que el mundo mejore día tras día. Los Hermanos Negros, en vez de transformar el mal, infunden una energía dinámica mucho mayor en él y lo envían hacia su misión, en vanos esfuerzos para conquistar los poderes del bien. Usan para sus propósitos elementales seres desencarnados que, siendo de un orden bajísimo, son inapreciables para operaciones de tal vileza. En los tiempos en que los hombres se alumbraban con aceite animal o bujías hechas de la grasa de los animales, estos elementales revoloteaban a su alrededor como demonios y diablillos, buscando obsesionar a cualquiera que a ello se prestara. Hasta las bujías de cera ofrecen ventaja a estos seres, pero los modernos métodos de iluminación por la electricidad, aceites minerales, gas e incluso cirios de parafina, no les son congénitos. Todavía pululan por el ambiente de nuestras cantinas, tabernas, mataderos y lugares semejantes donde existen animales apasionados y hombres parecidos a los animales. Se deleitan igualmente en los sitios en que el incienso se quema, pues esto les ofrece una avenida de acceso y cuando los asistentes a estas sesiones inhalan el olor del incienso, aspiran también a los espíritus elementales con él y les afectan de acuerdo con sus caracteres. Aquí es donde la protección de que hemos hablado más arriba puede ser utilizada. Al vivir existencias de pureza, cuando nuestros días están llenos con servicios a Dios y a nuestros semejantes con actos y pensamientos de la más elevada nobleza, entonces nos construimos para nosotros mismos el Manto dorado nupcial, que es una fuerza radiante del bien. Ningún mal es capaz de penetrar por esta armadura y entonces accionan de rechazo, es decir, vuelven al que lo ha despedido llevándole el mal que deseaba para los demás. Pero ¡ay!, ninguno de nosotros es del todo bueno. Conocemos demasiado bien la guerra que la carne sostiene con el espíritu. No podemos ocultar a nuestros propios ojos el hecho que al igual que Pablo, “el bien que deberíamos hacer, no lo hacemos y aquello que deberíamos evitar, es lo que hacemos”. Demasiado a menudo nuestros buenos propósitos se desvanecen y hacemos el mal porque es más fácil y hacedero.

Por consiguiente, todos tenemos en nuestro interior el núcleo del mal que facilita el “ábrete sésamo” a las fuerzas demoníacas para trabajar en él. Por esta razón es mejor para nosotros no exponernos innecesariamente a visitar lugares en que se celebren sesiones con espíritus invisibles para nosotros, sin parar mientes en lo elevadas que puedan parecer sus enseñanzas. Tampoco debemos tomar parte, ni aún como espectadores, en demostraciones hipnóticas, puesto que allí una actitud negativa nos tiene sujetos al peligro de la obsesión. Debemos seguir en todas las ocasiones el consejo de Pablo y revestirnos de la completa armadura de Dios. Debemos ser positivos en nuestra lucha por el bien contra el mal, sin dejar pasar nunca la ocasión de ayudar a los Hermanos Mayores, de palabra o de obra, en la Gran Lucha por la supremacía espiritual.

CAPÍTULO XIV

NUESTRO GOBIERNO INVISIBLE

Los estudiantes de la Filosofía Rosacruz saben muy bien que cada especie de animales está dominada por un espíritu grupo que es su guardián y que cuida de ellos, por su seguridad y para darles lo conveniente en el sendero de su evolución y lo más apropiado a su desarrollo. No importa la posición geográfica de estos animales; el león de las selvas africanas está dominado por el mismo espíritu grupo que el león encerrado en una jaula de cualquiera de los circos de las comarcas nórdicas. Por consiguiente estos animales son todos semejantes en sus características principales; tienen los mismos gustos y preferencias con respecto a las dietas y accionan de manera igual en circunstancias parecidas. Si se quiere estudiar la especie de los leones, o la de los tigres, todo se reduce a estudiar un individuo, puesto que no tienen albedrío ni prerrogativa alguna, sino que accionan enteramente de acuerdo con los dictados de su espíritu grupo. El mineral no puede escoger entre cristalizarse o no; la rosa se ve sujeta a florecer; el león se ve impelido hacia su presa, y en cada caso la actividad está dictada enteramente por el espíritu grupo.

Pero el hombre es diferente. Cuando pretendemos estudiarle nos encontramos con que cada individuo es por sí mismo una especie. Lo que uno hace en circunstancias dadas no presupone que otro pueda hacerlo. “Lo que a uno le sirve de alimento, es para otro un veneno” y cada uno tiene diferentes gustos y disgustos. Esto ocurre porque el hombre, como nosotros le vemos en el mundo físico, es la expresión de un espíritu interno individual, que tiene la facultad de elección y libre albedrío aparentemente.

Pero en realidad el hombre no es tan libre como parece; todos los que han estudiado la naturaleza humana han observado que en ciertas ocasiones un crecido número de personas se portan como si estuviesen dominadas por un mismo espíritu. Es igualmente fácil de ver, sin recurrir al ocultismo, que las diferentes naciones tienen ciertas características físicas. Todos conocemos los tipos alemanes, franceses, ingleses, italianos y españoles. Cada una de estas naciones tiene características que difieren de las de las otras naciones, demostrando que debe existir un espíritu de raza en las raíces de estas peculiaridades. El ocultista dotado de visión espiritual sabe muy bien que este es el caso y que cada nación tiene un espíritu de raza diferente, el cual se cierne como una nube por sobre el país entero. En él vive, se mueve y tiene su ser la gente de un país, él es su guardián y trabaja constantemente por su desarrollo, mientras impulsa su civilización y les inculca ideales de la más alta naturaleza, compatibles con su capacidad para el progreso.

Leemos en la Biblia que Jehová, Elohím, que fue el espíritu de raza de los judíos, se les apareció sobre una columna en una nube, y en el Libro de Daniel encontramos considerables revelaciones respecto al modo de trabajar de estos espíritus de raza. La imagen vista por Nabucodonosor, de cabeza de oro y pies de arcilla, mostraba claramente cómo una civilización comenzaba a construir sobre ideales auríferos; fue degenerando más y más hasta que en su última parte de existencia los pies eran de inestable y tambaleante

arcilla y la imagen fue condenada al derribo. Así las civilizaciones todas en sus comienzos, bajo la guía de diferentes espíritus de raza, mantienen grandes y auríferos ideales; pero la humanidad, a causa de su libre albedrío, no sigue implícitamente los dictados del espíritu de raza, como siguen los animales las prescripciones de sus espíritus grupo. De aquí que en el transcurso del tiempo una nación cesa de elevarse, y como no puede existir la inmovilidad en el Cosmos, empieza a degenerar hasta tener finalmente de arcilla los pies, siendo necesario el golpe que la desmenuce, para que otra civilización pueda ser edificada sobre sus ruinas.

Pero los imperios no caen sin un poderoso golpe físico y consiguientemente un instrumento del espíritu de raza de la nación se levanta invariablemente al tiempo en que ésta se ve condenada a caer. En los capítulos décimo y undécimo de Daniel podemos conseguir alguna iluminación en los trabajos del gobierno invisible de los espíritus de raza, los poderes situados detrás del trono.

Daniel se ve conturbado espiritualmente; ayuna durante tres semanas completas, ruega por la luz y al cabo de este tiempo un arcángel, un espíritu de raza, se le aparece y le dice: “No temas, Daniel, pues desde el primer día en que quisiste que tu corazón comprendiera y te purificaste a ti mismo delante de tu Dios, tus palabras fueron oídas y por ellas he venido. Mas el príncipe del reino de Persia me retuvo durante “uno y veinte días” y he aquí que Miguel, uno de los primeros príncipes, vino en mi socorro y me quedé allí con el rey de Persia”. Después de explicar a Daniel lo que ha de ocurrir, dice: “¿Sabes de dónde he venido hasta ti...? y ahora voy a volver a pelear con el príncipe de Persia; y cuando yo me marche, he aquí que el príncipe de Grecia llegará y no hay ninguno que pueda obligarme a hacer estas cosas más que Miguel, vuestro príncipe”. También dice el arcángel: “En el primer año de Darío, el Meda, también estuve con él para acreditarle y fortalecerle”. Así, cuando la sentencia manuscrita pende de un muro, alguien se levanta a dar el golpe; puede ser un Ciro, o un Darío, o un Alejandro, o un César, o un Napoleón, o un Káiser. Y el tal puede creerse a sí mismo un “jefe del movimiento”, un individuo libre accionando por su propia voluntad y prerrogativa, pero de hecho es solamente el instrumento del gobierno invisible del mundo, el poder situado detrás de los tronos, los espíritus de raza, que ven la necesidad de destruir las civilizaciones que han dado de sí toda su utilidad, de manera que la humanidad pueda tomar un nuevo impulso y evolucionar bajo un nuevo y más alto ideal que aquel en que estuvo envuelta hasta entonces.

Cristo mismo, durante su permanencia en la tierra, dijo: “No vine a traer paz, sino una espada”, pues Le era evidente que mientras la humanidad estuviera dividida en razas y naciones no podría haber “paz en la tierra y buena voluntad entre los hombres”. Solamente será la paz posible cuando las naciones hayan conseguido unirse en una fraternidad universal. Las barreras del nacionalismo deben ser derribadas y a este fin los Estados Unidos de la América del Norte se han convertido en un crisol de fusión en donde lo mejor de todas las viejas naciones se mezcla y se amalgama, a fin de que una nueva raza con más elevados ideales y sentimientos de fraternidad universal, pueda nacer para la Época Acuaria. Mientras tanto, las barreras del nacionalismo han sido parcialmente rotas en Europa por el terrible conflicto recién pasado. Esto acerca el día de la amistad universal y de la realización de la fraternidad del hombre.

Otro objetivo debe también ser alcanzado. De todos los terrores a que la humanidad está sujeta, ninguno mayor que la muerte, que nos separa de aquellos que amamos, porque

no podemos apercibirles después que han sido despojados de sus cuerpos. Pero tan cierto como el día sigue a la noche, así ciertamente desgastarán las lágrimas la escama que oculta a los ojos de los hombres la tierra desconocida de los muertos que viven. Hemos dicho y repetido y lo reafirmamos ahora, que una de las mayores bendiciones que derivarán de la guerra, ha de ser la vista espiritual que en un gran número de gente se despertará.

El intenso pesar de millones de seres, el anhelo de ver de nuevo a los que nos son queridos y que tan súbita y cruelmente nos han sido arrebatados, son una fuerza de incalculable poder y fortaleza. De igual manera aquellos que han sido cercenados por la muerte prematuramente y que están ahora en el mundo invisible, con la misma intensidad sienten ahora el deseo de reunirse a los que les son cercanos y queridos para decirles palabras de consuelo que puedan convencerles del bienestar que están disfrutando. Puede así decirse que dos grandes ejércitos formados por millones y millones, están minando con fantástica energía e intensidad de propósito, los muros que separan lo visible de lo invisible. Día tras día, estos muros o velos se hacen más livianos, más débiles, y más tarde o más temprano, los vivos y los muertos que viven, se encontrarán en la mitad del túnel. Antes de lo que nos imaginamos la comunicación se establecerá, y entonces encontraremos lo más natural del mundo que cuando algunos de los seres que nos sean más queridos queden desprovistos de sus masas materiales no sintamos ni pesar ni pérdida alguna, porque podremos verles a todas horas en sus cuerpos etéreos, moviéndose alrededor nuestro como hasta entonces lo hicieran. Así venceremos el gran conflicto de la muerte y podremos decir. “Oh, muerte! ¿dónde está tu guadaña...? ¡Oh, sepulcro! ¿cuál es tu victoria...?”.

CAPÍTULO XV

PRECEPTOS PRÁCTICOS PARA GENTE PRÁCTICA

“Si yo debiese lucrarme con los principios sustentados en el Sermón de la Montaña, me arruinaría en menos de un año”, dijo un crítico recientemente. “Porque la Biblia es altamente impracticable bajo nuestras condiciones económicas actuales y es imposible vivir de acuerdo con ella”. Si esto es cierto, hay una excelente razón para la falta de creencia del mundo, pero ante los Juzgados se permite al acusado que tenga su defensor y, por lo tanto, examinemos la Biblia antes de juzgarla. ¿Cuáles son los cargos concretos...? “¿Cómo...? ¡Son innumerables!”, dijo el crítico; pero para mencionar solamente unos pocos, tomemos algunos pasajes tales como:

“Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos será el reino de los cielos”; “Bienaventurados los humildes, pues ellos heredarán la tierra”; “No te preocupes del mañana, ni de lo que has de comer, ni de lo que has de beber...” Tales ideas nos señalan el camino de la pobreza”. “Muy bien”, dice el apologista, tomemos el último de los cargos primeramente. La versión del Rey Jacobo dice: “Ningún hombre puede servir a dos dueños. No se puede servir a Dios y al diablo, por consiguiente yo digo, no te preocupes por tu vida, por lo que has de comer ni por lo que has de beber, ni por lo que has de ponerte para cubrir tu cuerpo. ¿Es que la vida no es algo más que el alimento y para el cuerpo no existe otra cosa más que ropas con que cubrirlo...? Contempla las aves en su vuelo. Nada siembran, nada recogen, ni tampoco nada almacenan en graneros; sin embargo el Celestial padre las alimenta. ¿No sois vosotros mejores que ellas...? ¿Quién es el de vosotros que por medio del pensamiento puede añadir una sola pulgada a su estatura...? ¿Y por qué nos hemos de preocupar del vestir...? Fijaos en los lirios del campo. Como crecen. No cultivan ni tampoco hilan, y, no obstante, os digo, que ni el mismo Salomón, en medio de la magnificencia de sus vestiduras, no consiguió adornarse como ellos. Por consiguiente, si Dios viste así de hierba la pradera que hoy está y mañana será arrojada al horno, no os vestirá a vosotros con mayor razón, ¿oh gente de poca fe? Por lo tanto no os preocupéis, exclamando: ¿Qué comeré? o ¿Qué beberé? o ¿Con qué me vestiré?; pues estas son las cosas que buscan los gentiles; vuestro Padre Celestial sabe muy bien que tenéis necesidad de todas estas cosas. Pero buscad primeramente el reino de Dios y su rectitud y todas estas cosas se os dará por añadidura”.

Si a esto se le quiere dar el significado de que debemos malgastar pródigamente todo lo que tenemos, en una vida desenfadada o sin provecho, naturalmente que no solamente no es practicable sino desmoralizador. Tal interpretación está fuera de lugar, sin embargo, respecto al tenor y a las enseñanzas de todo el libro, efectivamente, no dice así. La palabra griega Merimnon significa “excesivamente cuidadoso o ansioso” y si leemos el pasaje con esta alteración encontraremos que da una lección bien diferente y, desde luego, enteramente práctica. Mammon es la palabra asiria para las riquezas, deseadas por la gente estúpida.

En el párrafo precedente Cristo les exhortó a no ser esclavos ni sirvientes de las riquezas que deberán abandonar al romperse el cordón plateado y volver el espíritu a Dios, sino más bien a vivir existencias de amor y desvelo y formar tesoros de buenas acciones, las cuales puedan llevar consigo al reino del Paraíso. Asimismo les exhortaba, no estéis excesivamente ansiosos respecto a lo que debáis comer, o beber, o llevar por vestido. ¿Por qué atormentaros? No podéis añadir el canto de una moneda a vuestra estatura ni un solo cabello a vuestra cabeza atormentándoos. Esta es la más agotadora de todas las emociones y nunca hace bien alguno. Vuestro Pare Celestial sabe que necesitáis cosas materiales, por lo tanto debéis buscar primeramente su reino y rectitud y todo lo que os haga falta os será dado. Por lo menos en dos ocasiones en las que la multitud seguía en pos de Cristo en lugares separados y lejanos de sus hogares y de las ciudades donde la obtención de lo necesario fuese más fácil, Él lo demostró. Les dio primeramente el alimento espiritual que iban buscando y luego proveyó a sus necesidades corporales directamente de un manantial espiritual de aprovisionamiento.

¿Es que Dios obra diferentemente en estos modernos días? Es seguro que el crecido número de demostraciones de este hecho hará innecesaria la puntualización de una cualquiera en especial. Cuando trabajemos y roguemos, rogando y trabajando, y hagamos de nuestras vidas una plegaria viviente para la obtención de oportunidades de servir a los demás, todas las cosas terrenas se presentarán espontáneamente a prestar el servicio que de ellas requiramos y vendrá de por sí, en una medida superior, de acuerdo con el grado en que sean empleadas en el servicio de Dios. Si nos consideramos solamente como mayordomos y guardianes de lo que poseemos en este mundo, entonces somos realmente “pobres de espíritu” hasta donde se refiera a las ilusorias cosas terrestres, pero ricos en los más perdurables tesoros del reino del Cielo, y si no somos materialistas a ultranza, hallaremos que ésta es una actitud practicable. No está tan lejano todavía el tiempo en el que el “caveat emptor” (Que el comprador esté prevenido) era el término característico de los mercaderes que corrían en pos de las riquezas, considerando al comprador como su legítima presa. Poco les importaba que el comprador quedara o no satisfecho de ellos después de haber vendido su mercancía y cobrado su importe. Incluso llegaban a enorgullecerse de dar salida a artículos inferiores que pronto se estropearían, como lo evidencia el lema: “La inferioridad de los artículos es la robustez del comercio”. Pero gradualmente, hasta aquellos que desdeñan la idea de mezclar la religión con el comercio y en sus negocios, van dejando atrás aquel “caveat emptor” como lema para su línea de conducta y casi inconscientemente adoptan el precepto de Cristo: “Dejad que el más grande de todos vosotros sea el criado de todos”. Por doquiera insisten los mejores hombres de negocios en patrocinar el empleo de servicialidad al comprador, pues ven que es una política que beneficia y puede ser colocada, por consiguiente, entre los preceptos prácticos de la Biblia. Pero ocurre algunas veces que, a pesar de sus mejores deseos de servir a sus clientes, alguno de éstos se siente engañado, o enojado por la mala calidad de lo comprado y penetra en el domicilio del vendedor, renegando de sus artículos. Bajo el antiguo y corto de alcances régimen del “caveat emptor” el mercader hubiera meramente sonreído ante el comprador escarnejado o le hubiera arrojado de su comercio. Pero no lo hacen así los modernos negociantes que toman la Biblia como línea de conducta. Recuerdan la sabiduría y prudencia de Salomón al afirmar que “una respuesta dulce y afable desarma la ira” y la sentencia de Cristo de que “los humildes heredarán la tierra” y en consecuencia se excusa por la deficiencia de los

artículos, ofrece una bonificación, o una restitución, y deja al comprador, un momento antes iracundo y nada satisfecho, que salga de su casa sonriente e impaciente por encontrar una oportunidad de cantar las alabanzas de un establecimiento en que tan buen trato ha recibido. Así, pues, obedeciendo los preceptos prácticos de la Biblia, refrenando el ímpetu de su carácter, el hombre de negocios gana nuevos clientes que acuden a él con absoluta buena fe y seguros de ser atendidos, y el mayor beneficio obtenido en el incremento de las ventas, le resarce de lo que hubiera podido ganar ofreciendo artículos de baja calidad que hubiesen causado el descontento de sus clientes. El ser humilde y conservar su ecuanimidad le produce a uno beneficios excelentes que se convierten en moneda constante y sonante, y mucho más importante es aún el beneficio moral y espiritual que así se obtiene. ¿Qué mejor lema para los negocios puede ser hallado en otra parte que en el Eclesiastés? “La prudencia es mejor que las armas en la guerra. No dejes precipitar tu lengua, no te apresures nunca a enojarte, pues el enojo descansa en la entraña del loco”. El tacto y la diplomacia son siempre mejores que la fuerza, como dice el Buen Libro: “Si queremos domar el hierro, cuanto más duro sea más fuerza es necesaria, pero la prudencia es más provechosa que el método directo”. La línea de menor resistencia, siempre que sea recta y honorable, es siempre la mejor. Por consiguiente “ama a tus enemigos y hazles bien aunque te traten despiadadamente”.

Es una buena práctica comercial procurar reconciliarse con los que nos han maltratado, porque dejen de hacerlo; y es mejor para nosotros sobreponernos a nuestros malos sentimientos que alimentarlos, pues sea lo que sea lo que el hombre siembre, así será lo que recoja, y si sembramos rencores y bajezas, engendremos y suscitaremos idénticos productos o resultados en los demás. Igualmente todas estas afirmaciones son aplicables a nuestra vida privada y en nuestro trato social, exactamente lo mismo que en las relaciones comerciales. ¡Cuántas y cuántas discusiones y disputas se podrían evitar con sólo aplicar y cultivar la virtud de la humildad en nuestros hogares...! ¡Cuánta no sería nuestra satisfacción y el placer que saldríamos ganando...! ¡Cuánta dicha entraría en nuestras existencias si en nuestra vida social y en nuestras relaciones comerciales aprendiésemos a hacer a los demás aquello que quisiéramos que nos hicieran a nosotros mismos...! No hay necesidad alguna del enorme esfuerzo mental que estamos ejecutando a cada instante al preguntarnos qué comeremos y qué beberemos. Nuestro Padre Celestial posee la tierra y toda la abundancia que ella encierra; los ganados de una y todas las colinas y praderas Le pertenecen. Si aprendemos verdaderamente a confiarnos a Él, no haya duda alguna de que el camino de salvar nuestras dificultades lo encontraremos.

Es un hecho reconocido por cuantas autoridades han investigado el asunto, que comparativamente mueren muchísimas menos personas de carencia absoluta de recursos que de una sobreabundancia y excesiva indulgencia de sus apetitos. Es una experiencia práctica del que esto escribe y de muchos otros, la de que si ejecutamos diariamente nuestro trabajo con la mejor buena disposición, el cuidado del mañana nos abandona y se encuentra llano. Si marchamos de acuerdo con las instrucciones de la Biblia, haciéndolo todo “como para el Señor” no importa la línea de trabajo honesto que realicemos, estamos también al mismo tiempo buscando el reino de Dios. Pero si no nos cuidamos más que de que pasen las horas, trabajando por miedo a por favor, no debemos esperar el éxito al final de la carrera; la salud, la fortuna y la felicidad pueden pertenecernos un ratito más, pero aparte

del sólido fundamento de la Biblia, no puede existir una alegría duradera en la vida, ni una prosperidad real en los negocios.

CAPÍTULO XVI

EL SONIDO, EL SILENCIO Y EL DESARROLLO DEL ALMA

Los estudiantes sinceros de la ciencia del alma se sienten naturalmente ansiosos de desarrollar su gracia a fin de cooperar mejor en el Gran Trabajo de la elevación del Género Humano. Siendo modestos y humildes experimentan, sin embargo, en demasía la amplitud de sus defectos y frecuentemente, mientras meditan acerca de los medios de facilitar el progreso, se preguntan:

¿Qué es lo que lo impide? Algunos de ellos, especialmente en tiempos pasados, cuando la existencia no era tan intensamente vivida como lo es en estos días, observaban que la vida ordinaria entre la humanidad de aquel entonces tenía sus inconvenientes. Para vencerlos y adelantar su desarrollo anímico se retiraban de la comunidad a un monasterio o a las montañas donde podían entregarse sin estorbo alguno a su existencia espiritual. Sabemos, no obstante, que no es este el camino. Está demasiado bien establecido en las mentes de nuestros aspirantes que si huimos hoy de una experiencia, mañana se nos enfrentará nuevamente, y que la palma de la victoria se gana conquistando al mundo, pero nunca huyendo de él. El ambiente en que hemos sido colocados por los Ángeles del Destino fue escogido por nosotros mismos en la vuelta del ciclo de nuestra vida en el Tercer Cielo, siendo entonces espíritus puros, no oscurecidos por la materia que nubla ahora nuestra visión. De aquí que este ambiente sea indudablemente el que puede proporcionarnos las lecciones que necesitamos y cometeríamos una seria equivocación tratando de escapar a sus pruebas. Pero hemos recibido una mente con un propósito determinado, el de razonar acerca de las cosas y condiciones, de manera que podamos discernir entre lo esencial y lo no esencial, entre aquello que tiene la misión de estorbar con el propósito de enseñarnos una virtud, venciéndonlo, y aquello otro que es un obstáculo invencible que hace vibrar nuestra sensibilidad y arruina nuestro sistema nervioso sin ganancia alguna espiritual, en compensación. Nos será altamente beneficioso aprender a diferenciar estos motivos para la conservación de nuestras fuerzas aceptando solamente aquello que debemos soportar o vencer para la seguridad de nuestro bienestar espiritual. Ahorraremos, entonces, incontable energía y experimentaremos mayor deleite en seguir métodos más provechosos que los que ahora seguimos. Los detalles de este problema difieren en cada existencia; sin embargo, existen ciertos principios generales que aprovechará a todos nosotros comprender y aplicarlos a nuestras vidas, y entre ellos está el efecto del silencio y del sonido en el desarrollo anímico.

A primera vista podrá sorprendernos la afirmación hecha de que el sonido y el silencio son factores muy importantes en el desarrollo del alma, pero examinando atentamente el asunto veremos prontamente que no es ningún pensamiento descabellado. Consideremos primeramente la gráfica expresión, “la guerra es el infierno” y procuremos imaginarnos una escena guerrera. La visión es aterradora y mucho más para aquellos que

ven con clara mirada espiritual, que para los que se limitan a su mirada física, porque éstos pueden cerrar sus ojos a aquel espectáculo si así lo quieren, pero todo el horror del cuadro pesa fuertemente sobre el corazón del Auxiliar Invisible que no solamente oye y ve, sino que siente en su propio ser la angustia y el dolor de todos los que a su vera sufren, como Parsifal sentía en su corazón la herida de Amfortas, el rey herido del Grial. En efecto, sin este íntimo e intenso sentimiento de unidad con el que está sufriendo, no puede haber curación ni existe ayuda, ni socorro algunos.

Pero hay una cosa a la que no se puede escapar, la terrible expansión de las granadas, el ronco rugido del cañón, el violento traqueteo de las ametralladoras, las quejas de los heridos y los juramentos y blasfemias de cierta clase de los actores. No creemos necesario insistir más para sentar la afirmación de que éste es realmente un “ruido infernal” y tan subversivo para el desarrollo anímico como pueda ser imaginado. El campo de batalla es el último lugar que puede escoger cualquiera que esté en su cabal juicio para desarrollar su alma, aunque no debe olvidarse que muchos resultados excelentes se han obtenido por medio de sacrificios nobles en ella realizados; pero estos resultados se han obtenido “a pesar” de aquella condición y no “a consecuencia” de ella.

Por otra parte, imaginamos un templo colmado de acordes de un canto Gregoriano o una oratoria Handeliana, sobre la cual las oraciones del alma aspirante vuelan en su camino hacia el Autor de nuestro Ser. Aquella música puede ciertamente ser llamada “paradisiaca” y la Iglesia mencionada ofrece una condición ideal para el desarrollo del alma, pero si permaneciésemos en ella constantemente, olvidando nuestros deberes, fracasaríamos, “a pesar” de esta condición ideal.

Nos queda, por consiguiente, un solo método, es decir, detenernos entre el estrépito del campo de batalla de este mundo esforzándonos en extraer de las peores condiciones el material del desarrollo anímico, por medio de servicios llenos de desprendimiento y al mismo tiempo construir en nuestro más remoto interior un santuario lleno de esta música silente que suena en el alma servicial como un manantial de elevación por encima de todas las vicisitudes de la existencia terrena. Poseyendo esta “Iglesia viviente” en nuestro interior, siendo, de hecho, por esta condición “templos vivientes”, podemos entrar en cualquier momento, cuando nuestra atención no esté legítimamente aplicada a asuntos temporales, a este edificio espiritual en cuya construcción no han intervenido manos algunas y bañarnos en su armonía. Podemos hacer esto muchas veces al día, restaurando así y continuamente la armonía que haya sido perturbada por las discordias del vivir cotidiano. ¿Cómo edificaremos, entonces, este templo y cómo lo llenaremos con la celestial música que tanto deseamos...? ¿Qué nos ayudará y qué nos será un estorbo...? He aquí las preguntas que requieren una solución práctica y hemos de esforzarnos en buscar en nuestras respuestas la llaneza y la práctica posible puesto que se trata de un asunto de interés vital. Las cosas “más insignificantes” son especialmente importantes, pues el neófito necesita tomar en consideración hasta las más sutiles cosas.

Si encendemos un fósforo en medio de un fuerte viento se apagará seguramente, aunque la llama haya prendido con toda facilidad; pero si la acercamos a un matorral y le permitimos que se encienda con una relativa calma, un viento fuerte que pudiera sobrevenir aumentaría la llama en vez de extinguirla. Los Adeptos o las Almas Grandes, pueden permanecer serenos bajo condiciones que serían subversivas para aspirantes ordinarios y de aquí que deban siempre usar del discernimiento y no exponerse innecesariamente a

condiciones subversivas para el desarrollo del alma; lo que más que nada necesitan éstos es equilibrio y nada es tan antianímico a aquella condición como el ruido.

Es innegable que nuestras comunidades son “manicomios” y que tenemos un legítimo derecho a escapar a algunos ruidos, si nos es posible, tales como el chirrido que causan los tranvías al dar las curvas. No es necesario que vivamos en una esquina tal, con detrimento para nuestros nervios o que nos estorba para la concentración; pero si tenemos un niño enfermo, llorando, que reclama nuestra atención día y noche, no importa en la forma que afecte a nuestros nervios, no tenemos derecho, a la vista de Dios ni de los hombres, de escapar de atenderle o de olvidarnos de él con la idea de concentrarnos. Estas cosas son perfectamente claras y causan un asentimiento instantáneo, pero lo que más ayuda o impide son, como queda dicho, las cosas que son insignificantes, que escapan enteramente a nuestra atención. Si fuéramos a enumerarlas, quizá provocarían una sonrisa de incredulidad, pero si se ponderan y se practican conquistarán pronto el asentimiento, pues juzgadas por la fórmula de que “por sus frutos les conoceréis” ellas producirán tales resultados que rehabilitarán nuestra afirmación de que “el silencio es una de las mayores ayudas para el desarrollo del alma” y debe ser practicado, por lo tanto, por el aspirante en su casa, en su conducta personal, en sus paseos, en sus hábitos, y, por paradójico que parezca, hasta en su conversación.

Es una prueba del beneficio de la religión el que da la felicidad a la gente, pero la mayor dicha es usualmente demasiado profunda para una expresión externa. Llena todo nuestro ser tan enteramente que llega a parecer pavoroso, y una conducta ruidosa y extemporánea nunca puede aliarse con aquella felicidad cierta, puesto que es un signo de la mayor superficialidad. La voz alta, la risa grosera, las maneras ruidosas, los taconazos ruidosos que suenan como martillos, los portazos y el ruido de la vajilla son atributos del grosero y vulgar, pues ama el ruido, cuanto más alegre mejor, ya que excita su cuerpo de deseos. Para su gusto la música sacra es una anatema; una ruidosa orquesta con “jazz-band” le es preferible a cualquier otro entretenimiento y cuanto más salvaje y grotesca resulte la danza, mejor. Pero es bien diferente, o debe serlo, para el aspirante a la vida superior.

Cuando el Niño Jesús fue perseguido por Herodes con criminales intentos, su seguridad se basó en la huída y su poder para desarrollarse y cumplir su misión. Similarmente cuando Cristo nace dentro de un aspirante puede preservar mejor su vida espiritual huyendo del ambiente de los degenerados en el cual estos casos inconvenientes se practican y buscando un sitio entre otros de ideales semejantes, siempre que tenga libertad para obrar así; pero si ocupa un puesto en una familia colocada bajo su responsabilidad, es su deber el luchar para alterar las condiciones y mejorarlas por medio del ejemplo y del precepto, particularmente por el ejemplo, con el objeto de que llegue un día en que reine por toda su casa aquella refinada atmósfera que respire armonía y fortaleza. No es esencial para el bienestar de los niños el permitirles que griten hasta desgañitarse o que corran desaforados por toda la casa, dando portazos y estropeando el mobiliario en su loca carrera; por el contrario, esto es verdaderamente detrimental, pues les enseña a no tener en cuenta los sentimientos ajenos por su propia satisfacción. Les será mucho más beneficioso que la madre procure que tengan en el calzado tacones de goma y les enseñe a dejar su algarabía para el campo, para cuando jueguen al aire libre, y que en la casa lo hagan tranquila y silenciosamente, cerrando las puertas con delicadeza y hablando en un moderado tono de voz como justamente lo hacen o deben hacerlo los padres. Durante nuestra niñez es cuando

empezamos a arruinar nuestro sistema nervioso, que después en años ulteriores, nos atormenta e irrita, y de este modo si enseñamos a nuestros hijos la lección indicada más arriba, les ahorraremos muchas molestias y sinsabores en la vida, al mismo tiempo que facilitamos el crecimiento de nuestra misma alma. Quizá sean necesarios años para reformar una familia de tales, a primera vista, faltas triviales y lograr un ambiente que conduzca al desarrollo anímico, especialmente si los niños se encuentran ya en edad adulta y se resisten a reformas de esta naturaleza, pero es sumamente importante el intento. Nosotros podemos y, “debemos”, en último término, cultivar la virtud del silencio en nosotros mismos o de lo contrario nuestra elevación de alma no será muy grande. Acaso si miramos el asunto desde un punto de vista oculto en relación con este importante vehículo, el “cuerpo vital”, el objeto perseguido se aclarará mucho por necesidad.

Sabemos que el cuerpo vital se halla siempre almacenando fuerza en el cuerpo físico que debe ser utilizada en esta “escuela de experiencia” y que durante el día el cuerpo de deseos está constantemente disipando esta energía en acciones que constituyen la experiencia que eventualmente se transmuta en desarrollo del alma. Hasta aquí santo y muy bueno, pero el cuerpo de deseos tiene una tendencia a excederse si no se le contiene con fuerte rienda. Se revela en un movimiento sin restricciones, cuanto más locuras tanto mejor para él y si no se le contiene hará al cuerpo silbar, cantar, saltar, danzar y un sinnúmero de cosas innecesarias e indignas que son muy perjudiciales para el desarrollo del alma. Mientras se halla en tal estado de desarmonía y discordia, la persona está ciega para las ocasiones espirituales del mundo físico y por la noche, cuando abandona su cuerpo, el proceso de la restauración del cuerpo de deseos consume casi todo el tiempo del sueño, dejando muy poco, si deja alguno, para el trabajo allí, aun cuando la persona tenga la inclinación y piense seriamente en hacer este trabajo.

Por lo tanto, debemos por todos los medios volar de los ruidos que no tengamos necesidad de oír y cultivar personalmente el silencio y caritativo además, la voz moderada, la marcha silenciosa, la presencia oportuna y todas las demás virtudes que contribuyen a la armonía, pues entonces el proceso de restauración se efectúa rápidamente y quedamos libres la mayor parte de la noche para trabajar en los mundos invisibles y ganar un poder de alma grande. Recordemos que en este intento de progreso y purificación, no nos debemos desalentar por nuestros fracasos momentáneos y ocasionales, pensando en la admonición de San Pablo para continuar con persistente paciencia en el bien obrar.

CAPÍTULO XVII

EL MAGNO MISTERIO DE LA ROSACRUZ

De vez en cuando llegan a nuestras manos cartas de los estudiantes quejándose de que se encuentran solos en el estudio de la Filosofía Rosacruz, que sus esposas, o esposos, o hijos, o bien otros familiares no simpatizan o son antagónicos a las enseñanzas, a despecho de todos los esfuerzos de tales estudiantes para ganarles a la causa o interesarles favorablemente y de este modo tener un compañero más en sus estudios, o por lo menos libertad para seguir sus inclinaciones. Esta fricción les produce un cierto estado de infelicidad de acuerdo con sus temperamentos y se nos pregunta por los referidos estudiantes el consejo para vencer su antagonismo y convertir a sus relaciones.

Esto hemos hecho con cartas personales y hemos tenido la oportunidad de cambiar las condiciones de algunos hogares cuando nuestro consejo ha sido seguido; pero sabemos también que frecuentemente aquellos que sufren más agudamente no se lamentan, y por esta razón hemos decidido dedicar un corto espacio de tiempo a la discusión de este asunto. Se dice muy acertadamente que “un conocimiento pequeño es cosa muy peligrosa” y esto se aplica con la misma fuerza a las enseñanzas rosacruces que a cualquier otro aspecto. Así pues, el primer paso que hay que dar es para averiguar “si tenemos el conocimiento suficiente” para estar seguros en nuestra tesitura. A tal fin me permitiré hacer esta pregunta: ¿Cuál es la enseñanza Rosacruz que está usted ansioso de compartir con otros y cuál es su objeto? ¿Es este objeto el de las leyes gemelas de “Causación” y “Renacimiento”? Estas leyes son excelentes para explicar muchos problemas de la vida y sirven de gran consuelo cuando la guadaña de la muerte aparece y roba de nuestro hogar un ser querido. Pero también debe usted tener en cuenta que hay muchos que no tienen ni poco ni mucho interés en tales explicaciones. Están constitucionalmente tan inadaptados para aplicar sus conocimientos, como un mudo lo está para el uso del teléfono. Verdad es que trabajamos para una mayor conciencia de la ley y de sus propósitos, pero de todos modos no olvidemos que estas leyes trabajan para el bien de todos aunque nosotros no estemos conscientes de ello, y por lo tanto, “su conocimiento no es esencial”. Sus familiares no sufrirán una gran pérdida por el hecho de que no abracen esta doctrina y, en cambio, pueden escapar al incidente peligroso de la posesión de “un poco de conocimiento”.

En la India donde estas leyes son conocidas y creídas por millones de personas, éstas hacen muy poco esfuerzo para el progreso material debido a que ellas saben que tienen un tiempo sin fin y que lo que no hagan en esta vida pueden aguardar muy bien hasta la próxima u otra encarnación. Muchos occidentales que han aceptado la doctrina del renacimiento han dejado de ser miembros útiles de la sociedad porque han adoptado una vida de indolencia y atrayendo hacia sí las llamadas enseñanzas superiores, reproches y censuras. Si sus amigos no quieren saber nada de estas enseñanzas déjeles tranquilos. El conseguir prosélitos, no es de ningún modo el punto esencial de la enseñanza Rosacruz. El Guardián del Umbral no les examinará de sus conocimientos y admitirá algunos que sean

completamente ignorantes de esta materia, cerrando en cambio la puerta en las narices de otros que han dedicado sus vidas a estudiar, a dar conferencias y a enseñar estas leyes. Entonces si las doctrinas de Causa y Efecto y Renacimiento no son esenciales, ¿qué diremos de la “compleja constitución del hombre”? Seguramente es de primordial importancia el saber que nosotros no somos solamente este cuerpo visible, que tenemos un cuerpo vital para cargarlo de energía, un cuerpo de deseos para gastar esta fuerza, una mente para guiar nuestras decisiones por caminos razonables y por último que somos espíritus virginales envueltos en un triple velo como egos. ¿No es efectivamente esencial el saber que el cuerpo físico es la contraparte material del Espíritu Divino, que el cuerpo vital es la réplica del Espíritu de Vida, que el cuerpo de deseos es el reverso del Espíritu humano y que la mente forma el eslabón entre el triple espíritu y el triple cuerpo?.

No, “no es esencial el conocer estas cosas”. Usado propiamente este conocimiento es de gran ventaja, pero puede ser también una decidida desventaja en el caso de aquellos que tienen solamente “un poco de conocimiento” en este respecto. Hay muchos que están meditando siempre sobre el “yo superior” a la vez que olvidan a tantos “egos inferiores” que están en la mayor miseria a sus mismas puertas. Hay muchos que sueñan día y noche sobre el momento en el que podrán hacer esos “vuelos anímicos” como “auxiliares invisibles” y endulzar los sufrimientos de los enfermos y tristes, y sin embargo no se tomarían la molestia de tomar un tranvía para pasar una hora al lado de una pobre alma sin amigos ni conocidos, que está en el lecho de un hospital de caridad para llevarle una flor y una palabra de aliento. Otra vez repito, que el Guardián del Umbral está más propenso a admitir a aquel que hizo lo que pudo y no a los que soñaron mucho y no hicieron nada para enjugar las lágrimas de los que lloran.

Si podemos hacer que las gentes estudien las enseñanzas Rosacruz acerca de la muerte y después de la vida, debemos sentir como paso obligado el indicarles algo del cordón plateado que permanece intacto durante un período variable de tres días y medio después de que el espíritu ha abandonado definitivamente el cuerpo físico, y que éste debe dejarse libre y sin molestias durante todo ese tiempo en el que el panorama de la vida pasada se está grabando en el cuerpo de deseos para servir de árbitro de su vida en el mundo invisible. Entonces es llegado el momento de pasar al conocimiento de la vida del espíritu en el Purgatorio, como los actos malos de la vida reaccionan sobre el espíritu en forma de dolor para crear conciencia y preservarle de repetir en una vida posterior los actos que producen sufrimientos. Después podemos decirles acerca de como los buenos actos de la vida se transmutan en virtudes utilizables en vidas subsiguientes, como se ha explicado ampliamente en nuestra filosofía.

Seguramente que habremos quedado sorprendidos ante la aserción de que no es esencial el conocimiento de las dos grandes leyes gemelas. Probablemente la afirmación posterior de que es inmaterial el que los demás sepan a qué atenerse sobre la constitución del hombre según nosotros enseñamos, habrá escandalizado a algunos y, por último, otros habrán quedado desconcertados al leer lo de que las enseñanzas Rosacruz concernientes a la muerte y al paso del espíritu a los mundos invisibles, son también conocimientos relativamente innecesarios para el propósito que anhelamos alcanzar. Realmente no importa si nuestros familiares comprenden o no estas enseñanzas. En cuanto a lo que concierne a la desencarnación propia de nosotros, una súplica ferviente de que no toquen a nuestro cuerpo ni le molesten durante el período indicado, será probablemente ejecutado al pie de la letra,

puesto que el vulgo tiene todavía muchas supersticiones acerca de eso que se llama “última voluntad”, y si alguno de nuestros amigos desencarna, nosotros estamos allí precisamente, para con nuestro conocimiento hacer lo propio y debido con ellos. Así, pues, no nos impacientemos si rehúsan tomar parte en nuestras enseñanzas Rosacruces.

Pero los estudiantes pueden decir: Si un conocimiento de los asuntos antes mencionados que parecen tan valiosos e importantes es inmaterial para el avance, entonces se sigue el que los estudios de los Períodos, Revoluciones, Épocas, etcétera, es innecesario también. En tal caso esto es todo cuanto abarca lo tratado en el Concepto Rosacruz del Cosmos y no queda nada de las enseñanzas Rosacruces que nosotros hemos tomado tan a pecho y en las que hemos depositado nuestra fe.

¿Nada queda ya sin mencionar de ellas? Si, sin duda alguna, todo está intacto, porque todas estas cosas mencionadas son solamente la cáscara que debemos quitar y desechar para llegar “a la carne, al fruto de la nuez”, la substancia de todas ellas. Acaso hemos leído el Concepto Rosacruz del Cosmos muchas veces. Quizás lo hemos estudiado y nos hemos sentido orgullosos de sus conocimientos y del misterio del mundo, pero ¿”nos hemos parado a considerar el misterio oculto en todas y en cada una de sus líneas”? Esta es la enseñanza grande y esencial, la única enseñanza a la cual nuestros amigos responderán si nosotros somos capaces de encontrarla y de compartirla con ellos. El Concepto Rosacruz del Cosmos predica en todas sus páginas el evangelio del servicio.

En gracia a nosotros la Divinidad se manifiesta en el Universo. Las grandes Jerarquías Creadoras han sido y algunas de ellas continúan siendo “nuestros sirvientes”. Los luminosos ángeles estelares, cuyos cuerpos de fuego vemos rodar por el espacio han trabajado con nosotros durante siglos inmemorables y en el momento oportuno Cristo vino para traernos los impulsos espirituales necesarios en aquella época. También es significativo en extremo que en la parábola del juicio final Cristo no dijera: “Bien hecho, tú grande y erudito “filósofo”, que conociste la Biblia, la Cábala, el Concepto Rosacruz del Cosmos y todos los otros libros de la literatura misteriosa que revelan los trabajos intrincados de la “Naturaleza”, sino que dijo: “Bien hecho, tú bueno y fiel sirviente... entra en el goce de tu Señor... Porque yo estaba hambriento y me diste de comer... Yo tuve sed y me diste de beber... “Ni una sola palabra acerca del conocimiento; “el énfasis total fue para la fidelidad y para el servicio”.

Existe una profunda razón oculta para esto: “El servicio construye el cuerpo del alma”, el glorioso velo nupcial, sin el cual nadie puede entrar en el reino de los cielos, denominado ocultistamente “La nueva Galilea”, y no importa en la medida que nosotros estemos conscientes de la marcha de los acontecimientos en tanto cumplamos con nuestro deber. Además, como quiera que el luminoso cuerpo del alma se desarrolla internamente y alrededor de la persona, esta luz enseñará a su poseedor los Misterios sin la necesidad de los libros y uno que es de este modo enseñado por Dios conoce más, que todo lo que pueden contener los libros del mundo. Con el transcurso del tiempo la visión interna se abrirá y el camino hacia el Templo se hará manifiesto. Si queremos enseñar a nuestros amigos, no importa cuan escépticos ellos sean, ellos nos creerán si les predicamos el Evangelio del servicio.

Pero bien entendido, “debemos predicar con el ejemplo”. Debemos convertirnos nosotros mismos en servidores de la humanidad si queremos que los hombres crean nuestras palabras. Si queremos que nos sigan, debemos ser caudillos, o, en caso contrario,

tendrán derecho a poner en duda nuestra sinceridad. Grabemos en nuestra mente que “vosotros sois una ciudad sobre una colina” y cuando prediquemos una profesión de fe debemos concederles el derecho de que nos juzguen por nuestros frutos; así pues, “hablemos poco y sirvamos mucho”.

Asimismo hay muchos que gustan de discutir de una comida inofensiva, pacífica y sin sangre, sin parar mientes en que el rojo asado en la mesa y el cigarro en la boca anulan sus efectos. Hay otros también que hacen un dios de su estómago y quizá prefieren el estudio de la dietoterapia que el de la Biblia; siempre están dispuestos a abrumar a sus amigos con sus discursos sobre las últimas calorías o vitaminas de los alimentos. Yo conocí a un hombre que estuvo al frente de un grupo esotérico. Su esposa era antagonista del ocultismo y a la dieta sin carnes. Él la obligaba a cocinar vegetales en el hogar y le tenía dicho que si ella se atrevía a traer carne a su cocina o a contaminar sus platos con ella, les pondría a ella y a los platos en medio de la calle, añadiendo que si a ella le gustaba hacer de sí misma un cerdo podía ir a comer carne al “restaurant”.

¿Es algo de extraño que esta pobre señora juzgase a la religión por el hombre y no quisiera tener ninguna? Sin duda alguna él es digno de censura, llamándose como se llamaba a sí mismo “el custodio de su hermano”, y aunque esto representa un caso extremado hace el ejemplo y la lección que de él se deriva más patente. Es una alabanza grande para Mahoma el que su esposa fuera su primer discípulo y ello dice infinidad de sus bondades y consideraciones en su hogar. En este sentido es un ejemplo que todos haremos bien en seguir, si queremos conseguir amigos y simpatizantes de la vida superior, pues aunque todos los sistemas religiosos difieren externamente “la esencia y substancia de todos es el Amor”.

CAPÍTULO XVIII

OBSTÁCULOS EN LA MARCHA

Con bastante frecuencia se hace la observación por gentes que no aman o simpatizan con nuestras aspiraciones de vivir la vida superior, de que ésta convierte a los hombres en inútiles para el trabajo del mundo. Desgraciadamente no se puede negar que haya aparentemente una justificación para que se expresen de este modo, aunque en realidad el primer requisito para vivir esta vida envuelve una obligación ineludible de comportarse irreprochablemente en los asuntos materiales, porque a menos de que seamos fieles en las cosas pequeñas, ¿cómo podemos esperar a que se nos confíen grandes responsabilidades? Por esta razón hemos juzgado conveniente el dedicar una lección a la discusión de algunas de las cosas que actúan como obstáculos de la marcha en la vida de los aspirantes.

En el relato de la Biblia en el que el Rey envía a sus sirvientes con invitaciones a la fiesta que ha preparado, se nos dice que su invitación fue rehusada de varios modos. Cada uno de ellos tenía cuidados materiales de comprar, vender, casarse y por lo tanto no podía atender a las cosas espirituales y tal gente puede decirse que representan a la gran mayoría de la humanidad del día, aquellos que están tan embargados en los cuidados del mundo que no pueden dedicar ni aún un pensamiento de aspiración hacia el camino elevado.

Pero hay otros que se vuelven tan entusiasmados al primer sabor de las enseñanzas superiores que están dispuestos a abandonar todo el trabajo del mundo, repudiar cualquiera obligación y dedicar todas las horas de su vida a lo que ellos llaman placenteramente “auxilio a la humanidad”. Todos ellos aceptarán sin esfuerzo que es necesario pasar algún tiempo para hacerse un relojero, zapatero, ingeniero o músico, y no se les ocurrirá siquiera soñar en abandonar sus ocupaciones profesionales para establecerse como relojero, zapatero, etc, justamente porque se sientan entusiásticamente inclinados hacia esas ocupaciones. Todos sabrían que su falta de preparación adecuada y propio entrenamiento les conduciría al fracaso, y sin embargo, piensan exactamente así sobre la vida superior; sencillamente creen que su entusiasmo de tales doctrinas les adaptará inmediatamente para abandonar su puesto del trabajo del mundo y dedicar su vida al servicio de su semejante, aunque sea en el grado más ínfimo del que realizó Cristo en Su Ministerio. Uno nos escribe al Centro General: “Yo he dejado de comer carne y anhelo vivir la vida de asceta, lejos del ruido del mundo que pesa sobre mí. Yo deseo dar mi vida por la humanidad”. Otro dice: “Yo deseo vivir la vida superior, pero tengo mi esposa que necesita de mis cuidados y sostén. ¿Cree usted que estaría justificado el dejarla para servir al prójimo?” Aún otro más que escribe: “Yo me ocupo en mi negocio que no es espiritual, todos los días debo hacer cosas pero están en pugna con mi elevada naturaleza, pero tengo una hija que depende de mí para su educación. ¿Qué debo hacer: continuar o abandonarla?”

Como es consiguiente hay otros muchos problemas que se nos presentan, pero éstos sirven como ejemplos preciosos porque representan un grupo que está dispuesto a

abandonar su trabajo del mundo a la menor palabra de ánimo y correr a las montañas en la esperanza de que han de nacerles alas inmediatamente, rompiendo las ataduras que les ligan y las obligaciones terrenales que se han creado, sin ningún escrúpulo ni un momento de meditación. Otro grupo aún nota alguna obligación, pero serían persuadidos fácilmente para repudiarlas con objeto de que pudieran vivir lo que ellos llaman “la vida espiritual”. No se puede negar que cuando las gentes pasan a este estado mental, cuando pierden su ambición de trabajar en el mundo, cuando se hacen perezosos y negligentes en el cumplimiento de sus deberes, merecen decididamente las censuras de la sociedad.

Pero como ya hemos dicho antes, semejante conducta está basada sobre una equívoca interpretación de las enseñanzas superiores y no está sancionada ni por la Biblia, ni por los Hermanos Mayores. Es un paso en la recta dirección cuando una persona cesa de alimentarse de carne, porque siente compasión por el dolor de los animales. Hay muchas gentes que se abstienen de la alimentación carnívora en gracia a la salud, pero constituyendo esto un motivo egoísta, el sacrificio este no constituye mérito. Cuando el aspirante a la vida superior está dispuesto a abstenerse de la alimentación cárnea porque comprende que la influencia refinadora de una dieta exenta de carnes sobre su cuerpo, le ayudará en su deseo de hacer a éste más sensitivo a las influencias espirituales, tampoco hay en ello un mérito real.

Ciertamente, la persona que se abstiene de alimentos cárneos por la salud obtendrá un gran beneficio, y la persona que no la toma por la razón de hacer más sensitivo su cuerpo, también alcanzará su recompensa en este sentido, pero desde el punto de vista espiritual ninguno de los dos producirán grandes resultados. Por otra parte, aquel que se abstiene de comer carne porque comprende que la vida de Dios es inmanente en todo animal igualmente como en él, que al final de cuentas Dios siente los sufrimientos sufridos por el animal, que es una ley divina la de “no matarás”, y por último, que debe abstenerse por la compasión que deben inspirarle los animales, sus hermanos menores en la evolución, tal persona no se beneficia solamente en salud y en hacer su cuerpo más sensitivo a los impactos espirituales, sino que debido a la razón que le anima, se prepara una recompensa en crecimiento de alma mucho más preciosa e incommensurable que cualquier otra recompensa. Así, pues, nosotros debemos abstenernos de comer carne por todas las razones, pero esforcémonos que sea por un recto motivo espiritual, o de lo contrario no afectará nuestros intereses una sílaba.

Cuando uno de esos entusiastas dice que desea retirarse del mundo y del ruido que le perjudica y sacude, para llevar una vida ascética, es ciertamente una extraña idea de servicio. La razón por la que estamos en este mundo es para que podamos obtener experiencias, que se transforman en crecimientos del alma. Si un diamante en bruto fuese colocado en un pozo por años y años no sería distinto que antes de echarlo, pero cuando se pusiera en contacto con la piedra de esmeril, el áspero proceso de pulimentación separaría hasta el último átomo de la capa de cieno y moho y daría lugar a la manifestación brillante de una bellísima y luminosa gema. Todos nosotros somos diamantes en bruto, y Dios es el Gran Lapidario, que utiliza el mundo a modo de piedra de esmeril que lava y quita nuestra costra dura y fea, permitiendo que el ego espiritual brille y se haga luminoso. Cristo fue un ejemplo viviente de esto. Él no se retiró de los centros de civilización, sino que se agitó constantemente entre el pobre y el abatido, enseñando, curando y ayudando hasta que por el glorioso servicio realizado, Su cuerpo se hizo luminoso en el Monte de la Transfiguración,

y Él, que había trazado el Camino, dijo a sus oyentes que “estuvieran en el mundo pero que no fueran de él”. Esta es la mejor lección que todo aspirante debe procurar aprender.

Una cosa es el irse a las montañas donde no hay nadie que nos contradiga o hiera nuestras susceptibilidades y mantener allí nuestro equilibrio, y otra cosa es el mantener nuestro equilibrio y ecuanimidad entre los hombres, donde todo nos excita, constriñe e irrita, así como mantener incólumes nuestras aspiraciones espirituales, pero cuando estamos en este terreno ganamos con ello un dominio propio que no es posible alcanzar de ninguna otra manera.

Sin embargo, aunque preparemos con exquisito cuidado nuestra alimentación y nos abstengamos de comer carne o cualquier otra sustancia contaminada externamente, aunque queramos ir a las montañas para escapar a las sórdidas condiciones de la vida y aunque deseemos separarnos de todas las cosas externas que puedan servir de obstáculos en el camino de nuestro progreso, todavía queda el punto más importante, es decir, las cosas que vienen de nosotros mismos, desde “adentro”, ¿qué diremos de los pensamientos que tenemos en nuestras mentes y de nuestro alimento mental? No nos servirá de nada el que alimentemos a nuestros cuerpos con néctar y ambrosia, el alimento etéreo de los dioses, cuando la mente es un osario, poblada de bajos pensamientos, pues entonces sólo seremos sepulcros blancos, bellísimos para ser contemplados desde afuera, pero llenos en su interior de hedores nauseabundos, y esta condición mental puede mantenerse tan fácilmente y aún mejor en la soledad de las montañas, o en los llamados retiros solitarios, que en una ciudad donde estamos ocupados y distraídos con nuestro trabajo y vocación. Es indudablemente una verdad el dicho de que “un cerebro desocupado es el taller del demonio”, y el camino más seguro de alcanzar una pureza interna y limpieza de corazón es el mantener nuestra mente ocupada todo el día, guiando nuestros deseos, sentimientos y emociones hacia los problemas prácticos de la vida y trabajando cada uno en su inmediato alrededor ambiente para encontrar al pobre y al necesitado sobre los que podemos hacer llegar nuestro auxilio cuando el caso lo requiera. Aquella clase o grupo que no tiene ataduras u obligaciones propias, puede crearlas mediante el amor o la amistad con aquellos que sean amorosos y amigos.

Pero en cuanto al cuidado de un familiar, esposa, hija, esposo o cualquier otro que requiere nuestro sustento, recordemos las palabras de Cristo cuando dijo: “¿Quién es mi padre o mi hermano?”, y contestó a su pregunta diciendo: “Aquellos que hacen la voluntad de mi padre.” Estas palabras han sido mal interpretadas por algunos que han supuesto que Cristo desdeñaba sus relaciones físicas por las espirituales, pero solamente es necesario recordar que en los últimos momentos de Su vida sobre la tierra llamó hacia Él a su discípulo bien amado y llevándole hacia Su Madre se lo dio como a su hijo y a San Juan le encargó el cuidado de ella como Su Madre. El amor es la fuerza unificadora de la vida y de acuerdo a las enseñanzas superiores estamos obligados a amar a nuestra especie, pero también a extender a todo lo demás de la naturaleza nuestro sentimiento amoroso. Es muy bueno que amemos a nuestros padres, pero debemos aprender también a amar a los padres de los demás como si fueran hermanas y hermanos, pues la fraternidad universal nunca será un hecho mientras nuestro amor individual quede confinado a nuestra familia. Nuestro amor debe incluir a todo. Hubo uno entre los discípulos de Cristo a quien Él amaba especialmente y siguiendo su ejemplo, también nosotros podemos hacer objeto de nuestras afecciones más tiernas a algunos, aunque bueno será que amemos a todos y les hagamos el

bien aun a aquellos que nos traten despiadadamente. Estos son ideales elevados y difíciles de ejecutar en nuestro presente estado de desarrollo, pero al igual que el marinero conduce su buque con auxilio de la estrella Polar y alcanza su puerto de salvación pero no la estrella en sí, así también nosotros, colocando muy altos nuestros ideales, viviremos vidas más nobles y mejores que si no tenemos aspiración alguna y con el tiempo y después de muchos nacimientos llegaremos indudablemente, porque la inherente divinidad que reside en nosotros lo requiere imperativamente.

Finalmente, entonces, para resumir, no importa realmente donde estamos colocados en la vida, si en una situación elevada o de otro modo. El ambiente actual con sus oportunidades y limitaciones es precisamente el que requieren nuestras necesidades individuales y elegido por nuestro propio destino con anteriores existencias. Por lo tanto, contienen precisamente la lección que debemos aprender para progresar ordenadamente. Si tenemos esposa, hijas, u otras relaciones familiares que nos atan a tales ambientes, deben ser consideradas como una parte de lo que nos ha tocado en suerte, o mejor dicho, algo que es necesario tener en cuenta y, si cumplimos con ellas nuestro deber, aprendemos la lección necesaria. Si, aun más, son antagónicas a nuestras creencias y opiniones, si no tienen simpatía hacia nuestras aspiraciones, si nos vemos precisados a trabajar en una profesión, por razón de ellas, o hacer cosas que no nos gustan, esto es porque debemos aprender algo de tales antipatías y el camino adecuado para el aspirante sincero es el mirar a tales condiciones valientemente, cara a cara, con la idea de averiguar qué es lo que hace que sean como son. Esto seguramente no será una cosa fácil. Puede que ello requiera semanas, meses o años para resolver este problema, pero si el aspirante toma pacientemente este trabajo, puede estar seguro que la luz se hará algún día, y entonces verá lo que es necesario hacer y el porque se le impusieron condiciones semejantes. Cuando haya aprendido esta lección o visto el propósito de ella, él podrá si tiene el espíritu preparado para ello, por medio de la oración sobrellevar su cruz, pues entonces verá que se halla en el sendero seguro y que es una seguridad absoluta de que tan pronto como la lección haya sido aprendida, se le abrirá un nuevo camino que le indicará el próximo paso en el sendero del progreso. De este modo los “obstáculos de la marcha” se convertirán en “escalones” lo que nunca hubiera ocurrido si los hubiéramos evitado. Relacionado con este asunto copiamos el bellissimo poema siguiente:

“No perdamos el tiempo en sueños
de brillantes, pero cosas imposibles.
No nos sentemos aguardando
a que nos nazcan las alas de ángel.
No nos burlemos de las lamparitas,
pues no todos podemos ser estrellas,
sino que cumplamos con nuestra obligación
brillando precisamente donde estemos.
Es tan necesaria la lámpara más pequeña
como el luminoso y brillante Sol;
y la más humilde hazaña se ennoblece
cuando se ha hecho con amor.
Quizás nunca se nos llame para iluminar

las tinieblas de aquellas lejanas regiones.
Así, pues, llenemos nuestro cometido
brillando precisamente donde estemos”.

CAPITULO XIX

LA ESCLUSA DE LA ELEVACIÓN

¿Ha visto el lector alguna vez a los buques cómo marchan por un canal y son elevados de un nivel a otro? Es un proceso muy interesante e instructivo.

Primeramente, el barco pasa a una esclusa donde el nivel del agua es el mismo que aquel de la parte del mar o río en que momentos antes navegaba. Entonces las compuertas de la esclusa se cierran y el buque se ve aislado del mundo externo por las altas paredes del encierro. No puede volver al río de la parte exterior; aún la luz está amortiguada a su alrededor; pero arriba las nubes movibles o el brillo del sol, nos indican su presencia dándonos tranquilidad. El buque tampoco puede elevarse sin auxilio y la ley de gravedad imposibilita al agua, en aquella parte del canal o río, que previamente había surcado el barco, el elevarse a un nivel superior, de aquí que no podamos esperar auxilio por este lado. También hay compuertas en la parte superior de la esclusa las cuales impiden que las aguas de los niveles superiores puedan inundar las esclusas inferiores, pues de este modo estas aguas se desbordarían en un momento y engullirían el buque que permanece en el nivel inferior, obedeciendo o conformándose a la misma ley de la gravedad. Sin embargo, es desde arriba de donde debe venir la fuerza si el buque debe subir a un nivel superior del río y, para hacer esto con seguridad de éxito, se envía un chorro muy pequeño hacia el fondo de la esclusa, con lo cual se sube al barco, muy lentamente y gradualmente pero con seguridad, hasta el nivel superior inmediato. Cuando este nivel se ha alcanzado, las puertas superiores pueden abrirse sin peligro para la nave y ésta puede surcar adelante sobre el seno expansivo del superior camino acuático. Entonces la esclusa se vacía lentamente y el agua que ella contenía se vierte a la otra parte por el nivel inferior, el cual se eleva igualmente como consecuencia de ello, pero ligeramente. La esclusa se halla entonces dispuesta para elevar otro barco.

Esta es, como se ha dicho al principio, una operación física muy interesante e instructiva, indicando como la destreza y el ingenio dominan grandes obstáculos por el uso de las fuerzas de la naturaleza. Pero esto es un manantial de aun mayor iluminación, en un aspecto espiritual de vital importancia para aquellos que aspiran y se esfuerzan en vivir la vida superior, porque ilustra el único método seguro por el cual el hombre puede elevarse del material, al mundo espiritual y confunde a los falsos maestros, quienes por una ganancia personal, juegan con los deseos en exceso ardientes del falto de preparación, y para aquellos que publican su habilidad para abrir las puertas de los mundos invisibles mediante la entrega de una cantidad por la iniciación. Nuestro ejemplo nos muestra que esto es un imposible porque lo prohíben las inmutables leyes de la naturaleza.

Con objeto de una más amplia dilucidación podemos llamar al río, el río de la vida, y nosotros como individuos somos los barcos que navegan por él; el río inferior es el mundo temporal y cuando le hemos surcado y cruzado a lo largo y a lo ancho durante muchas vidas, llegamos inevitablemente a la esclusa ascensional que está colocada al final.

Podemos durante más o menos tiempo detenernos a la entrada y mirar dentro, siendo impelidos por un anhelo interno para penetrar en ella, pero atraídos hacia el río de la vida por otro impulso, volvemos a él. Durante un tiempo largo esta esclusa ascensional, que es alta, se nos antojan sus paredes repelentes y solitarias, mientras que el anchuroso río de la vida se nos presenta alegre y acogedor, verdoso y lleno de barquichuelas semejantes a la nuestra y así de amorosas y gayas que lo cruzan de acá para allá, pero cuando la vehemencia interna llega a ser suficientemente intensa, finalmente nos lleva hacia la esclusa elevadora y nos llena de la determinación de no volver más al río de la vida mundanal. Pero aun en tal estado hay algunos que tienen miedo de cerrar la puerta tras de ellos; aspiran ardientemente, en ocasiones, hacia la vida del nivel superior, pero les parece que se hallan menos solos mirando hacia el lado del río de la vida del mundo y, algunas veces, permanecen en este estado durante varias vidas, extrañándose de no progresar, sin parar mientes en que si ellos no experimentan el influjo espiritual, es sencillamente porque no hay en sus vidas el deseo de la elevación.

Nuestro ejemplo esclarece el asunto mediante una razón tan simple; no importa cuanto pueda rogar y suplicar el capitán, el vigilante de la esclusa nunca pensará en dejar correr el chorro de agua desde arriba, hasta que la puerta de la esclusa haya sido cerrada tras el barco, porque el chorro no elevaría ni una pulgada a la embarcación bajo tales condiciones, sino que el agua correría por las puertas abiertas y se perdería en el río de la vida. Tampoco los guardianes de las compuertas de los mundos superiores abren el chorro de nuestra elevación, no importa cuán plañideramente podamos rogarles, hasta que por nosotros mismos hayamos cerrado la puerta del mundo detrás de nosotros y cerrándola muy fuertemente respecto a la lujuria de los ojos y al orgullo de la vida, los pecados que tan fácilmente nos vencen y los fomentamos en los licenciosos días mundanales. Debemos cerrar la puerta de todos ellos antes de que realmente estemos en un estado acondicionado para recibir el chorro ascensional, pero una vez que hayamos cerrado de este modo la puerta e irrevocablemente dirigido nuestro frente hacia adelante, empieza el descenso de la gracia espiritual sobre nosotros, lenta pero seguramente, al igual que el chorro de la esclusa eleva al barco. Pero habiendo dejado al mundo temporal con todos sus placeres detrás y habiendo dirigido nuestros pasos hacia los mundos espirituales, el anhelo y deseo del aspirante se hacen más intensos. A medida que pasa el tiempo nota un aumento en el vacío de los dos lados de sí mismo. El mundo temporal y sus cosas se han desprendido de él como si fuera un vestido; él puede hallarse en cuerpo en tal mundo, llenando sus deberes, pero ha perdido interés en él; está en el mundo pero no es de él; y en cambio, el mundo espiritual al cual aspira para gozar de su ciudadanía se presenta igualmente distante. Se halla completamente solo y su total ser llora y sufre dolor, anhelando la luz.

Entonces llega el turno del tentador: “Yo tengo una escuela de iniciación y estoy en situación de adelantar a mis discípulos mediante una cuota”, o palabras semejantes a éstas, pero generalmente más alucinadoras, más sugestivas, y ¿quién será capaz de censurar a los pobres aspirantes por caer en las redes de tales pretendientes? Afortunados pueden llamarse si, como generalmente es el caso, son sometidos simplemente a un ceremonial y concedidos un grado nulo y sin valor, pero alguna que otra vez se encuentran con uno que ha jugado realmente con la magia y es capaz de abrir las puertas de la corriente del nivel superior. Entonces el rápido descenso del poder espiritual sacude el sistema del desgraciado neófito,

como las aguas del río superiores hundirían al fondo de la esclusa a un barco, si un ignorante o malicioso abriera las compuertas.

El barco debe ser elevado lentamente en gracia a la seguridad y asimismo, debe el aspirante a la elevación espiritual aguardar paciente y persistentemente, siendo absolutamente indispensable la mayor constancia en el bien obrar, así como deben cerrarse las puertas de los placeres del mundo. Si se obra así conseguiremos el ascenso a las alturas de los mundos invisibles segura y ciertamente y podremos tener a nuestra mano todas las probabilidades y ocasiones para el desarrollo del alma que allí se encuentran, puesto que esto es un proceso natural gobernado por leyes naturales, justamente igual a la elevación de una nave a los niveles superiores de un río utilizando un sistema de esclusas.

¿Pero cómo puedo estar en la esclusa de elevación y servir a mi prójimo? Si el desarrollo del alma viene sólo por el servicio, ¿cómo puedo conseguirlo aislándome? Estas son preguntas que con toda naturalidad pueden hacerse a sí mismos los estudiantes. Para contestarlas debemos remarcar otra vez que nadie puede elevar a otro si no está él mismo en un nivel superior, no tan por encima que sea inalcanzable, sino suficientemente cercano para que esté dentro de la posibilidad de alcanzarle. Hay muchos, por desgracia, que profesan enseñanzas superiores, pero viven unas vidas semejantes al vulgo o aun bajo tal nivel. Sus asertos convierten a las enseñanzas elevadas en una mofa y atraen hacia ellas las burlas de los escépticos. Sin embargo, aquellos que “viven” las enseñanzas superiores no necesitan profesarlas por medio de la oratoria; se hallan aislados y en entredicho a despecho de ellos mismos y aunque con inconvenientes por los errores de los “profesionales” con el tiempo ganan la victoria y el respeto y la confianza de los que les rodean y, con el tiempo, inspiran a éstos el deseo de emularles, convirtiéndose, a despecho de sí mismos y, de este modo, consiguen por este servicio una grandísima elevación de alma. Ahora es la época del año (Navidad) cuando la cresta de la ola de poder espiritual envuelve al mundo, la cual culmina en el solsticio invernal, cuando Cristo renace en nuestro planeta, y aunque oprimido por las presentes condiciones de la deplorable guerra (desde el punto de vista limitado), la vida de Él que se nos da pródigamente debe ser más fácilmente atraída por el aspirante en esta estación para impulsar el desarrollo espiritual, por lo tanto, todo aquel que esté deseoso de alcanzar los niveles superiores hará bien en mostrar esfuerzos especiales en este sentido durante la época invernal.

CAPITULO XX

EL SIGNIFICADO CÓSMICO DE LA PASCUA

Primera Parte

En la mañana del Viernes Santo del año 1857, Ricardo Wágner, el artista consumado del siglo diecinueve, se hallaba sentado en la azotea de una villa suiza, al lado del lago de Zurich. El panorama que le circundaba se hallaba envuelto por una luz gloriosa de un día de sol diáfano: paz y buena voluntad parecía vibrar en toda la creación. Toda la naturaleza estaba saturada de vida y el aire estaba cargado con el perfume fragante de los bosques de pino, un bálsamo bienhechor para un corazón dolorido y una mente intranquila. Entonces, de repente, como si fuera una flecha disparada desde el cielo turquí, llegó a lo profundo del alma mística de Wágner una remembranza del ominoso significado de aquel día - el más tenebroso y triste del año cristiano -. Este recuerdo casi le hundió en la tristeza más profunda, viendo y contemplando el contraste. Había tal marcada incongruencia entre la sonriente escena que tenía delante de él, la actividad patente y observable de toda la natura, luchando por la renovación de su vida después del largo sueño letárgico del invierno y la lucha de la muerte del torturado Salvador en una cruz; entre el canto sonoro y a pleno pulmón de amor y vida que emitían los millares de pequeños cantores vestidos de plumas del bosque, zarzales y pradera y los ominosos alaridos de odio, lanzados por un populacho iracundo, contra el más noble de los ideales que el mundo ha conocido, al que escarnecían y denigraban; entre la maravillosa energía creadora manifestada por la naturaleza en la primavera y el destructor elemento del hombre que asesinó al carácter más noble que ha honrado a la Tierra. Mientras Wágner meditaba de este modo sobre las incongruencias de la vida, se le ocurrió la siguiente pregunta: ¿Hay alguna relación entre la muerte del Salvador sobre la cruz en la Pascua y la vital energía que se expresa tan pródigamente en la primavera cuando la naturaleza empieza a vivir su vida un nuevo año? Aunque Wágner no concebía ni comprendía conscientemente la total significación de la conexión entre la muerte del Salvador y el rejuvenecimiento de la naturaleza, sin embargo, había sin advertirlo dado en la clave de uno de los misterios más sublimes que ha encontrado el espíritu humano en su peregrinaje desde gusano hasta Dios. En la noche más oscura del año, cuando la tierra duerme más placentera en los brazos del frío boreal, cuando las actividades materiales están en su grado más inferior, una oleada de energía espiritual lleva en su cresta la divina creadora “Palabra desde el Cielo” para un “nacimiento místico” por Navidad y como una luminosa nube, el impulso espiritual flota sobre el mundo “que no lo conoció”, porque, “brilla en la oscuridad” del invierno cuando la naturaleza está paralizada y muda.

Esta divina “Palabra” creadora trae un mensaje y tiene su misión.

Nació para “salvar al mundo” y “para dar su vida por el mundo”. Debe por necesidad sacrificar su vida con objeto de conseguir el rejuvenecimiento de la naturaleza.

Gradualmente se “entierra por sí misma en la Tierra” y comienza a infundir su propia energía vital en los millones de semillas que permanecen dormidas en la Tierra. Esta energía susurra también la “palabra de vida” en las orejas de los animales y de los pájaros hasta que el evangelio de la buena nueva ha sido predicado a todas las criaturas. El sacrificio se consuma totalmente en la época en la que el Sol “cruza” su nodo oriental en el equinoccio de primavera. Entonces la divina Palabra creadora expira; “muere sobre la cruz en la Pascua” en un sentido místico, a la vez que prorrumpe en un grito triunfante: “consumatum est”. Ha sido consumado.

Pero al igual que el eco vuelve a nosotros muchas veces, así también el canto celestial de vida es repetido por la Tierra. Toda la creación se asemeja a una antena. Un coro de una legión de lenguas lo repite sin cesar. Las diminutas semillas en el seno de la Madre Tierra comienzan a germinar; se rompen y brotan en todas las direcciones y pronto un maravilloso mosaico de vida, una carpeta de verdor aterciopelado bordada con flores multicolores, reemplaza la inmaculada mortaja blanca invernal. Desde el animal de piel, hasta las aves de pluma, todas las tribus animadas responden y repiten el eco de la “palabra de vida” como un canto de amor que las impele a aparearse. La generación y la multiplicación es la consigna en todas y por todas partes “el espíritu ha resucitado” a una vida más abundante. De este modo, místicamente, podemos ver el nacimiento anual, la muerte y la resurrección del Salvador, como el flujo y reflujo de un impulso espiritual que culmina en el solsticio de invierno, Navidad, habiendo tenido su egreso desde la Tierra, un poco después de Pascua con ocasión de la “palabra” ascensión a los cielos en el domingo de Pentecostés. Pero no puede permanecer allí para siempre. Se nos ha dicho que “de allí retornará”, “para el juicio”. De este modo, cuando el Sol desciende por bajo del Ecuador, cruzando el signo de Libra en el mes de octubre, cuando los frutos del año están cosechados, distribuidos y acondicionados según su clase, el descenso del espíritu del nuevo año principia, culminando su descenso con el nacimiento de la Nochebuena. El hombre es una miniatura de la Naturaleza. Lo que pasa en una gran escala en la vida de un planeta como nuestra Tierra, toma lugar en menor grado en el curso de la vida del hombre. Un planeta es el cuerpo de un maravilloso y exaltado Ser, uno de los Siete Espíritus ante el Trono (del padre Sol). El hombre es también un espíritu y “hecho a su imagen y semejanza”. Al igual que un planeta revuelve en su cíclico paso alrededor del Sol, del cual ha emanado, así también el espíritu humano se mueve en una órbita alrededor de su central origen, Dios. Las órbitas planetarias, como son elipses, tienen puntos de mucha aproximación de una desviación extrema de sus centros solares. Igualmente la órbita del espíritu humano es elíptica. Nosotros estamos en estrecho contacto con Dios cuando nuestras jornadas cíclicas nos llevan dentro de la esfera de actividad celeste, el cielo, y nos vemos más separados de Él durante nuestra vida terrestre. Tales cambios son necesarios para el desarrollo de nuestra alma. Al igual que los festivales del año marcan los sucesivos acontecimientos de importancia en la vida de un Gran Espíritu, así también nuestros nacimientos y muertes constituyen sucesos de ocurrencia periódica. Es tan imposible para el espíritu humano el permanecer perpetuamente en el cielo, o sobre la Tierra, como lo es para un planeta el permanecer estacionado en su órbita. La misma inmutable ley de periodicidad que determina la ininterrumpida sucesión de las estaciones, la alternancia de la noche y del día, y el flujo o reflujo de las mareas, gobierna también la progresión del espíritu humano, ya en el cielo o sobre la Tierra. Desde los planos de luz celestial donde

vivimos en libertad, sin las limitaciones del tiempo, ni del espacio, donde vibramos al unísono con las armonías infinitas de las esferas, descendemos para nacer en el mundo físico, donde nuestra vista espiritual se halla oscurecida por el ropaje mortal que nos aferra a esta limitada fase de nuestra existencia. Nosotros vivimos aquí un poco, después morimos y ascendemos al cielo, para volver a nacer y morir otra vez. Cada vida terrestre es un capítulo en la serie de la historia de una vida, extremadamente humilde en sus comienzos, pero aumentando en interés e importancia según ascendemos a estados más y más elevados de responsabilidad humana. No es posible concebir un límite porque en esencia todos somos divinos y debemos, por lo tanto, desarrollar todas las posibilidades de un Dios durmiente que está latente en nosotros.

Cuando hayamos aprendido todo lo que este mundo debe enseñarnos, una órbita más ancha, una esfera mayor de utilidad sobrehumana nos dará ocasión de emplear nuestras capacidades.

“Construye, alma mía, mansiones más estables. Conforme se deslizan los tiempos y abandona tu inferior paso abovedado. Haz que el nuevo templo sea más noble que el último, sal del cielo con una cúpula más vasta, hasta que por fin estés en libertad, dejando tu concha por un mar de vida sin reposo.”

Así dice Oliver Wendell Holmes, comparando la progresión en espiral con el caparazón enroscado que se va ensanchando, gradualmente, cada vez más de un caracol, con la expansión de conciencia que es el resultado del desarrollo del alma en un ser humano evolutivo.

“¿Pero qué hay acerca de Cristo?, quizá pregunte alguno. “¿No cree usted en él? Usted está disertando acerca de la Pascua Florida, la fiesta que conmemora la cruel muerte y la gloriosa, triunfadora resurrección del Salvador, pero no obstante, parece que usted le considera a Él más desde un punto de vista alegórico, que desde un hecho real.”

Ciertamente nosotros creemos en el Cristo; le amamos con todo nuestro corazón y toda nuestra alma, pero deseamos patentizar la creencia de que Cristo es el primer fruto de la raza. Él nos dijo que nosotros haríamos las cosas que Él hizo y, “aun mayores”. Así, pues, nosotros somos Cristos en formación.

“Aunque Cristo nazca en Belén mil veces, y no dentro de ti, tu alma se perderá. La cruz del Gólgota buscas en vano, al menos que en ti mismo se eleve.”

Esto proclamó Angelus Silesius, con una verdadera intuición mística de los requisitos esenciales para el logro de nuestros deseos. Estamos muy acostumbrados a buscar a un Salvador externo mientras que albergamos en nuestro pecho un demonio, pero hasta que Cristo se forme en nosotros, como dice San Pablo, le buscaremos en vano, puesto que al igual que nos es imposible el percibir la luz y el color, aunque se hallen a nuestro alrededor, a menos que nuestro nervio óptico registre sus vibraciones, y así como también permanecemos inconscientes del sonido cuando el tímpano de nuestro oído está insensible, así también permaneceremos ciegos de la presencia de Cristo y sordos a su voz, hasta tanto que no elevemos nuestras durmientes naturalezas espirituales internas.

Pero una vez que estas naturalezas hayan sido despertadas, ellas sentirán el Amor del Señor como una realidad primordial, puesto

que se basa en el principio de que cuando se hace vibrar a un diapasón, otro de igual temple comenzará a vibrar también si está colocado a una distancia conveniente, mientras que dos diapasones de distinto temple permanecerán mudos al ser herido uno cualquiera de ellos. Por todo lo cual, Cristo dijo que Sus ovejas conocían el sonido de la voz de El y respondían, pero que no oían la voz del extraño. (San Juan 10:5). No importa nuestra filiación religiosa, o nuestros credos, todos somos hermanos de Cristo y así regocijémonos ¡el Señor ha resucitado! Busquémosle, pues, a Él y olvidemos nuestros credos y otras diferencias de menor cuantía

CAPÍTULO XXI

EL SIGNIFICADO CÓSMICO DE LA PASCUA

Segunda Parte

Una vez más hemos alcanzado el acto final en el drama cósmico que envuelve el descenso del solar rayo de Cristo dentro de la materia de nuestra Tierra, el cual se completa al nacimiento místico, que se celebra por la Navidad y la muerte mística con su Liberación, que se conmemora muy poco después del equinoccio vernal cuando el sol del año nuevo comienza su ascenso hacia las esferas superiores de los cielos nórdicos, una vez que ha exhalado su vida para salvar a la humanidad y dar nuevo vigor a todas las cosas sobre la Tierra. En esta época del año una vida nueva, un aumento de energía circula con fuerza irresistible por las venas y arterias de todos los seres vivientes, inspirándolos, inyectándoles nuevas esperanzas, nuevas ambiciones, nueva vida, e impeliéndolos hacia nuevas actividades por las cuales puedan aprender nuevas lecciones en la escuela de experiencias, que es la vida. Consciente o inconscientemente para los que nos aprovechamos de ello, este manantial de energía vigoriza todas las cosas dotadas de vida. Aun las plantas responden por medio de un aumento de circulación de savia, que resulta en un nuevo resurgir de hojas, flores y frutos, que son los medios de expresión de esta especie de vida actualmente y el camino para subir a un plano superior de conciencia.

Pero a despecho de cuan hermosas son estas manifestaciones externas físicas y cuan gloriosa pueda llamarse a esta transformación que convierte a la Tierra de una llanura de nieve y hielo, en un hermoso y florido jardín, palidece y se reduce a la nada ante las actividades espirituales que se manifiestan a la vez y paralelamente. Las características salientes del cósmico drama son idénticas respecto a la época, con los efectos materiales del Sol en los cuatro signos cardinales, llamados Aries, Cáncer, Libra y Capricornio, porque los sucesos más significativos ocurren durante los equinoccios y solsticios. Es una verdad real y positiva que “en Dios vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”. Fuera de Él no podríamos existir; vivimos por y a través de Su vida; nos movemos y actuamos por y por medio de Su fortaleza. Es Su fuerza la que sostiene nuestra morada, la Tierra, y sin sus esfuerzos, sin vacilaciones, sin mudanzas y sin dudas, el Universo mismo se desintegraría. Se nos ha enseñado que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios y estamos dados a suponer que con arreglo a la ley de analogía, estamos en posesión de ciertas fuerzas latentes dentro de nosotros mismos, las cuales son similares a aquellas que vemos, tan poderosamente manifestadas, en el trabajo de la Deidad en el Universo. Esto nos da un interés especial en el drama cósmico anual que envuelve la mente y la resurrección del Sol. La vida del Hombre-Dios, Jesucristo, fue amoldada de conformidad con la historia solar y refleja de una manera idéntica todo lo que puede suceder al Hombre-Dios, el cual, este Jesucristo profetizó, diciendo: “Las obras que yo hago las haréis también vosotros, y aún más grandes serán las obras que vosotros haréis; donde ahora voy no podéis ir vosotros,

sino que me seguiréis después.” La naturaleza es la manifestación simbólica de Dios. Nada hace ésta en vano o arbitrariamente, sino que hay un propósito definido detrás de cada acción. Así pues, debemos estar alerta y pensar detenidamente en los astros de los cielos, porque ellos tienen un significado profundo e importante con referencia a nuestras vidas propias. La inteligente comprensión de tales finalidades nos capacita para trabajar más eficazmente con Dios en Sus esfuerzos maravillosos para la emancipación de nuestra raza de las ataduras de las leyes de la naturaleza, y mediante esta liberación llegar a la estatura de los hijos de Dios, coronados de gloria, honores e inmortalidad y libres del poder del pecado y de la enfermedad y sufrimiento, que ahora nos encadena y constriñe nuestras vidas, por la razón de nuestra ignorancia y de no aceptar ni conformarnos con las leyes de Dios. La finalidad divina demanda esta emancipación, pero para ser realizada bien por el largo y tedioso proceso de la evolución, o bien por el más inmensamente rápido sendero de la Iniciación, depende sobre la medida en que estemos dispuestos a prestar nuestra cooperación. La mayoría de la humanidad pasa la vida de modo que aunque tiene ojos no ve, y aun con oídos no oye. Se halla absorbida en sus negocios materiales, comprando, vendiendo, trabajando y divirtiéndose sin una comprensión adecuada, o una apreciación de la finalidad de la vida y aunque le fuere descubierta es muy probable que no se adaptara ni conformara a ella, debido al sacrificio que todo ello implica.

Por esta razón no es de extrañar que Cristo se dirija especialmente al pobre, que Él dijera la gran dificultad que hay para que el rico entre en el Reino de los cielos, pues aun hoy día en el que la humanidad ha avanzado en la escuela de la evolución dos mil años desde aquella fecha, vemos que la gran mayoría todavía aprecia más sus casas y tierras, sus bellos sombreros y gorras, los placeres de la sociedad, bailes y banquetes que los tesoros del cielo que se hallan adornados con sacrificios y favores al prójimo. Aunque los hombres puedan intelectualmente percibir las bellezas de la vida espiritual, sus deseos se reducen a la nada ante sus ojos cuando se compara a estas bellezas con el sacrificio que envuelve su consecución. Al igual que el joven rico, ellos desearían seguir a Cristo si no hubiera que sacrificar tantas cosas. Prefieren mejor el abandonar al Maestro cuando se dan cuenta de que el sacrificio es la única condición requerida para poder entrar al Discipulado. Así pues, para ellos la Pascua es simplemente una estación de alegría porque indica el fin del invierno y el comienzo del verano, que permite hacer excursiones al aire libre y otros mil placeres.

Pero para aquellos otros que han elegido definitivamente el sacrificio de la abnegación y sacrificio que conduce a la liberación, la Pascua es el signo anual que les evidencia las bases cósmicas de sus esperanzas y aspiraciones, como San Pablo tan propiamente expresa, en aquel glorioso capítulo 15º de la primera Epístola a los Corintios. “Si Cristo no se levantara, entonces nuestros ruegos serían en vano, así como vuestra fe sería en vano también.” “Vosotros y yo hemos sido declarados como falsos testigos de Dios, porque hemos testificado que Dios ha resucitado a Cristo, quien no ha resucitado porque los muertos no resucitan.”

“Porque si los muertos no resucitan, Cristo tampoco puede resucitar.” “Y si Cristo no resucitara, vuestra fe sería en vano y vosotros estaréis aun en vuestros pecados.”

“Si en esta vida solamente hemos esperado en Cristo, entonces todos somos hombres lo más miserables.”

“Si como hombres hemos combatido con las bestias en Efeso, ¿qué ventajas tendríamos si los muertos no resucitaran?”

“Pero ahora Cristo está elevándose de entre los muertos y tocamos los primeros frutos de aquellos que dormían.”

Pero en el Sol de la Pascua, que en el equinoccio invernal comienza a navegar por los cielos del Norte, después de haber dado su vida por la Tierra, tenemos el símbolo cósmico de la verdad de la resurrección. Cuando lo consideramos como un hecho cósmico en conexión con la ley de analogía que enlaza el macrocosmos con el microcosmos, es una esperanza y seguridad de que algún día todos nosotros conseguiremos la consciencia cósmica y conoceremos positivamente por nosotros mismos y por propia experiencia de que no hay muerte, sino que lo que parece así es solamente una transición hacia esferas más perfectas.

La Pascua es un símbolo anual para robustecer nuestras almas en el bien obrar, para que podamos tejer el velo dorado nupcial que es necesario para convertirnos en hijos de Dios en el sentido más alto y más puro. Es literalmente verdad la de que a menos que “caminemos en la luz, al igual que Dios está en la luz”, no estamos en la verdadera fraternidad; pero haciendo los sacrificios y rindiendo los servicios que se nos requiere para contribuir a la emancipación de la raza, estamos construyendo los cuerpos del alma de radiante amarilla luz, la cual es la sustancia especial emanada del y por el Espíritu del Sol, el Cristo Cósmico. Cuando esta sustancia dorada nos ha envuelto con suficiente densidad, entonces seremos capaces de imitar al Sol de la Pascua y navegar por esferas más elevadas.

Con estos ideales impresos firmemente en nuestras mentes, la época de la Pascua se convierte en una estación propicia para revisar nuestra vida pasada durante el año precedente y tomar nuevas resoluciones para la próxima estación con las cuales apresurar el desarrollo de nuestra alma. Es una estación en la que el símbolo del Sol ascendente, nos debe conducir hacia una más sutil concepción del hecho de que somos peregrinos y forasteros en esta Tierra; que nuestro hogar verdadero como espíritus está en el cielo y que debemos esforzarnos en aprender las lecciones en esta escuela de la vida tan rápidamente como sea consistente en relación con un adecuado servicio, para que el día de la Pascua marque la resurrección y liberación del Espíritu de Cristo de los planos inferiores; para que podamos continuar mirando por la alborada de aquel día en que nos veamos perfectamente libres de los lazos de la materia, del cuerpo de pecado y muerte, juntos con nuestros hermanos de galeras, pues ningún aspirante sincero puede concebir una liberación que no incluya a todos los que se hallen situados en iguales condiciones. Esta es una tarea gigantesca; la contemplación de ella puede acobardar al corazón más bravo y la que, si nos viéramos completamente solos, no podría ser realizada; pero las jerarquías divinas que tienen a su cargo la dirección de la humanidad por el sendero de la evolución, desde el principio de la carrera, están todavía activamente trabajando con nosotros desde sus mundos siderales y, con su ayuda, seremos capaces oportunamente para conseguir esta elevación de la humanidad en su totalidad y alcanzar una condición de gloria, honor e inmortalidad. Teniendo esta esperanza presente dentro de nosotros mismos para esta gran misión en el mundo, trabajemos con un mayor entusiasmo para hacernos mejores miembros de la sociedad, para que, con nuestro ejemplo, hagamos a otros despertar el deseo de llevar la vida que conduce a la liberación.

CAPÍTULO XXII

EL CRISTO RECIÉN NACIDO

Se ha dicho repetidas veces en nuestra literatura que el sacrificio de Cristo no es un acontecimiento que, empezando en el Gólgota, fuera efectuado en unas cuantas horas de una vez y terminado. No, nada de eso, sino que los nacimientos místicos y muertes del Redentor son continuas ocurrencias cósmicas. Podemos, por lo tanto, decir que este sacrificio es necesario para nuestra evolución física y espiritual durante la presente fase de nuestro desarrollo. Según se aproxima el nacimiento anual del niño Cristo, se presenta un siempre joven, un siempre nuevo tema de meditación, del cual podemos aprovecharnos dedicándole una oración, que pueda encender en nuestros corazones, una luz nueva para guiarnos por el sendero de la regeneración. El inspirado apóstol nos dio una maravillosa definición de la Deidad cuando dijo: “Dios es luz” y por lo tanto, la “luz” ha venido siendo usada para ilustrar la naturaleza de lo divino en las enseñanzas Rosacruces, especialmente, respecto al misterio de la Trinidad en la Unidad. Se enseña claramente en las Santas Escrituras en todos los momentos que Dios es uno e indivisible. Al mismo tiempo vemos que al igual que la luz blanca se refracta en tres colores primarios, rojo, amarillo y azul, así también Dios aparece en un triple aspecto durante la manifestación, por el ejercicio de las tres divinas funciones de “creación, preservación y disolución”.

Cuando Él ejercita el atributo de la “creación”, Dios se nos aparece como Jehová, el Espíritu Santo. Entonces es el Señor de la ley y la regeneración, y proyecta el principio solar fertilizante “indirectamente” a través de los satélites lunares de todos los planetas, donde es necesario, para proveer cuerpos para los seres evolucionantes.

Cuando Él ejercita el atributo de la “preservación” con el propósito de sustentar los cuerpos generados por Jehová bajo las leyes de la Naturaleza, Dios se nos aparece como el Redentor “Cristo”, e irradia los principios del amor y regeneración “directamente” dentro de cualquier planeta en el que las criaturas de Jehová requieran su ayuda para desprenderse de las redes de la mortalidad y egotismo con objeto de alcanzar el altruismo y una vida de desinterés.

Cuando Dios ejerce al atributo divino de la “disolución”, Él se nos aparece como “El Padre” que nos llama hacia nuestro hogar celestial para asimilar los frutos de la experiencia y del desarrollo del alma que hemos cultivado durante este día de manifestación. Este solvente Universal, el rayo del Padre, emana del Sol Espiritual Invisible.

Estos procesos divinos de creación y nacimiento, de preservación y vida, y de disolución, muerte y retorno al autor de nuestro ser, los vemos en todas partes a nuestro alrededor, y reconocemos el hecho de que son actividades del Dios Trino en manifestación. Pero hemos concebido alguna vez que en el mundo espiritual no hay sucesos definidos, estáticas condiciones; que el principio y el fin de todas las aventuras y todas las épocas se hallan presentes en un eterno “aquí” y “ahora”. Desde es seno del Padre hay un

derramamiento eterno de la esencia de los seres y de las cosas, que penetra en los reinos del “tiempo” y del “espacio”. Allí gradualmente se cristaliza y se hace inerte, necesitando de la disolución para que pueda dar lugar y dejar espacio para otras cosas y otros eventos.

No hay escapatoria para esta ley cósmica y conviene a todas las cosas en el reino del tiempo y del espacio, el rayo de Cristo incluso. Al igual que el lago que se vierte por sí solo en el océano, se vuelve a llenar cuando el agua que le dejó se ha evaporado y vuelve a él en forma de lluvia, para correr otra vez incesantemente hacia el mar, así el espíritu del Amor nace eternamente del Padre, día tras día, hora tras hora, corriendo sin fin dentro del Universo solar para redimirnos del mundo de materia que nos aherroja con su garra mortal. Ola tras ola y de este modo impelido desde el Sol hacia todos los planetas dando un rítmico anhelo a las criaturas que allí evolucionan. Asimismo en el más literal y verídico sentido de la palabra “un Cristo recién nacido” que nosotros ensalzamos en cada fiesta de Nochebuena y Navidad es el acontecimiento anual más destacado para toda la humanidad, ya lo comprendamos o no. Esto no es meramente una conmemoración del nacimiento de nuestro amado Hermano Mayor, Jesús, sino también de la vida del rejuvenecedor Amor de nuestro Padre Celestial, enviado por Él para redimir al mundo del cepe mortal del invierno. Sin esta nueva infusión de vida y energía divina, pronto pereceríamos físicamente y nuestro ordenado progreso se frustraría, por lo menos en cuanto concierne a nuestras presentes líneas de desarrollo. Este es un punto que debemos esforzarnos por concebir plenamente con objeto de que podamos aprender a considerar la Navidad tan sutilmente cuanto nos sea posible.

Nosotros podemos aprender una lección en este respecto, así como en otros muchos, de nuestros hijos o de las reminiscencias de nuestra niñez. ¡Con cuánto ardor y celo esperábamos la aproximación de la fiesta! ¡Cuán vehemente esperábamos la hora en la que deberíamos recibir los regalos que sabíamos nos habían de traer los Reyes Magos, el bienhechor universal misterioso, que nos traía los juguetes! ¿Qué hubiera pasado por nosotros si nuestros padres nos hubieran traído las desmembradas muñecas y los tambores rotos del día anterior? Seguramente hubiéramos sentido como si una dolorosa desgracia se cerniese sobre nosotros y una profunda sensación de confianza o esperanza fallida se hubiera apoderado de nosotros, la cual aun el tiempo hubiera curado difícilmente; pues bien, todo esto hubiera sido nada, comparado con la calamidad cósmica que hubiese caído sobre la humanidad, si nuestro Padre Celestial deja de disponer el recién nacido Cristo como nuestro regalo cósmico de Navidad.

El Cristo del año pasado no puede salvarnos del hambre física, así como tampoco la lluvia del último año no puede apagar la sed de nuestras tierras otra vez y hacer germinar los millones de semillas que duermen en la tierra, aguardando las actividades germinadoras de la vida del Padre, para empezar su desarrollo; el Cristo del año pasado no puede encender en nuestros corazones nuestras pesquisas hacia la luz y la verdad, así como tampoco el calor del verano pasado no puede calentarnos ahora. El Cristo del año pasado nos dio Su vida y Su amor hasta agotarse sin rasero ni medida; cuando nació en la Tierra la última Navidad, imbuyó con vida a las semillas aletargadas que crecieron y, graciosamente, llenaron nuestros graneros con el pan de la vida física; Él derrochó el Amor recibido del Padre sobre nosotros y una vez que hubo empleado completamente Su vida por nosotros, Él murió en la Pascua para elevarse nuevamente al padre, al igual que el río evaporado asciende hasta las nubes.

Pero eternamente también mana el amor divino y al igual que un padre compadece a sus hijos, así nuestro Padre Celestial nos compadece a nosotros, pues Él conoce nuestras dependencias y fragilidades físicas y espirituales. Por lo tanto, ahora aguardamos confiadamente el nacimiento místico del Cristo de otro año, repleto de nueva vida y amor, enviado por el Padre para preservarnos del hambre física y espiritual que se produciría si no fuera por esta renovación anual.

Las almas jóvenes encuentran dificultades para acostumbrar a sus mentes la personalidad de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo y hay algunas que no pueden amar más que a Jesús, el hombre. Olvidan a Cristo, al Gran Espíritu, quien nos introdujo en una era en la cual las naciones establecidas bajo el régimen de Jehová, serán deshechas, para que la estructura sublime de una Fraternidad Universal pueda ser edificada sobre sus ruinas. Con el tiempo todo el mundo comprenderá que “Dios es un espíritu, que debe ser amado en espíritu y en verdad”. Es perfectamente bueno amar a Jesús e imitarle y nosotros no conocemos un ideal más noble y valioso. Si se pudiera hallar alguien más noble, no se hubiera elegido a Jesús para que sirviera de vehículo a aquel Gran Ser, Cristo, en quien moraba la Divinidad. Haremos muy bien por lo tanto si seguimos “Sus pasos”.

Al mismo tiempo debemos exaltar a Dios en nuestras conciencias aceptando la afirmación de la Biblia de que Él es espíritu y de que no debemos hacer de Él ni estatuas, ni pinturas, puesto que no tiene semejanza en cielos ni Tierra. Podemos ver los vehículos físicos de Jehová rodeando como satélites a los planetas; podemos también ver al Sol, el cual es el vehículo visible de Cristo y, el origen de todo, aparece hasta para los más grandes videntes solamente como una octava superior de la fortaleza del Sol, un anillo de una luminosidad azul-violácea detrás del sol. Pero no necesitamos ver, podemos muy bien sentir su amor y, este sentimiento, nunca es tan intenso como por Navidad, cuando nos hace el más preciado regalo, el Cristo del año nuevo.

CAPITULO XXIII

POR QUE SOY ESTUDIANTE ROSACRUZ

Frecuentemente sucede encontrar a alguien que aprovecha la oportunidad de explicar públicamente por qué es Bautista, Metodista o Cristiano Científico, o por qué profesa cualquiera otra fe. A menudo nos han preguntado nuestros estudiantes, para explicarlo mejor a sus asociados, por qué han abrazado las enseñanzas de los Hermanos Mayores, dadas por conducto de “La Fraternidad Rosacruz,” en vez de cualquier otra. Por tanto, nos esforzaremos en resumir sucintamente las razones que nos parecen suficientes, pero los estudiantes indudablemente encontrarán otras razones igualmente buenas, o mejores, que ellos pueden añadir verbalmente a lo que sobre el particular sea dicho. Debería explicarse claramente, ante todo, que los estudiantes de “La Fraternidad Rosacruz,” no se llaman a sí mismos Rosacruces, sino que tal título se aplica solamente a los Hermanos Mayores, que son los hierofantes de las Sabias Enseñanzas del Oeste, y cuya elevación está por sobre el santo más grande que hubiese vivido, desde el punto de vista de su desarrollo espiritual, así como el santo está sobre el más vulgar de los adoradores de fetiches. Cuando la barca de nuestra vida navega ligera sobre el dulce mar en calma, sostenida suavemente por las hermosas brisas de la salud y de la prosperidad; cuando los amigos están siempre prontos a ayudarnos en los placeres que aumentarán nuestra alegría en los bienes de este mundo; cuando los favores sociales o los poderes políticos nos son conferidos en cualquier esfera en que nuestras inclinaciones se expresen, entonces, podemos decir sin temor de equivocarnos, con toda el alma: “Este mundo es bastante bueno para mi.” Pero cuando el mar de los sucesos cambie el placer en padecer; cuando el viento fuerte de la adversidad nos estrellé contra la rocallosa orilla del desastre y la ola del sufrimiento nos envuelva; cuando los amigos nos hayan abandonado y toda ayuda humana esté tanto lejos como inaccesible, entonces, como hace el marinero cuando lucha con el ímpetu de las olas, buscaremos la guía en las estrellas.

Pero cuando el navegante investiga el cielo en busca de una estrella cuya luz pueda guiarle, halla que todo el cielo se encuentra en movimiento y que el seguir una de las miríadas de estrellas visibles sería desastroso. El requisito de la estrella capaz de guiar, que estriba “su perfecta inmovilidad y firmeza, no está sino en la Estrella Polar.”

Mediante la luz de la Estrella Polar el marinero puede llevar con plena seguridad su navío y conducirlo al puerto del reposo y de la salvación. Igualmente quien busque una guía, en la que pueda confiar en los días de dolor, debe abrazar una religión fundada sobre leyes eternas y con principios inmutables, que puedan explicar el misterio de la vida de una manera lógica, para que su intelecto esté satisfecho, y que, a la vez, contenga un sistema de devoción que pueda satisfacer al corazón.

Intelecto y corazón: dos factores gemelos de la vida que deben satisfacerse igualmente. Sólo cuando el hombre tiene una concepción clara del esquema del desarrollo humano, está en grado de colocarse en línea con él; y cuando él ha comprendido que ese

esquema es benéfico y benévolo en el más alto grado, que el conjunto está en verdad regido por el amor divino, entonces, tarde o temprano el entendimiento producirá en él una devoción verdadera y una cordial aquiescencia que se modificará en el deseo de llegar a ser un cooperador con Dios en la labor del Mundo.

Cuando almas anhelantes se acercan a la puerta de la iglesia demandando una tregua al dolor, no pueden satisfacerse con la respuesta de que es la voluntad de Dios que sufran en este mundo; que El, en su Divina Providencia, ha visto que lo ameritan, y que ellos debían tomar el sufrimiento como un indicio de Su Amor para con las criaturas, y que debían estar contentos no importa lo que sucediese. Ellos no pueden ver que la Divinidad hace justicia cuando El hace a algunos ricos y a muchos pobres; a unos pocos saludables y a muchos enfermizos. Muy a menudo es evidente que la iniquidad es próspera mientras que la rectitud está en harapos.

Las enseñanzas Rosacruces dan una idea clara y lógica del mundo y del hombre; invitan a la discusión en vez de rehuirla; de manera que quien busca la verdad espiritual puede satisfacer ampliamente su intelecto, y las explicaciones que recibe son tan estrictamente científicas como reverentemente religiosas. Nos relatan los problemas de la vida sujetos a leyes tan inmutables en su esfera de acción, como inmutable es en el cielo la Estrella Polar.

Cuando la Tierra gira sobre su eje con una velocidad de mil millas por hora, nosotros permanecemos en pie sobre su superficie, porque el principio de gravedad impide que seamos arrojados dentro del espacio por la terrible velocidad. Sabemos que esa ley de gravedad es eterna; que no está en vigor hoy para suspenderse mañana. Cuando penetramos en un ascensor hidráulico permanecemos seguros sobre una columna de agua, porque este fluido ejerce menos presión que los sólidos, y esta propiedad fue la misma ayer, lo es hoy y será siempre. Si esta acción se suspendiera, aunque fuera por unos pocos minutos, miles de personas morirían; pero que esa ley es firme y constante lo creemos implícitamente.

La ley de causa y efecto es también inmutable. Si arrojamos al aire una piedra, el acto no se completa sino hasta que por la gravitación aquella vuelve a la tierra. “Lo que el hombre siembra, recoge”, es el modo como esta ley se expresa en el reino moral. “Los molinos de Dios muelen muy despacio, pero muy fino,” y una vez que un acto se ha verificado, vendrá la reacción en cualquier día o de cualquiera manera, ni más ni menos que como la piedra que se arroja al aire vendrá a tierra.

Es manifiesto que no todas las causas que nos impulsan en la vida tienen su efecto en la presente existencia, y de ahí se deduce que ellas deben producir sus efectos en alguna parte o en algún otro tiempo, a menos que se invalidara la ley; cosa que sería tan imposible como que la gravitación pudiera suspenderse, con lo cual el Cosmos vendría a caer en el caos. La filosofía Rosacruz explica esto estableciendo que el hombre es un espíritu que concurre a la Escuela de la Vida con el propósito de desarrollar su latente poder espiritual, y que con este fin vive muchas vidas en cuerpos terrestres, cada uno de contextura más fina que el anterior, lo cual lo capacita para expresarse mejor y mejor. En los primeros grados de esta escuela de evolución, el hombre viene a la escuela en la mañana de su infancia y le son dadas lecciones que estudia, y por la noche, cuando la fiel aya de la naturaleza, la Muerte, viene a dormirlo, ya puede descansar de sus labores hasta al amanecer de un nuevo día cuando recibe un nuevo cuerpo infantil y emprende nuevas lecciones.

Cada día la Experiencia maestro de su escuela, le ayuda a aprender nuevas lecciones, y gradualmente viene haciéndose más y más proficiente. Algún día habrá completado este estudio, que así como enseña a usar cuerpos, enseña a formarlos. Así, pues, cuando vemos a alguien que demuestra pocas facultades, sabremos que es un alma joven que ha frecuentado muy poco a la escuela de la vida; y cuando encontramos un hermoso carácter, veremos en él un alma grande, que ha pasado mucho tiempo practicando sus lecciones. Por lo tanto, no desesperemos de la bondad de Dios cuando miremos las desigualdades de la vida, porque sabremos que algún día todos seremos perfectos, como perfecto es nuestro Padre Celestial. Las enseñanzas Rosacruces también quitan la espina del dolor que nos causa la más grande prueba: la pérdida de nuestros seres queridos y aun los que se han descarriado. Es un hecho que “en Dios vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”; así es que si una sola alma se perdiese, una parte de Dios se perdería, y tal proposición es absolutamente imposible. Bajo la ley inmutable de causa y efecto, estamos destinados a encontrar esos seres en lo futuro, bajo otras circunstancias, y el amor que nos une continuará siempre hasta completar su más alta expresión. Las leyes de la naturaleza serían violadas si una piedra arrojada desde la tierra se suspendiera en la atmósfera, y bajo esas leyes inmutables, aquellos que pasan a esferas más elevadas, deberían regresar. Cristo dijo “Necesario os es nacer otra vez,” y “Si voy a mi Padre, volveré.” Pero aunque nuestra razón pueda llegar hasta los misterios de la vida, hay, sin embargo, un estado más elevado: el actual conocimiento directo, que es aún el más alto grado de conciencia capaz de verificar las precedentes consideraciones por medio del sexto sentido latente en nuestro ser, que nos haría aptos para ver los mundos espirituales tan claramente como vemos el mundo temporal.

Este sexto sentido se desenvuelve en todo el curso de la evolución, y hay algunos medios de desarrollarlo ahora para aquellos que se tomen el trabajo y tiempo necesarios. Algunos han llegado a este fin, y ellos nos hablan de sus viajes en el mundo del alma. Nosotros les creemos al igual que a aquellos que han viajado por África o Australia y nos hablan de aquellas tierras. E igualmente que nosotros podemos decir nosotros conocemos que la Tierra gira sobre su eje y describe una órbita alrededor del Sol porque así lo dicen los científicos que han hecho tales investigaciones y cálculos que establecen esos hechos, así también decimos que sabemos que el muerto vive, y que nosotros muertos o vivos, en el cuerpo o fuera de él, descansamos en el Amor de nuestro Padre que está en los Cielos, “sin cuya Voluntad ni aún el más leve pajarillo cae a tierra;” que El cuida de todos y guía nuestros pasos de acuerdo con sus planes a desarrollar en lo posible nuestros poderes espirituales hasta la más elevada potencialidad.

Así por cuanto da lógica satisfacción al alma la filosofía de la vida dada por los Rosacruces, nosotros seguimos sus enseñanzas con preferencia de otros sistemas e invitamos a otros quienes deseen una porción de sus bendiciones a la investigación de éstas.

CAPITULO XXIV

EL OBJETO DE LA FRATERNIDAD ROSACRUZ

El objeto de la Fraternidad Rosacruz ha sido definido claramente en nuestra literatura, añadiendo que tiene los medios por los cuales existe la esperanza de alcanzar el fin propuesto, pero como contestación a las muchas preguntas que se nos han dirigido en demanda de un relato breve y conciso, queremos dedicar este artículo a esta materia.

El mundo es la escuela de enseñanza de Dios. Durante el pasado hemos aprendido a construir vehículos diferentes y entre otros el cuerpo físico. Mediante este trabajo somos ascendidos de clase a clase, o de grado a grado, cada uno de ellos con su particular alcance de desarrollo de conciencia. Desarrollamos ojos con los cuales podemos ver, oídos para oír, y otros órganos con los cuales podemos oler, gustar y sentir. Pero no todos los egos fueron ascendidos en igual momento, Cuando la niebla del aire en la época de los atlantes se condensó y llenó las cuencas y valles de la tierra con océanos de agua, impeliendo a los hombres hacía las alturas y montañas, muchos perecieron por asfixia, porque no habían desarrollado los pulmones. Por esto no pudieron pasar el portal del arco iris, que fue, por decirlo así, la puerta de entrada de la nueva edad con sus secas condiciones atmosféricas.

Ahora está viniendo otra gran transformación mundial, que nosotros no sabemos cuándo; aún Cristo confesó su ignorancia en cuanto al día y a la hora, pero nos remarcó que vendrá como un ladrón en la noche, por sorpresa, y El profetizó que las condiciones del mundo serán entonces semejantes a aquellas que prevalecieron en los días de Noé, es decir, que la humanidad vivía en completo abandono y divertimento, cuando de repente las puertas celestes del Diluvio se abrieron y la muerte y la destrucción hicieron estragos entre los hombres.

Cristo nos dijo que es posible tomar el Reino de Dios por asalto y conseguir ganar el estado de conciencia que prevalecerá en aquellos días. Pero a su vez San Pablo nos dice que la carne y la sangre no pueden heredar este Reino y añade que tenemos un cuerpo del alma (“soma psuchicon” -II a los Corintios, 15:44), y que nos reuniremos al Señor “en el aire” cuando El venga. Este cuerpo del alma es, pues, tan necesario para penetrar en el Reino de Dios de la época futura, como un cuerpo dotado de pulmones lo fue para los atlantes que desearon entrar en la época que ahora estamos viviendo. Por lo tanto es necesario que elevemos nuestra solicitud y aseguremos nuestra elección preparando el “Velo Dorado Nupcial”, el cuerpo del alma, el cual solamente puede asegurar nuestra admisión para las bodas místicas. Las multitudes marchan lentamente en la dirección apropiada conducidas por las diferentes religiones, pero existe una creciente masa que, por decirlo así, siente que le nacen las alas del alma, gentes que notan una interna impulsión para asaltar el Reino de Dios. Aunque inconscientes de cualquier definido ideal sienten una verdad más amplia y perciben más luz de la que abarcan e irradian las iglesias, están cansadas de parábolas y anhelan aprender las leyes subyacentes a los mismos pies de Cristo.

La Fraternidad Rosacruz fue establecida con el propósito de recoger esta masa de aspirantes, para mostrarles el camino de la iluminación, para ayudarles a construir su cuerpo del alma y desarrollar las potencias del alma que les permitirán entrar, conscientemente, en el Reino de Dios y obtener el conocimiento directo.

Esto es una larga tarea, ninguna mayor, y aún bajo las condiciones más favorables el progreso debe ser lento; pero si el aspirante continúa con paciente perseverancia en el bien obrar puede llevarse a cabo. Los métodos son definidos, científicos y religiosos. Han tenido su origen en la Escuela Occidental de la Orden Rosacruz y están, por lo tanto, especialmente adaptados para el hombre occidental. Algunas veces, pero muy raramente, brindan resultados en un corto tiempo, pero generalmente son necesarios muchos años y aún vidas antes de que el aspirante alcance su objeto, pero sí se sigue este sistema se nos proporcionarán y se realizarán al fin todos los deseos de nuestros corazones. El Tabernáculo en el Desierto era una representación simbólica del camino hacia Dios y como dice San Pablo, señalaban el reflejo de mejores cosas a venir. La mesa del pan de proposición nos da una lección importante que armoniza con nuestra actual situación. Deben recordar los estudiantes que a los antiguos israelitas se les ordenaba que llevaran el pan de proposición al tabernáculo a intervalos definidos. El trigo del cual este pan estaba hecho les fue dado por Dios, pero ellos debían cultivar la tierra en la que debía nacer, lo debían plantar y cultivar, y asimismo debían escardarlo y regarlo con objeto de procurar el mayor crecimiento y rendimiento posible. Lo debían cosechar y trillar, moler y panificarlo, para conseguir los panes que debían llevar al tabernáculo como pan de proposición, cuidado y cultivado por ellos mismos.

Igualmente, Dios nos da todos los granos de las oportunidades para servir, pero es de nuestro deber el cultivar tales oportunidades y cuidarlas y alimentarlas en el suelo de una caritativa bondad para que puedan llegar al máximo desarrollo. Debemos tener siempre presente las palabras de Cristo de que: “El vino para servir y ministrar.” Por lo tanto, cualquiera que anhele seguir sus pasos y ser grande en el Reino de Dios debe estar siempre alerta para valerse de las oportunidades que se le ofrezcan para servir a su prójimo. Cada día debe llenarse tan fielmente como sea posible con hechos de bondad y de consideración, pues ellos son el retorcido y la lana con lo cual se teje el “Velo Dorado Nupcial”. Sin tales trabajos de nada servirán las oraciones, ayunos y demás ejercicios religiosos que se lleven a cabo. Es inútil el ir al templo sin este pan de proposición, que indica que hemos trabajado realmente en el servicio del Señor y Maestro.

Lo que antecede es también la enseñanza de las iglesias exotéricas, pero lo que sigue es exclusivamente del método y de las enseñanzas científicas de los Rosacruces, basadas sobre el conocimiento más profundo de los hechos espirituales, por los cuales el aspirante se capacita para ganar el máximo crecimiento del alma en cada vida, así que su avance espiritual se acelera más allá de sus más acalorados sueños. Por lo tanto, esta es la enseñanza espiritual más importante que se ha dado a los hombres en los tiempos modernos y no se dará un solo caso en el que uno que se esfuerce honradamente en seguir este sencillo método deje de beneficiarse enormemente. El éter es el agente de transmisión de la luz, que es lo que deja la imagen en la película fotográfica. Esto envuelve al aire y con cada respiración que inhalamos desde el nacimiento a la muerte, el éter entra en nuestro sistema y deja una imagen de nuestro alrededor y de nuestras acciones en un pequeño átomo del corazón. De este modo cada uno lleva consigo un registro completo de su vida, el cual se

asimila después de la muerte. La expiación de los hechos malos produce dolor y angustia en el Purgatorio y tales sufrimientos se transmutan en conciencia para con ella y prevenir la repetición de idénticas equivocaciones en vidas sucesivas, y a la vez las buenas acciones se transmutan en amor y benevolencia.

Pero en vez de esperar a la muerte para esta transmutación post-mortem del pan de proposición de la vida, el aspirante que desea tomar al cielo por asalto, puede asimilar los frutos de cada día después de acostarse y antes de dormirse por el procedimiento sencillísimo de meditar sobre los sucesos del día. Estos acontecimientos deben revivirse y considerarse en orden inverso, es decir, que lo hecho en la noche se recuerda lo primero, después los de la tarde, mediodía y por último los de la mañana hasta el momento de levantarnos. Esto es sumamente importante puesto que se conforma al procedimiento de la naturaleza cuando morimos, al retrospecto el panorama de nuestra vida, desarrollándose primeramente los acontecimientos que justamente precedieron al morir y así siguiendo se termina por los sucesos de la infancia. El objeto es el de mostrar los efectos que produjeron las causas anteriores. En esta retrospecto no producirá al aspirante buen resultado el correr sobre los sucesos del día censurándose ligeramente cuando cometimos alguna falta y aplaudiéndose con entusiasmo cuando llevó a cabo una buena acción, sino que debe tener presente que en ese momento se halla en el altar del sacrificio donde se ofrecían sacrificios de fuego por el pecado. Primeramente se frotaban con sal y luego se colocaban en el altar para ser consumidos en un fuego encendido por la divinidad.

Todos sabemos que se produce un intenso escozor cuando se frota una herida con sal y este frotamiento con sal es un simbolismo del dolor que el aspirante debe sentir por sus errores y pecados. Piense también que no se permitía que el sacrificio fuese colocado en el altar hasta que había sido frotado con sal. Dios no lo hubiera aceptado antes de ello, pero “una vez que había sido salado, era consumido por un fuego encendido por Dios mismo”. Esto nos dice que a menos que lavemos nuestros delitos del día con la sal de nuestras lágrimas y una contrición de corazón, Dios no aceptará nuestro sacrificio de arrepentimiento; pero cuando nos hemos arrepentido realmente, nuestros pecados se lavarán y nuestro átomo simiente quedará tan limpio como el campo de la nieve.

Con respecto a nuestros hechos buenos debemos recordar que había en el Tabernáculo dos montoncitos de incienso encima de cada pila de los panes de proposición. Este incienso era ofrecido sobre el altar del incienso donde el humo ascendía como un grato y dulce aroma hasta el Señor, muy diferente de aquel nauseabundo hedor que se elevaba desde el altar donde eran quemados los sacrificios por los pecados. ¿Es por lo tanto algo extraño que Dios no encontrase delicia en el sacrificio de bueyes y terneros y en cambio se deleitara con un contrito corazón y un espíritu arrepentido?. Este extracto aromático espiritual de nuestras buenas obras es el que construye nuestro cuerpo del alma. Por el proceso natural ordinario transcurre una tercera parte de los años que hemos vivido en la Tierra, para que nuestra existencia post-mortem logre extraer o cosechar lo que hemos sembrado. Pero cuando un aspirante ha asimilado los frutos de su vida por una fiel retrospecto al final de cada día, se halla libre tan pronto como abandona su cuerpo y puede usar los años que emplean los otros en el Purgatorio, en éste o en el primer cielo, como a él le plazca. Además como quiera que allí no necesita ni alimento, ni cubierta, ni dormir, puede emplear las veinticuatro horas del día haciendo el bien. De este modo tiene prácticamente tantos años de servicio y crecimiento del alma después de la muerte, como

años han sido los de su vida terrestre y estando entrenado y experimentado en este trabajo sus logros y alcances serán probablemente mayores que los que hubiera podido realizar en un gran número de vidas, vividas de la forma ordinaria. Para ayudar a los aspirantes que lo merezcan, los Hermanos Mayores tienen aún todavía enseñanzas más profundas y definidas que dar por mediación de La Fraternidad Rosacruz. Los estudiantes que anhelan o sientan esta interna llamada de su espíritu pueden pedir informes y explicaciones acerca de estas enseñanzas.